

NOELIA AMARILLO

BOCADOS DE PASIÓN

Relatos seleccionados



Lectulandia

Una mujer que espera a su amante. Una joven estudiante con mucha imaginación. Un fotógrafo con una extraña obsesión... Dulce, salvaje, amarga, picante, intensa..., la pasión tiene muchos sabores, y todos ellos se encuentran en esta antología de relatos, en los que Noelia Amarillo nos enseña que la más inocente puede convertirse en la más salvaje.

Lectulandia

Noelia Amarillo

Bocados de pasión

Relatos seleccionados

ePub r1.0

Titivillus 07.02.18

Título original: *Bocados de pasión. Relatos seleccionados*

Noelia Amarillo, 2018

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DE NOCHE

Marduk era el dueño de la noche.

Caminaba felino sobre el borde de la acera, jugando con el equilibrio, escondiéndose en las sombras. Su elegante figura se perfilaba bajo la luz de las farolas.

Era el amo de la ciudad y lo sabía.

Su pelo rubio lanzaba destellos rojizos al pasar bajo las ventanas iluminadas, sus músculos ondulaban a cada paso que daba, sus ojos verdes observaban con detenimiento todo lo que sucedía a su alrededor, pendientes de cada movimiento, de cada posible adversario.

Alzó la cabeza al colarse un rayo de luna entre las nubes. Su boca se abrió, mostrando sus colmillos blancos y sus incisivos afilados. Respiró profundamente, buscando el efluvio que hiciera latir descompasadamente su corazón.

No lo encontró.

Movió la cabeza a un lado y a otro, las puntiagudas orejas atentas a cualquier sonido, a cualquier indicio que lo llevara hasta ella.

Nada.

Giró a su derecha, introduciéndose en el oscuro callejón. Los altos edificios de cemento y cristal estaban tan juntos que la luna apenas conseguía iluminar los rincones. Justo su escenario favorito.

Se acercó sigiloso hasta el umbral de un portal y esperó. Su afinado olfato lo había guiado hasta allí las noches pasadas; sabía que ella acudiría cuando estuviera dispuesta, y él la estaría aguardando.

Dio tres vueltas sobre sí mismo: la primera honrando a la luna, exigiéndole una noche de lujuria; la segunda por el Cazador, demandándole alimento, y la tercera por la tierra, reconociéndola por concederle su territorio de caza. Completado el ritual, se sentó indolente sobre el frío suelo y esperó apático. Esa noche pelearía. Lo sentía en sus extremidades, en su estómago, en su mente.

No tardó mucho.

Percibió a su enemigo antes de verlo, incluso antes de olerlo. Si *Marduk* pudiera sonreír, lo hubiera hecho. Su adversario estaba acostumbrado a tenerlo todo fácil, se notaba en su olor a limpio, a cuidado, a jabón.

Alzó despreciativo la cabeza, aguardando a que su rival se hiciera visible. Lo vio doblar la misma esquina que había doblado él, su andar perezoso, su actitud confiada, sus rasgos relajados. Era enorme, pero no eran músculos lo que se marcaba en su cuerpo, sino grasa. «Sebo», pensó asqueado por la debilidad de su contrincante. Se incorporó despectivo y así permaneció, inmóvil; no tenía prisa, su adversario no era gran cosa. Bajo su pelo negro azulado, sus dorados ojos brillaban con la seguridad que da el saberse más joven que el contrario. Pero sabe más el diablo por viejo que por diablo, y *Marduk* era más viejo que el diablo.

Ambos machos se miraron fijamente, y entonces comenzó una danza lenta y sinuosa. Uno frente a otro, daban vueltas sin separar la vista del competidor. Ninguno atacaba. Esperaban.

La esperaban a ella.

No era necesario pelearse por ella si ella no estaba.

De repente un efluvio llenó el aire... un aroma seductor, lujurioso, tentador.

Ambos tensaron sus espaldas, prepararon su ataque, mostraron sus colmillos.

Ella había llegado.

Era hermosa, joven, apasionada, y estaba dispuesta a aceptar en su interior al triunfador.

Los miró altiva, dio tres vueltas sobre sí misma y se sentó tranquilamente en el suelo, aguardando a que se pelearan, aguardando al vencedor.

Su rival atacó. Tensó los tendones y saltó hacia su garganta. *Marduk* lo esquivó haciendo un giro imposible en el aire y cayó sobre él. Agarró con los colmillos la nuca de su adversario mientras que con las garras rasgaba la piel que sujetaba sus flácidos músculos.

Era pan comido.

Sintió el sabor de la sangre recorrer su garganta a la vez que los alaridos de su contendiente se iban haciendo menos potentes. Soltó su agarre y esperó. Si su oponente era listo, se iría con el rabo entre las piernas y la cabeza tocando el asfalto; si no, probablemente le arrancaría el rabo y se lo tiraría a las ratas.

Su contrincante tuvo la inteligencia suficiente como para abandonar la pelea. Se marchó sin mirar atrás, agachando la cabeza al pasar junto a la hembra. Esta le dedicó una desdeñosa mirada y luego giró sobre sí misma para darle la espalda al pobre inútil apaleado. Había perdido sus favores.

Marduk se acercó a ella. Su pelo gris lo llamaba, su aroma cantaba en sus fosas nasales. Ella arqueaba la espalda mostrando su trasero, su sexo abierto y expectante. Estaba lista y anhelante... ávida de su pasión y desenfreno, de acoger su semilla en su útero.

La rodeó tres veces, agradeciendo a la luna su regalo, y saltó sobre ella. Esta le enseñó los colmillos e intentó agredirlo. *Marduk* la esquivó, excitado y satisfecho; le gustaba pelear por el sexo, le complacía que sus hembras lucharan contra él y le demostraran de qué pasta estaban hechas.

Se enzarzaron en una danza violenta, en la que él intentaba tomarla y ella escapaba y atacaba. Enseñaron sus colmillos, se abalanzaron uno contra otro, la sangre brotó de sus heridas hasta que *Marduk* consiguió engancharla de la nuca y ponerse sobre su espalda. Ella siguió luchando hasta que sintió el rosado pene buscando su vagina; entonces se quedó quieta, agazapada.

Marduk la penetró de un solo empujón.

Ella gruñó.

Marduk apretó más los colmillos sobre el suave pelo de su nuca, decidido a

domarla.

Ella arqueó la columna vertebral ante la deliciosa presión.

Marduk onduló las caderas, entrando y saliendo de su interior con rapidez hasta que la llenó con su semilla. Luego la soltó.

Ella se giró y le clavó las uñas en el lomo.

Marduk se revolvió, apartándola con brusquedad.

El apareamiento había terminado. Se miraron fijamente. La hembra bajó la cabeza, acatando su fuerza. Él se dio la vuelta y se marchó, caminando con parsimonia por donde había venido.

Lo que tenía que hacer ya lo había hecho.

Regresó a su hogar; la comida estaba en el plato y la cama lo esperaba tentadora. Se situó encima del lecho, giró tres veces sobre sí mismo, y se tumbó.

—¡Mamá! Ya ha vuelto *Marduk* —se oyó un grito infantil—, y está sangrando.

—¡Maldito sea! —exclamó la madre—. ¡Dos semanas fuera de casa y, mírate, apareces hecho unos zorros! Como te vuelvas a escapar, te vas a enterar, ¿me oyes? Siempre igual, siempre pensando en lo mismo, ¿te crees que no sé a dónde vas?

Marduk ignoró los berridos femeninos. Estaba satisfecho, había tenido su noche de lujuria, no le interesaba nada más. La mujer gritaría en su idioma ininteligible y gruñiría, pero, en cuanto él se subiera a su regazo y le hiciera unas pocas carantoñas, lo olvidaría todo. Siempre sucedía lo mismo cuando abandonaba la casa. Al regresar, todo eran gritos y malas caras, pero enseguida caían de nuevo bajo su hechizo.

No podían vivir sin él, sin cuidarlo, sin adorarlo, sin acariciarlo.

Al fin y al cabo, él era un macho muy macho, y los machos tenían sus necesidades.

—¿Ya ha vuelto el señorito? —se oyó una voz masculina.

El hombre se agachó y le acarició la cabeza entre las orejas, provocando que *Marduk* ronroneara.

—Eres todo un semental, ¿eh? Pues suerte que has aprovechado ahora, machote, porque mañana vas al veterinario a que te corten los cojones. A ver si así dejas de escaparte.

—Miau —maulló *Marduk*. No entendía el idioma de los humanos; si no, hubiera salido corriendo.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

La primera vez que Lydia habló con Paco no oyó su voz. Esa primera conversación, tan importante para lo que acontecería después, no fue cara a cara; tampoco por teléfono, ni siquiera por carta. Fue por WhatsApp.

Ella era la flamante abuela de la novia, mientras que él era el fiestero abuelo del novio.

Ella, una gallega de raza, desconfiada, trabajadora y muy suya, y él, gato madrileño, resuelto, golfo y pasota a partes iguales.

Ella vivía en una pequeña aldea de Vigo en la que sólo su casa tenía Internet, y eso cuando no hacía mucho viento, y él habitaba el viejo piso del Barrio La Latina en el que había nacido.

Ella era bajita, de formas orondas, manos inquietas, maneras suaves y hablar pausado, mientras que él era alto, más flacucho que delgado, de postura erguida, sonrisa torcida, gorra perenne y acento chulesco.

Jamás se habrían conocido si sus nietos no hubieran decidido incluirlos en el grupo de WhatsApp de la boda. Fue idea de la nieta de Lydia. Sabía que a su abuela le haría mucha ilusión saber cada detalle de la ceremonia, pues iba a ser difícil que se trasladara de Vigo a Alicante, lugar donde se celebraría el enlace. Hacía años que nadie era capaz de convencerla de que abandonara su casa. Primero, porque siempre había viajado con su marido y, al faltar este, no veía motivo para moverse de su hogar, y segundo, porque, acostumbrada a no salir de su pequeña aldea, ir a la ciudad y montar en al menos dos trenes para llegar hasta el Mediterráneo resultaba demasiado complicado y lioso para sus setenta y tres años.

A Paco, sin embargo, la boda se la traía al paio; como él mismo había dicho en más de una ocasión, lo que lo hacía saltar de alegría era la fiesta que se iba a montar, el bullicio y el jolgorio, el ver de nuevo a la familia que estaba repartida por media península y saber de sus vidas. Por supuesto que iba a ir a la ceremonia, al banquete y, si lo dejaban, hasta a la despedida de soltero. Y, sin lugar a dudas, sería el que mejor se lo pasaría de todos los invitados. Así que, cuando su nieto lo metió en el grupo de WhatsApp y lo vio tan serio y correcto, tan muerto y aburrido que olía a tumba, no lo dudó un instante. Colgó un par de vídeos divertidos... y bastante subidos de tono.

Lydia se escandalizó. ¡Esas cosas no se mandaban para que las viera todo el mundo, eran una grosería! Y como ella era una mujer de las de «a la cara y con la cabeza bien alta», se lo hizo saber.

Despacito y con cuidado, escribió el que hasta ese momento era su texto más largo en esa aplicación de mensajería instantánea, y también el primero que ponía en el grupo, recriminando al abuelo del novio lo inadecuado de compartir ese tipo de vídeos obscenos en un grupo donde había jóvenes a punto de casarse.

«Pero mujer, todos los que estamos aquí somos perros viejos, incluso nuestros

nietos, que son jóvenes pero no monjes. Nadie se va a asustar por ver un par de tetas y un buen culo», replicó Paco de inmediato; a sus setenta y cinco años no tenía por costumbre cerrar la boca —ni parar los dedos— por mucho que lo regañaran o por poca razón que tuviera.

«No es por miedo que me quejo, sino por falta de respeto. Es una cochinateda, y usted, un cochino», sentenció Lydia con brevedad, pues con las *letriñas* tan pequeñas del teléfono se las apañaba francamente mal.

«Vaya con la gachí... mucho hablar de faltar al respeto y es ella la primera que insulta», contraatacó Paco, para luego añadir otro vídeo picante al grupo.

Estaba esperando con una sonrisa en los labios la respuesta de la mujer, cuando los nietos de ambos, viendo el alboroto que se podía armar, decidieron intervenir. El nieto regañó al abuelo por ser tan... jaranero, y la nieta hizo lo propio con la abuela, pidiéndole que no se tomara las cosas tan a pecho.

Paco estaba a punto de contestar a su nieto, pues no era cuestión de que un jovenzuelo dijera la última palabra, cuando llegó la respuesta de Lydia.

Mexan por nós e hai que dicir que chove, pues por mí que no quede: pido disculpas. No será un cochino, pero sus vídeos sí son cochinatedas.

Paco, apoltronado en el sillón de orejas de su casa, elevó ambas cejas y se sentó erguido al leer el ofendido wasap de la mujer. No tenía ni idea de lo que significaba la primera frase, pero una cosa sí tenía clara: la abuela de la novia era una hembra de carácter y sin pelos en la lengua, de esas de las que ya quedaban pocas. Y por lo que tenía entendido, era viuda, como él. Así que, mientras los nietos y demás integrantes del grupo escribían estupideces para enfriar el ambiente, él se decantó por dar un paso al frente y demostrar de qué pasta estaba hecho. No era cuestión de desaprovechar la oportunidad que Dios parecía estar dándole.

Buscó en la información del grupo el teléfono de la buena señora y, sin pensarlo un segundo, lo marcó.

—Lydia... soy Paco, el abuelo del novio —se presentó—. Por favor, preciosidad, explíqueme lo que significa la frase que ha puesto; me gusta saber cuándo y cómo me insultan para poder defenderme en consecuencia.

Si ella se sorprendió por la llamada, no dio muestras de ello. Al contrario, replicó muy digna:

—Nos mean y tenemos que decir que llueve —tradujo, para luego despedirse con un somero «adiós» y cortar la llamada.

Paco enarcó una ceja al escuchar el tono agudo que indicaba que la conversación se había terminado.

—Ah, no, señora mía, esto no ha hecho más que empezar —musitó esbozando una peligrosa sonrisa de medio lado.

Lydia dejó el móvil sobre la mesa y se levantó de la silla en la que estaba haciendo su labor para dirigirse a la cocina. Ya casi era la hora de cenar y, con tanto

mensajito, no había hecho ni siquiera la ensalada. No había dado ni tres pasos cuando sonó el silbidito que le indicaba que había entrado un nuevo wasap. Se giró dando un suspiro y regresó a la mesa. Esa aplicación estaba muy bien para los jóvenes, pero a ella le cansaba un poco tanta comunicación, además de que no le encontraba la gracia al asunto de los grupos. Uno decía «buenos días» y le respondían veinticuatro personas con veinticuatro «buenos días» y veinticuatro pitiditos. Y así a todas horas. Si alguien contaba un chiste, acto seguido oía veinticuatro pitidos con sus respectivos «ja, ja, ja». Y eso sucedía con cada mensaje, todos igual de intrascendentes y aburridos. A no ser que el viejo verde del abuelo del novio colgara vídeos subidos de tono y le diera un poco de diversión al asunto. Sonrió. Tal vez se había comportado como una mojigata, pero no había podido resistirse a dar la réplica a ese chulito.

Cogió el móvil que había dejado sobre la mesa, ignoró los tropecientos mensajes del grupo de la boda y se centró en un nuevo chat que, sin pedir permiso, había abierto el abuelo del novio. Un chat íntimo en el que sólo estaban ellos dos.

Frunció el ceño y leyó lo que había escrito.

Oiga, madre, ¿se quiere reír un poquito, que estoy muy triste?

Enarcó una ceja; no cabía duda de que Paco era madrileño de pura cepa. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios mientras redactaba la contestación.

Para dicir mentiras e comer pescado, hai que ter moito coidado.

Paco curvó los labios en una ufana sonrisa al leer la réplica. Con que esas tenía... Marcó el teléfono de Lydia.

—Vamos a ver, buena moza: tradúzcame usted, que estoy perdido sin su luz — dijo burlón cuando ella aceptó la llamada.

* * *

Lydia se frotó las manos con nerviosismo no exento de impaciencia y entró en la estación de tren de Vigo. Había sido un largo viaje en autobús desde la aldea, pero no tan largo como el que había tenido que hacer para vencer su miedo a las bulliciosas ciudades.

Aferró con fuerza el asa de la pequeña maleta de ruedas que se había comprado para la ocasión y se dirigió al andén número dos. Miró inquieta los carteles informativos; aún faltaba un poco para que llegara el tren.

En menos de una semana se casaba su nieta mayor y no pensaba perderse ese acontecimiento. Llevaba una década sin salir del pueblo, el mismo tiempo que hacía que se había quedado viuda. Ya era hora de romper con eso y ver mundo. O, bueno, tanto como ver mundo, no, pero sí podía ver España. Y quizá eso tampoco hacía falta, con ver Alicante y la iglesia en la que se casaría su nieta tenía suficiente, pensó

perdiendo valor al ver la cantidad de gente que había allí.

Se quedó inmóvil, deseando ser aún más bajita y pequeña. Docenas de hombres y mujeres pasaban a su lado apresurados, con las maletas chocando con la suya y gritando a los niños, los cuales no les hacían caso. Y sólo era la estación de Vigo, se dijo asustada. Cuánto peor sería la de Atocha en Madrid. O la de Alicante, pues no había que olvidar que era 1 de julio, y Alicante, un destino vacacional muy importante. Se llevó la mano al pecho, inquieta. No iba a ser capaz de sobreponerse al miedo.

Dio un paso atrás... otro... y otro más. Y en ese momento el cartel luminoso indicó que en cinco minutos llegaría el tren. Miró la salida y luego las vías. Le había prometido a su nieta que estaría en su boda. Más aún, le había prometido a Paco ser valiente.

Y lo iba a ser.

Inspiró despacio, irguió la espalda, aferró la maleta y buscó el reloj que tenía que haber en el andén. Cuando lo encontró, echó a andar hacia él. No se detuvo hasta colocarse bajo su sombra.

Hacía ya tres meses que había entablado la primera discusión con el díscolo y garboso madrileño, y nunca habría imaginado que ese hombre tan jaranero y bromista pudiera convertirse en el más querido de sus amigos. Pero así había sido. Ya no podía concebir la vida sin su llamada de buenas noches, sus mensajes de buenos días y sus comentarios maliciosos en el grupo de WhatsApp, Orgullosos abuelos, que había creado para ellos y los amigos de ambos.

¿Quién se lo iba a decir a ella? Tres meses atrás hubiera llamado loco a quien se atreviera a decir que sería una experta en chismes de Internet... y en ese momento era incapaz de ver «Sálvame» o «El hormiguero» sin tener el móvil en la mano, atenta a las chanzas que Paco y sus amigos lanzaban por WhatsApp. Y eso por no hablar de los vídeos, chistes e imágenes, a cuál más bruta, que todos, ella incluida, iban subiendo al grupo. Pero, claro, no estaban los nietos y, como bien había dicho Paco, ellos eran perros viejos que ya no se asustaban por nada.

Ni siquiera por una estación llena de gente, pensó alzando la barbilla.

El grave sonido de las ruedas se hizo más fuerte y en el horizonte ferroviario asomó el morro del Alvia procedente de Madrid.

Apenas un minuto después, el tren se detuvo y las puertas se abrieron, vomitando gente.

Lydia estuvo tentada de dar media vuelta y huir al ver el maremágnum de personas que bajaban, pero se mantuvo firme bajo el reloj de la estación.

—¡Olé la gracia! ¡Ese sí que es un cuerpo bien organizado, y no el de correos!

Lydia oyó el comentario, tan jocoso como sincero, de boca de un hombre alto y delgado, vestido con un pantalón negro de raya impecable, camisa blanca remangada hasta los codos y parpusa^[1] a cuadros blancos y negros.

Sonrió serena y, mientras él se acercaba, pasó las manos por la blusa de flores y la

falda negra que vestía para alisar las invisibles arrugas que se hubieran formado.

—¡Vaya jamona! Con lo que me gusta a mí el tocino de cielo —murmuró él al llegar junto a ella, devorándola con la mirada. Si en fotos era guapa, en vivo y en directo era poco menos que una diosa.

—Paco, por Dios, más mesura, que no estamos solos —susurró sintiendo cómo la cara le estallaba en llamas.

—¿Cómo voy a tener mesura estando tú presente? —contestó él, tan garboso como siempre.

Asió la maleta que ella había olvidado sujetar al verlo y le tendió el codo para que se agarrara a él.

Lydia tragó saliva, miró al apuesto caballero que tenía a su lado y, sin pensarlo un instante, pasó la mano por su brazo, dispuesta a acompañarlo a Alicante; incluso al fin del mundo, si él se lo propusiera. Porque, a un hombre que había sido capaz de subir desde Madrid hasta Vigo para no dejarla viajar sola, no se lo podía rechazar; al contrario, era un hombre digno de conservar.

—¡So ladrona! ¡A que no se atreve usted a quererme! —musitó Paco a su oído en ese momento.

Y ella, en lugar de ponerse colorada, que ya lo estaba bastante, se giró hasta quedar enfrentada a él y, ni corta ni perezosa, le soltó muy digna uno de sus refranes.

—*O comer e o rañar, éche cousa de empezar*, que viene a decir algo así como que, el comer y el rascar, sólo es cosa de empezar.

—Sepa usted, señora, que estoy deseando que me rasque... —replicó él.

Y en esa ocasión, Lydia sí sintió cómo el calor devoraba sus mejillas... y otras partes de su cuerpo, como su corazón.

* * *

—¡Cariño, corre, ven! ¡Acaban de mandar un wasap los abuelos! —gritó el nieto de Paco a su esposa.

La joven se apresuró a llegar a su lado y juntos abrieron el archivo recién recibido.

Era un vídeo grabado por alguno de los amigos con los que Lydia y Paco se habían ido de viaje con el Imsero a Benidorm. En él se veía a los dos ancianos bailando un pasodoble en el salón de un hotel. Lydia estaba preciosa con un vestido azul cielo y Paco no podía evitar comérsela con los ojos mientras la apretaba contra sí con la excusa del baile.

«Vaya tortolitos estáis hechos, abuelos», escribió la nieta de Lydia.

«Y qué queréis, pipiolos, es nuestra luna de miel», replicó Paco.

SOLA EN CASA. LA ESPOSA HASTIADA

—No te olvides de llamar a la mujer del presidente para invitarla personalmente a la recepción del jueves.

—¿Alguna vez he cometido un error así? —Marianne arqueó una de sus aristocráticas cejas a la vez que le recolocaba la impecable pero torcida corbata a su marido.

—Por supuesto que no. Tengo claro lo aburridamente eficaz que eres. Llevas más de cuarenta años siendo la perfecta anfitriona, no vas a cambiar ahora —apuntó él, hiriente, mientras revisaba su aspecto en los espejos que recubrían la pared del vestíbulo. El traje hecho a medida le daba porte y ocultaba su incipiente barriga. Elevó la cabeza, sólo para comprobar, disgustado, que la transformación de su cuello en papada parecía imparable—. Tal vez debería teñirme el pelo —comentó observando enfadado las canas que se extendían por la mayor parte de su antaño negra cabellera—. Parezco mucho mayor de lo que soy.

—Eres mucho mayor de lo que quieres aparentar —replicó la mujer cruzándose de brazos altanera; puede que ella llevara más de cuarenta años siendo la perfecta anfitriona, pero él llevaba más de veinte intentando ser el eterno joven—, pero aparentas muchos años menos de los que en realidad tienes —se apresuró a añadir para dorarle la píldora al ver que la miraba desdeñoso. Nada le interesaba menos en ese momento que empezar una discusión que retrasara su salida de casa.

—Sin duda, eres tú quien debería hacer algo con su aspecto. Tal vez rellenarte un poco los pechos y, ciertamente, hacer algo con esa frente repleta de arrugas; cada vez te ves más vieja. —La miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados y una despectiva sonrisa en los labios—. Es muy importante ganarnos la confianza de la junta de accionistas. ¿Tienes algo previsto para este fin de semana con respecto a eso? —dijo cambiando de tema; tampoco a él le interesaba empezar una disputa tan cerca de su marcha.

—Evidentemente, tengo algo previsto. Varias citas, de hecho. El sábado, almuerzo y posterior partida de cartas con la madre del delegado ejecutivo, y esa misma noche, cena con la esposa del vicepresidente. El domingo desayunaré en el club de golf con algunas de las mujeres de los accionistas; probablemente el encuentro se alargará hasta más allá del almuerzo. Como ves, voy a estar muy ocupada agasajando a las esposas de tus clientes —le refirió ella, las comisuras de sus labios elevándose apenas en una fría sonrisa—. Pásatelo bien, y ten cuidado con lo que comes y bebes, ya sabes que los excesos no son buenos para tu delicado estado de salud.

—Por favor, Marianne —resopló él, ofendido, mientras se abrochaba los botones de la chaqueta—, estoy sano como un roble. Asistiré a la convención, escucharé los aburridos discursos, daré uno y, si se tercia, me fumaré un par de puros y tal vez tomaré un poco de vino. Eso no es malo para la salud.

—Por supuesto que no. —«Pero el Viagra sí es malo para la salud, sobre todo si lo ingieres en cantidades industriales para mantener levantado lo que hace años que no se te levanta.»

—La limusina está en la puerta, señor —anunció en ese instante el mayordomo entrando en el vestíbulo—. Señora. —Se dirigió a ella inclinando la cabeza a modo de respetuoso saludo.

El hombre asintió, se inclinó para rozar la frente de su esposa con un gélido beso y se encaminó hacia la puerta, que en ese momento abría el empleado.

La mujer esperó hasta que su marido se hubo montado en el vehículo y luego se fue a sus dependencias privadas. Una vez allí, se sentó frente al escritorio y, durante las siguientes dos horas, se dedicó a anular todas las citas que tenía programadas para el fin de semana, incluidas las que le había referido a su esposo. Cuando hubo acabado, ordenó que le prepararan un relajante baño.

—Maravilloso —suspiró al entrar en la enorme bañera.

Tomó la esponja que flotaba en el agua espumosa y la deslizó sobre sus estilizados brazos, las marcadas clavículas y los pechos, no muy erguidos pero naturales. Sonrió de medio lado. Ah, eso era importante. Sus pechos, al igual que su nariz, labios y pómulos, eran los mismos con los que la había parido su madre. Descansó la cabeza en la mullida toalla doblada sobre el borde de la bañera y elevó la pierna derecha con coquetería. Puede que fuera una mujer de más sesenta años, pero su figura seguía siendo esbelta y su piel continuaba tan suave y libre de máculas como antaño. De hecho, seguía manteniendo la elegante belleza que la había convertido en una de las féminas más hermosas de la alta sociedad hacía más de cuarenta años, posición que, por supuesto, aún ocupaba.

Se incorporó para pulsar el botón del interfono anclado en la pared junto a su cabeza; instantes después le contestó la voz susurrante del mayordomo.

—Señora.

—Dígale a Esther que me suba la botella de Belle Epoque de Perrier-Jouët. Está en la bodega, en el segundo mueble, cuarta estantería.

Minutos más tarde, la camarera entraba portando una bandeja con el preciado *champagne* y una copa. La dejó sobre una mesita auxiliar junto a la bañera y procedió a servirlo antes de abandonar la lujosa estancia.

Marianne cogió la copa y dio un sorbo que saboreó despacio, disfrutando del carísimo y burbujeante líquido. Sonrió de medio lado. Su marido montaría en cólera cuando se enterase de que se había bebido tan especial botella, pero le daba lo mismo.

—Respeto —susurró mirando cómo ascendían las burbujas—. Sólo pido un poco de respeto para mantener con dignidad esta farsa de matrimonio, pero si no me lo das...

Dejó la copa en la mesita y se hundió lentamente en la bañera. Permaneció allí, mirando el techo a través del agua hasta que la falta de aire la obligó a salir.

Oh, por supuesto que sabía que George tenía amantes; al fin y al cabo, eso era lo

normal en matrimonios como el suyo. Tener una aventura extramarital, o varias, no era contraproducente para la relación; al contrario, resultaba necesario. Se estremecía sólo de pensar en tener que acostarse con su marido cada vez que él tuviera un arrebato pasional... o, peor aún, tener que conformarse sólo con él cuando a ella le apeteciera un poco de sexo. ¡Qué horror!

Así que se podía decir que, durante los últimos cuarenta años, se había sentido bastante satisfecha de que su esposo tuviera queridas... al menos mientras él había guardado las formas, ocupándose de elegir hoteles discretos y de no acudir con estas a eventos públicos, de manera que todo quedara en el más estricto de los secretos y pudieran continuar manteniendo su cómoda y aparentemente correcta vida conyugal.

Pero todo había cambiado a mediados de año, cuando él, dando buena muestra de su estupidez supina, se había enamorado como un colegial de su última amante. ¡El muy idiota! ¿Cómo era posible que a su edad todavía no supiera diferenciar entre amor y negocios?

Había viajado a Londres argumentando una supuesta convención y, en vez de hacer como siempre y ocultarse en el hotel para que la señorita de turno lo cabalgara —si es que conseguía empinársela, claro—, habían acudido, ¡ambos!, cual parejita feliz, a las carreras de Ascot. El día de la inauguración. Cuando más miembros de la *jet set* había. Personas que se movían en sus mismos ambientes y que lo conocían; a él... y a ella. No hubiera pasado nada si sólo hubiera sido eso. No era que sus conocidos no supieran que él tenía queridas... Oh, claro que sí. Todos los hombres y las mujeres de su círculo de amistades los tenían y nadie le daba la menor importancia, a no ser que se cometiera la increíble torpeza de hacerlo público.

Y ese había sido el problema. La incompetente dejadez de la que había hecho gala George. No sólo había llevado a la joven a Ascot, sino que también había sido tan inepto de dejarse grabar por los periodistas mientras estaba, cual necio lujurioso e incontinente, detrás de las cuerdas, con los pantalones desabrochados y meciendo las caderas contra la cara de su amiguita.

Había salido en todos los programas de zapeo, convirtiéndose en el foco de atención de la prensa, lo que había devenido en un claro ataque de su intimidad y un indeseado aumento de popularidad. Como no podía ser de otra manera, tan flagrante metedura de pata había conllevado la anulación de ventajosos negocios para los cuales era necesaria una privacidad que ya no tenían y, lo que era más denigrante, que a las dos últimas recepciones que ella había organizado acudieran menos de la mitad de los invitados.

Era difícil hacer la vista gorda ante una situación tan hiriente.

—Respeto —repitió llenándose de nuevo la copa.

Era lo único que le había pedido en todo el tiempo que llevaban casados. Respeto. O, lo que era lo mismo, un poco de discreción y comedimiento.

Llevar a la amante de turno a Ascot no lo era.

Por su culpa había perdido la posición en la sociedad que tanto le había costado

ganarse.

Y estaba harta.

Hastiada.

Vació la copa de un trago y pulsó el interfono.

—Señora —respondió al instante el mayordomo.

—Dígale al servicio que deben tomarse el fin de semana libre. Los quiero fuera de aquí en una hora. Y que no regresen hasta el desayuno del martes —ordenó exigente antes de cortar la comunicación.

Salió del cuarto de baño envuelta en un cálido albornoz blanco y entró en su dormitorio; buscó en el joyero de marfil la copia de la llave que semanas atrás había escondido. Abandonó la estancia y atravesó el pasillo con la grácil elegancia que la caracterizaba hasta llegar a las dependencias privadas de su marido. Abrió la puerta con la llave y se dirigió al despacho. Se sentó en la butaca presidencial en la que su estúpido esposo hacia todas sus gestiones, cruzó los pies descalzos sobre la mesa de ébano de mediados del siglo XVIII y encendió el ordenador privado de George. Introdujo sin dudar la clave secreta que no debería saber y que le daba acceso a las cuentas bancarias ocultas en paraísos fiscales cuya existencia tampoco debería conocer; cuentas que, por supuesto, no constaban en la declaración de Hacienda ni en ningún otro estamento oficial. Realizó las gestiones precisas para repartir la fortuna allí oculta como mejor le pareció entre amigos, exempleados, obras de caridad e incluso antiguas amantes de él —bien que se lo merecían por haberlo aguantado—, y por último transfirió una millonaria cantidad de dinero a una cuenta privada que desvió a través de varias entidades fantasma para su propio uso y disfrute. Sonrió. Sólo faltaba darle a «Aceptar» para que todas las gestiones que había realizado se completaran, pero, antes de eso, quedaba un último asunto.

Pulsó el interfono y un instante después la voz del mayordomo salió por el altavoz.

—La mansión está vacía, señora.

—Suba al despacho de mi marido en diez minutos —le exigió tajante antes de cortar la comunicación.

Luego descolgó el teléfono y marcó un número que había memorizado tiempo atrás.

—Segundo piso, tercera ventana del ala oeste, en media hora. No lo sacaré a la luz antes del martes —dijo para, acto seguido, colgar.

Minutos después, el mayordomo entró en el despacho.

—Señora —susurró reverente.

Marianne arqueó una ceja, desdeñosa.

—Estás demasiado vestido... y erguido.

—Discúlpeme, señora —musitó el hombre mientras se apresuraba a desnudarse para después arrodillarse.

Marianne lo recorrió con lasciva mirada. Hacía más de treinta años que era su

amante... su sumiso. La potencia de la juventud había dado paso a una espléndida madurez, propiciada por sus exigencias. Oh, por supuesto que no tenía un cuerpo de modelo ni marcados abdominales, y tal vez estuviera más cerca de los sesenta que de los cincuenta, pero ¿a quién le importaban esos insignificantes detalles?

—Acércate —le ordenó.

Él se apresuró a obedecer.

Sacó un papel del bolsillo del albornoz y se lo tendió.

Él abrió los ojos como platos a la vez que una extasiada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le indicó ella mientras se giraba hacia la pantalla del ordenador para ejecutar todas las operaciones bancarias que había preparado.

No habían pasado treinta segundos cuando sonó el teléfono privado —y supuestamente secreto— de su marido. El mayordomo lo descolgó e, imitando a la perfección el tono y las inflexiones de voz de su jefe, respondió con rotunda y exigente claridad a las preguntas del agente del banco sueco que lo llamaba para corroborar las órdenes recibidas. Y, cuando le fueron solicitadas las claves para llevar a término las gestiones, leyó con altanera claridad los números y letras escritos en el papel que su señora había tenido la confianza de entregarle.

—Perfecto —susurró ella, complacida, mientras se levantaba sinuosa.

Se desabrochó el albornoz y dejó que este se deslizara despacio por su cuerpo desnudo. Luego se sentó sobre la pulida superficie de la mesa, colocándose frente a la ventana abierta.

—Dame placer con la boca —exigió separando las piernas con evidente lascivia, a la vez que un súbito resplandor proveniente del exterior iluminaba el despacho—. Enseñemos a George lo que se siente al ser un cornudo público.

* * *

—No cabe duda de que el fotógrafo sabía hacer su trabajo —comentó Marianne.

Ella y su eterno amante estaban en una paradisíaca y secreta isla del Pacífico, descansando sobre fina arena blanca mientras el mar, de un extraordinario color turquesa, entonaba una hipnótica melodía con sus apacibles olas.

—Las imágenes dan buena muestra de su maravillosa belleza, señora —musitó respetuoso el hombre, observando en la tableta que ella le mostraba el titular del periódico y las fotos, tomadas cuatro noches atrás mientras él le daba placer con la boca en el despacho—. Ahora todos sabrán lo tonto que fue él y lo hermosa que es usted.

—Siempre tan atento —dijo ella esbozando una hermosa sonrisa.

Dejó la tableta sobre la toalla y elevó uno de sus esbeltos y elegantes pies para recompensarlo por ser tal y como era, perfecto para ella.

El hombre se apresuró a lamerlo con evidente deleite.

SOLA EN CASA. LA ESTUDIANTE APLICADA

—¿Estás segura de que has comprado suficiente bebida para toda la noche? —inquirió la rubia, inmóvil ante el espejo del cuarto de baño. Frente a ella, un ejército de sombras de ojos, lápices de labios y cremas faciales en distintos grados de uso esperaban su turno para ser utilizados—. No molaría nada quedarnos sin provisiones en la última fiesta del trimestre.

«Ni en la última ni en la primera ni en ninguna. No quiera Baco que te quedes sin la poción mágica que te hace invencible», pensó divertida la anodina joven que, atrincherada frente a un escritorio lleno de libros, intentaba estudiar sin conseguirlo. Era imposible con tanto alboroto.

—Claro que he comprado de sobra, y más —certificó la mejor amiga de la primera, una morena de larga melena ondulada—. He dejado varias cajas de cervezas en el sótano; sólo tendremos que bajar abajo para reaprovisionarnos.

«Menos mal que lo has dejado claro, así nadie se confundirá y bajará arriba», discurreó con evidente sarcasmo la aguerrida estudiante, aunque no lo expresó en voz alta. Dios la librara de convertirse en el centro de atención de sus compañeras. Era mucho más saludable pasar desapercibida.

—¡Estupendo! No puedo esperar a que den las siete...

«Yo tampoco.»

—¡Va a ser la mejor fiesta del mundo mundial! —exclamó la pelirroja, última integrante del heterogéneo cuarteto de chicas. Se quitó la camiseta que se acababa de probar, tirándola por encima de su hombro, y, como no podía ser de otra manera, la prenda cayó sobre la mesa de aquella que trataba de concentrarse en sus libros sin lograrlo—. Oh, vaya, Mireya, si estás ahí; lo siento —dijo con sinceridad—. No te había visto... —Abrió los ojos como platos al darse cuenta de ese hecho—. No te ofendas, pero ¿cómo es posible que no te haya visto con lo enorme que eres? —musitó preocupada, pero no por la posibilidad de ofender a su compañera. De eso ni siquiera se percató. Era otra cosa mucho más importante lo que la inquietaba—. ¡Oh, Dios mío! ¿Y si eso significa que me estoy quedando ciega? ¿Creéis que necesito gafas? —preguntó alarmada a sus amigas.

«Lo que necesitas es un cerebro funcional», se mofó Mireya, mirando de refilón sus propios muslos, culo y pechos tamaño *king size*, que combinaban a la perfección con su metro ochenta de altura y su abundante melena de pelo rizado. ¡Parecía la hermana gemela de Hagrid!

—Claro que no, le quedarían horribles a tu cara. Tienes los pómulos demasiado altos y la nariz muy delgada; no puedes llevar gafas, sería la muerte —se escandalizó la rubia.

«Oh, sí, pónelas, por favor. Muérete y líbrame de esta cháchara interminable.»

—Pero si no veo bien... —murmuró compungida la pelirroja.

—Lo que no puede ser, no puede ser y, además, es imposible —sentenció la

morena.

«Y si eso no es suficiente, en caso de necesidad, además de imposible también puede ser irrealizable, inaplicable e incluso impracticable», pensó burlona Mireya, pero, por supuesto, no abrió la boca. Replicar a esas tres era la forma más rápida de asegurarse un dolor de cabeza.

—¿Te has acordado de poner el anuncio de la fiesta en Facebook y Twitter? —demandó, alterada, la rubia a la pelirroja.

«Qué gran idea, anunciad a bombo y platillo a todo el mundo que vais a dar una fiesta, así seguro que no acudirá nadie y no se armará la de Dios es Cristo en casa de los padres de Tania, quienes, por cierto, os han prohibido celebrar nada mientras están de viaje», ironizó Mireya para sí.

—Claro que sí, ¿por quién me tomas? Lo he puesto en nuestros muros, en el del grupo de la universidad, en los de nuestros amigos y en el de tu hermano.

—Yo lo he visto con mis propios ojos —afirmó la morena.

«¿Con qué otros ojos ibas a verlo, si no?», estuvo a punto de bufar Mireya, harta de las continuas redundancias de su compañera de piso.

—¿Lo has colgado también en el de mi hermano? ¡Mierda! Te dije que no lo hicieras, es un pesado —la regañó—. Seguro que aparece por allí para pedirme por enésima vez que le devuelva el portátil que le cogí prestado hace unos cuantos meses. Está de un pesadito con ese tema, uff, ¡como si no tuviera dinero para comprarse uno nuevo!

«Di que sí, tu hermano y su manía de querer que dejes de aprovecharte de él y utilices tu propia pasta para comprar lo que necesitas en vez de tirarlo en farras, maquillaje y ropa. ¡Qué desalmado!», replicó mentalmente Mireya con socarronería. No conocía al susodicho, pero un hombre capaz de negarle algo a su compañera tenía toda su admiración.

—Es una pena que no puedas venir con nosotras. ¿Seguro que no quieres replanteártelo, Mire? —interrumpió la rubia sus pensamientos.

—Seguro. Estoy a una semana del examen final de antropología y prefiero aprovechar el tiempo para estudiar —replicó sonriente mientras en su fuero interno rezaba para que se fueran de una maldita vez. ¡Necesitaba quedarse a solas para poder concentrarse y preparar la prueba!

La rubia se encogió de hombros y, sin perder más tiempo, las tres amigas procedieron a terminar de arreglarse. Media hora después, abandonaban el pequeño piso de estudiantes.

Mireya suspiró rejuvenecida, ¡por fin sola! ¡Tras toda la semana aguantándolas, ya era hora de gozar de un poco de paz y silencio! Y no era que le molestara su cháchara insustancial, al contrario, había acabado por acostumbrarse y en ocasiones incluso le parecía entretenida, pero entre esas ocasiones no se contaban las dos semanas anteriores al examen más importante de su carrera. Bastante nerviosa y alterada estaba ya como para soportar el parloteo continuo de las tres cotorras que

tenía por compañeras.

Volvió a suspirar, más por oír algo en el denso y anormal silencio que la rodeaba que por necesidad emocional. Reacia a perder más tiempo, hincó los codos en la mesa y comenzó a releer los apuntes que había repasado mil veces en lo que iba de día y que tenía intención de repasar cincuenta mil veces más, aprovechando la extraña paz que dominaba su hogar.

Una hora después había conseguido leer un total de... ¡dos páginas! Ni una más ni una menos. ¡En una hora sólo un par! ¡Inconcebible, pero cierto! Estaba tan acostumbrada a la frenética algarabía del trío maravilla que el silencio absoluto que reinaba en el salón le permitía oír todo tipo de ruidos, desde las uñas del perro de la vecina de arriba cuando corría por el pasillo hasta el golpecito del inquilino de al lado cuando pulsaba el interruptor de la luz.

Y eso por mencionar exclusivamente los dos únicos sonidos que había conseguido pasar varios minutos escuchando con atención, porque luego estaban «los otros ruidos»... ecos indeterminados que parecía provenir de todas partes y ninguna, destellos acústicos que aparecían en el momento más inesperado, sobresaltándola hasta el punto de mantenerla en tensión y a la espera del siguiente roce, paso, clic, impacto o susurro ventoso.

¡Por el amor de Dios, ni que su pisito fuera una mansión encantada!

Bufó contrariada por el absurdo miedo que sentía y que, además, le provocaba una inaudita e inoportuna falta de concentración. Estuvo tentada de golpearse la cabeza contra el escritorio, pero tampoco era cuestión de causarse un dolor de cabeza cuando lo que precisaba era tenerla despejada para estudiar..., sólo que era incapaz de hacerlo. Puede que se debiera a los nervios previos al examen o tal vez a que llevaba más de una semana empollando sin parar a descansar más que las cuatro horas que empleaba en dormir.

Entrecerró los ojos, pensativa; quizá lo único que necesitaba para recuperar la concentración era relajarse un poco. Pero ¿cómo? Las tilas e infusiones le sentaban fatal. Echarse un rato en la cama estaba totalmente descartado, pues con la falta de sueño acumulada que soportaba era más que probable que se durmiera. Y acomodarse frente a la tele a comer un helado provocaría un aumento de su ya de por sí descomunal tamaño, sobre todo en la zona media de su cuerpo, lugar en el que ya tenía curvas de sobra. Así que no, gracias.

Frunció el ceño, intentando dar con una solución lógica a su problema.

Y entonces se le ocurrió.

Sonrió. ¿Cómo no había caído antes en esa... terapia?

Se levantó de la silla y abandonó con apresurada emoción el escritorio en el que llevaba agazapada todo el día. Salió del diminuto salón para dirigirse a su dormitorio, pero se lo pensó mejor. No podía hacer eso en la cama, corría el riesgo de quedarse dormida después.

Era mejor hacerlo sentada en el sillón.

Entró en el baño para pillar una toalla del armario y luego regresó al salón; comprobó que las persianas estuvieran bajadas, colocó la toalla extendida sobre el sillón y, sin dudarlo un segundo, se despojó de la camisola de gatitos que usaba para andar por casa. Sus compañeras no llegarían hasta el amanecer —y eso como muy pronto—, por lo que podía hacer lo que le diera la real gana y, además, no tenía sentido masturbarse vestida.

Cerró los ojos y su imaginación se ocupó de hacerle un pase de todos los actores, cantantes y modelos que le habían llamado la atención en un momento u otro de su vida. Fue descartando y seleccionando, hasta encontrar al hombre perfecto para esa ocasión: David Gandy. Pero no un David Gandy cualquiera. En absoluto. El David Gandy del anuncio de Light Blue de Dolce & Gabbana. ¡Ah, qué hombre!

Lo visualizó saliendo del agua vestido con un escueto bañador blanco que se ajustaría a la perfección a sus magníficos atributos. Tendría el cuerpo brillante por las gotas marinas que le lamerían la piel y se peinaría el pelo mojado con los dedos a la vez que la devoraría con la mirada. Luego se acercaría a ella con pasos lentos y movimientos depredadores. Una sonrisa de medio lado asomaría a su rostro cuando llegara hasta ella y comenzara a bajarle las braguitas...

Un hombre, alto y con el pelo tan corto —y escaso— que no se podía apreciar su color, miró la ventana abierta con los ojos entrecerrados; para ser un piso bajo, estaba bastante alta... pero no iba a echarse atrás. Emitió un quedo suspiro, se remangó los puños de la camisa y se aferró al alfeizar. Dio un pequeño salto para tomar impulso y consiguió sentarse en este. Sonrió ufano; no había perdido su toque atlético, a pesar de su más que incipiente barriga. Saltó al interior del dormitorio sin ningún reparo; al fin y al cabo, según había anunciado su hermana en las redes sociales, ella y su panda de descerebradas amigas estaban en una fiesta. Una fiesta celebrada a una semana de los exámenes finales. Bufó contrariado. A veces se preguntaba por qué demonios se molestaba en pagarle la universidad a esa irresponsable.

«Porque se lo prometiste a tus pobres padres cuando tu empresa empezó a obtener beneficios», le respondió la voz de su conciencia.

«Sí, pero en el trato no entraba que mis pobres, pobrecitos, padres se dedicaran a viajar durante todo el santo año con el Imsero, dejándome a mí al cargo de ella», replicó enfurruñado a su conciencia.

Encendió la linterna que llevaba consigo y resopló desanimado cuando esta iluminó el desastre de ropa, zapatos, bolsos y demás bártulos que colapsaban la habitación. Le iba a costar Dios y ayuda dar con el portátil, pero por su vida que lo encontraría y se lo llevaría. Era una cuestión de orgullo. Nadie se llevaba su ordenador impunemente, y su aprovechada, mimada y caradura hermana pequeña menos que nadie.

Se adentró en la estancia con cuidado de no tropezarse con las prendas que

abarrotaban el suelo y, siguiendo una corazonada, se dirigió a la mesilla de noche. Allí, bajo un par de sujetadores y varias blusas, estaba el preciado objeto. Lo guardó en la mochila que había llevado para tal menester y se encaminó a la ventana.

Y entonces lo captó. Alto y claro.

Un gemido gutural seguido de un jadeo agitado.

Era el sonido más erótico que había oído en su vida.

Se detuvo en seco, toda su atención puesta en la puerta abierta del dormitorio.

Se suponía que no había nadie en el piso, pues todas sus ocupantes estaban de fiesta. ¿O no?

Un nuevo gemido le confirmó que, en efecto, había alguien en casa. Una mujer, a tenor de la sensual voz que pareció atravesar el aire para mecerse voluptuosa contra su pene. Se acercó al pasillo y la voz llegó cristalina hasta él. Repetía una y otra vez una misma palabra, creando una apasionada letanía que lo intrigó y excitó a partes iguales, pues, fuera quien fuese la dueña de tan eróticos susurros, decía claramente su nombre: David.

No se lo pensó un instante. Atravesó sigiloso el piso siguiendo el murmullo jadeante que lo llamaba y parecía salir del salón.

Y allí se topó con una imagen que jamás podría olvidar: una mujer despatarrada en el viejo sillón. Más que enorme, era gigantesca, de grandiosos pechos, formidables muslos y confortable vientre; altísima a tenor de lo pequeño que se veía el asiento bajo ella. Y estaba desnuda, con los ojos cerrados, la espalda arqueada, las piernas bien abiertas y las manos sobre el sexo mientras se lo trabajaba con ardiente lujuria.

Se le hizo la boca agua de ganas de tocarla, saborearla y penetrarla.

Entró en el salón sin dejar de mirarla, excepto para echar un vistazo al escritorio lleno de libros y apuntes que había dejado en *stand by* mientras se masturbaba. Arqueó una ceja, intrigado por la extraña dicotomía que se mostraba ante él: esmerados esquemas de antropología y fogoso sexo solitario.

Sonrió al intuir quién podría ser la ardiente chica: Mireya, la aburrída y empollona compañera de piso de la que siempre se quejaba su hermana. ¡Vaya, vaya, qué interesante!

—Oh, sí, David, no te reprimas, fóllame más fuerte... —dijo en ese momento la joven a la vez que levantaba las caderas y se penetraba frenética con dos dedos.

Y David Pérez, que no Gandy, tragó saliva al oír el vehemente susurro y observar el carnal arrebato.

La lujuria se apoderó de él y, dejándose llevar por un instinto tan antiguo como salvaje, se arrodilló entre las piernas abiertas de la voluptuosa mujer que parecía haber sido creada conforme a sus deseos y apetencias.

Observó con avidez cómo los dedos femeninos bombeaban con fuerza en la lubricada vagina y, sin poder contenerse, le apartó la mano para ocupar su lugar con la lengua.

Mireya abrió los ojos como platos al sentir que alguien le estaba haciendo algo

tan maravilloso como inesperado allí abajo.

—¿¡Quién eres tú?! —jadeó tan asustada como excitada al hombre que con sus dedos parecía haber encontrado la posición exacta de su esquivo punto G.

—David —gimió él, masajeándole el clítoris con el pulgar para así ascender con la boca hasta los gloriosos pechos que lo llamaban a gritos.

—¿¡David?! —gritó Mireya, más debido a la pericia conjunta de pulgar y lengua que a la sorpresa, que también. Ella no conocía a ningún David.

—¿Me has llamado, no? Pues aquí estoy, soy tu deseo hecho realidad. Puedes hacer conmigo lo que quieras —susurró antes de atrapar entre los dientes uno de los sonrosados y fruncidos pezones.

Y ella, sin saber por qué diablos lo hacía, le tomó la palabra.

* * *

Mireya abrió los ojos despacio al percibir el alboroto proveniente del salón. Por lo visto sus compañeras de piso acababan de regresar de la fiesta. Estiró el brazo con extrema lentitud, reacia a descubrir lo que ya sabía, que el hombre con el que había pasado una magnífica e inolvidable noche haciendo el amor en todas las posturas imaginables, y también en algunas inimaginables, ya no estaba en su cama.

Suspiró.

Casi estaba tentada de considerar que no había existido, que había sido producto de su disparatada imaginación, pero el sugestivo ardor que sentía en el sexo contradecía esa teoría.

Y lo peor, lo más inverosímil, lo más excéntrico de todo era que no tenía ni la más remota idea de quién era él ni de dónde había salido... excepto que se llamaba David —si es que eso era verdad— y que había aparecido en su salón en el momento más oportuno.

Nada más ni nada menos.

—¡Me han robado el portátil! —oyó en ese instante el alarido de una de las recién llegadas. La rubia, para más señas.

—Ay, Dios —gimió metiendo la cabeza bajo las sábanas. Ya sabía lo que había ido a hacer David allí. ¡Era un ladrón!

—¡Mireya! —El grito, junto con el fuerte golpe de la puerta de su dormitorio impactando contra la pared al abrirse, le indicó que la víctima del hurto acababa de invadir sus dominios—. ¿¡Entró ayer alguien en casa?!

—¿Ayer? ¿En casa? No... ¿Por qué? —Fingió estar aturdidamente sorprendida.

—¡Me han robado el portátil de mi hermano! —aulló la joven.

—Oh, vaya... qué lástima —musitó con lo que esperaba fuera su cara más inocente.

—¿Seguro que no has visto ni oído nada en toda la noche?

—Ah... Pues no. Tenía tanto sueño acumulado que, cuando caí en la cama, me

quedé dormida como un tronco —afirmó aparentando desconcierto.

Por nada del mundo iba a contar que se había pasado la noche follando como una loca con un ladrón al que no conocía de nada.

—¡Mierda! Voy a tener que llamar a David y decirle que me lo han mangado. Se va a poner hecho una fiera —masculló la rubia.

—¿A David? —Mireya la miró confundida.

—Sí, a mi hermano. ¿A quién, si no, se lo voy a decir? —bufó mirándola como si fuera idiota—. Pero pienso echarte la culpa a ti, se suponía que estabas de guardiana de la casa.

—David, tu hermano —balbuceó Mireya—. Y... ¿cómo es?

—¿Cómo que cómo es? ¿Para qué quieres saberlo?

—Bueno, curiosidad. Es... ¿alto?, ¿calvo?, ¿ojos marrones?

—Más que calvo, lo que le pasa es que tiene poco pelo y muy corto. Grande, más alto que tú, también más ancho. ¿Por qué?

—Nada... ya te lo he dicho, curiosidad —repitió aturullada atando cabos.

—Estás de un raro —le soltó saliendo del dormitorio.

Mireya esperó a que esta desapareciera por el pasillo y después metió la cabeza bajo las sábanas y mordió con fuerza la almohada para no gritar.

«¡Madre mía! ¿En qué lío me he metido?»

Permaneció oculta bajo las sábanas hasta que su vejiga la obligó a abandonar el frágil refugio para evitar inundarlo. Una vez que se hubo aliviado, permaneció un rato más en el cuarto de baño, más concretamente bajo la ducha, para así borrar las evidencias que la movida noche había dejado en su cuerpo. Se frotó con cuidado, pues aún tenía algunas zonas muy sensibles que se erizaban y excitaban a la menor caricia. Al terminar, se envolvió en una toalla tan gigantesca como ella y regresó a su cuarto, donde tenía la intención de permanecer oculta el resto de su vida... o tal vez más.

El sonido del timbre y el posterior gritito que emitió su compañera de piso como recibimiento a la visita le hicieron abrir la puerta una rendija para espiar al recién llegado.

—¡David! Te iba a llamar ahora mismo; no te vas a creer lo que ha pasado esta noche —exclamó alterada la rubia antes de callarse abruptamente al ver lo que llevaba su hermano en la mano—. ¡¿Qué haces tú con el portátil que me han robado?!

—No digas tonterías, hermanita, nadie te ha robado nada —replicó él a la vez que le daba un par de besos; luego sacudió la cabeza a modo de saludo hacia la pelirroja y la morena.

—No entiendo nada. ¿Por qué lo tienes tú? —jadeó perpleja mientras sus curiosas amigas se asomaban por encima de los hombros de esta.

—Porque me colé aquí ayer por la noche para recuperarlo, pero he pensado que el servicio que me has prestado bien merece que te lo regale —explicó él, devolviéndoselo.

—¿El servicio que te he prestado? —farfulló sin entender nada, aunque, eso sí, se apresuró a aferrar con ambas manos el delgado ordenador.

—Gracias a ti he conocido a la mujer de mi vida —comentó él guiñándole un ojo mientras se encaminaba hacia la habitación desde la que estaba siendo observado.

Mireya cerró la puerta y dio un paso atrás, petrificada.

«¿Acaba de decir lo que le he escuchado decir? No. Imposible.»

Se pellizcó con fuerza para salir del sueño, pero, en vez de despertarse, él entró en el dormitorio y ella jadeó dolorida.

—Joder —siseó frotándose el brazo pellizcado mientras lo miraba aturullada. «¿Y ahora qué hago?»

—Vaya, eso tiene que haber dolido —murmuró David acercándose a ella para saludarla como era menester: con un beso de tornillo que la dejó enfebrecida—. Vístete o no podré reprimirme —la avisó apartándose de ella con una mirada depredadora que hablaba de necesidad desatada y placeres salvajes—. ¿Te gusta la comida italiana?

—Eh... sí. Es mi favorita.

—No puedes ser más perfecta. —Sonrió entusiasmado mientras contemplaba con evidente adoración sus curvas rotundas, su pelo enmarañado y su altura descomunal—. ¿Te apetece dar una vuelta y luego ir a almorzar a mi restaurante favorito? Italiano, por supuesto.

Mireya miró a su David Gandy particular; era todavía más enorme que ella, grande como un oso, también igual de peludo —excepto en la cabeza— y robusto. Y lo más importante, tenía unos preciosos y amables ojos castaños que no era capaz de apartar de ella.

Sonrió y, sin pensárselo dos veces, cerró la puerta, dejando fuera de la escena a sus compañeras. Se deshizo de la toalla que la cubría y saltó sobre él.

—No te reprimas... —le susurró frotando la nariz contra su recio cuello—. Ya tendremos tiempo de comer durante el resto de nuestras vidas.

SOLO EN CASA. EL ILUSIONADO MARIDO

Viernes

Rozó con fulminante brevedad los labios de su mujer, se inclinó para besar quizá con excesiva rapidez las mejillas de su hija adolescente y, por último, se acuclilló frente al pequeño de la casa, de poco más de seis años, y frotó con precipitación su nariz en un veloz beso de gnomo antes de volver a erguirse.

—Pasad un maravilloso fin de semana en el pueblo; os veo el domingo por la noche —dijo a modo de despedida definitiva, más que nada para ver si captaban la indirecta y se iban de una buena vez.

Nadie se movió del jardincito que había a la entrada del chalet en el que todos vivían en democrática armonía.

La amante esposa estrujó por enésima vez el bolso a la vez que lo miraba con los ojos cargados de consternación por dejarlo allí abandonado, trabajando todo el sábado y la mañana del domingo, mientras que ellos iban a disfrutar de un fin de semana de relax en el pueblo con sus padres, y con sus hermanos... y, por ende, con sus cuñadas y sobrinos... esos con los que tan bien se llevaba. Para dar más emoción a la delicada reunión familiar, también iban a estar sus tíos, y sus primos. Por supuesto, no faltarían tampoco los cónyuges e hijos de estos, a cuál más maleducado, al menos según la opinión del resto. Iba a ser de lo más entretenido, tanto que se sentía tentada de no ir, pero la familia era la familia, y había que visitarla de vez en cuando. Y era más saludable para sus nervios hacerlo sin su marido.

La hija adolescente, menos comedida que su agobiada madre, gruñó un impropio que el padre fingió no oír. Estaba enfurruñada por tener que dejar a sus amigos e ir a un pueblo perdido en mitad de las montañas, ¡sin una sola discoteca!, en el que sólo vivían viejos; entre ellos, su abuelo, que estaba obsesionado por contarle todas las batallitas de su vida, y eran muchas, porque era más viejo que los fósiles, y su abuela, una anciana de las de «a la antigua usanza», que estaba empeñada en enseñarle a cocinar para que fuera una buena ama de su casa. ¡Como si ella se fuera a ir de casa algún día, con lo bien que vivía con los papás!

El pequeño, quizá por no desentonar con el ánimo decaído y malhumorado de las féminas de su familia, curvó los labios en un amenazante puchero a la vez que desviaba la mirada hacia la piscina hinchable tamaño familiar que descansaba en una esquina del diminuto jardín del chalet pareado. Iba a cambiar su piscinita hecha a medida, de suelo suave, que le cubría sólo hasta la tripa y cuya agua estaba calentita, por un río helado, con suelo de guijarros que se le clavaban en los pies y que le cubría hasta la cabeza y más allá con sólo dar dos pasos. Sus ojos se llenaron con las

lágrimas del inminente berrinche.

—Deberíais ponerlos ya en marcha, si queréis llegar antes de que anochezca — comentó el marido, recordando a su familia que debían irse en ese momento. *Ipsa facto*. Ya. ¡Hala, vamos!

La esposa inspiró con fuerza, llenándose los pulmones de aire y la mente de determinación, y enfiló hacia el coche con paso decidido. Al fin y al cabo, iban a ser sólo dos días. La jovencita y el niño la siguieron sin mucho convencimiento.

El marido dio un impaciente paso hacia atrás, hacia el interior de la vivienda, hacia la anhelada y deseada soledad. Se sumergió entre las cuatro paredes de su recién conquistado reino con indisimulada prisa e instantes después se asomó a la ventana del comedor y, componiendo su expresión más circunspecta, alzó una oscilante mano a modo de despedida. Esperó hasta que el monovolumen gris cargado con toda su maravillosa, encantadora, dicharachera, agobiante y escandalosa familia giró la esquina y se perdió en la lejanía para correr con aparente tranquilidad las tupidas cortinas del salón, ocultándolo del mundo, de los vecinos, de los viandantes, de... ¡todo!

Entornó los ojos con cautela a la vez que aguzaba el oído en busca de algún sonido: alguna exigencia infantil, alguna recriminación de comprensión adolescente, alguna orden disfrazada de petición para que hiciera el último e imprescindible recado del día.

No oyó nada. Cero. Finito.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios mientras se dirigía de nuevo a la entrada para cerrar la puerta con llave. Luego regresó al salón, apagó el móvil, conectó el contestador del fijo, cerró las ventanas y bajó las persianas —toda precaución era poca—. Se quedó un segundo en mitad de la estancia, mirando con cierto remordimiento el aparato del aire acondicionado. No hacía tanto calor como para ponerlo, sobre todo si tuviera las ventanas abiertas, pero... ¿cuánto tiempo hacía que no pasaba un poquito de frío en casa en verano?

Lo encendió y lo puso a dieciocho grados. Con dos cojones. Sobre todo en ese instante, que no había dos pares de ovarios en casa.

Se frotó las manos al sentir el primer chorro de aire helado. Fresquito. Sí, señor, como a él le gustaba. Luego, siguiendo el plan que había ido trazando a golpe de frustraciones durante los dieciséis largos años que habían pasado desde que naciera su primogénita y él se quedara sin su adorada intimidad, se quitó la ropa, toda, y la dejó tirada en el suelo del salón; de cualquier manera, con alevosía y premeditación.

Y nadie lo regañó ni carraspeó dándole a entender el mal ejemplo que estaba dando.

Sonrió con placer.

De nuevo era el señor de la casa.

El rey de la selva.

Y nadie lo iba a parar hasta el domingo por la tarde, que era cuando esperaba el

regreso de la familia, momento en el que volvería a vivir junto a su esposa en la democrática esclavitud inducida por sus hijos. Pero, hasta que llegara ese instante, era libre.

Pilló una cerveza bien fría en la cocina, le dio un trago y, tras pensárselo un segundo, eructó; sonoramente y sin taparse la boca con la mano. ¡Toma ya! Se frotó la tripa, dio otro trago, emitió un nuevo eructo que le salió aún más fuerte y sonoro —era como montar en bici, nunca se olvidaba— y dejó la lata en la mesita del comedor. Subió ansioso a su antiguo despacho, ahora reconvertido en cuarto de juego de los niños. Una vez allí, utilizó como escalera la vieja silla de oficina con ruedas que había sido su compañera inseparable en las noches de PlayStation y Xbox. A punto estuvo de estrellarse contra el suelo cuando las ruedas se deslizaron sobre el parquet sin previo aviso, pero consiguió mantener el equilibrio y alcanzar la maleta oculta bajo las mantas del fondo del armario. La bajó con sumo cuidado. Marcó la combinación memorizada hacía tantos años y la abrió. Apartó su antiguo uniforme de la mili —¿de verdad había estado tan delgado alguna vez en toda su vida?—, la camiseta de los Sex Pistols, la de los Rolling Stones y los vaqueros ajustados que usaba para salir de marcha de joven porque le marcaban paquete. —¡Qué tiempos! Hacía siglos que no lograba verse el pito por culpa de la barriga—. Y allí, envuelta en la cazadora vaquera con el parche de los Iron Maiden que le hacía parecer un macarra, encontró una vieja caja de cartón con películas en DVD. Las acarició reverente y su pene respondió engrosándose al recordar melancólico. Sonrió y, sin perder tiempo, bajó de nuevo al salón, encendió el reproductor y puso la primera de las películas.

Una desnuda Silvia Saint apareció contoneándose en la pantalla panorámica del televisor. Se inclinó, dándole una perspectiva perfecta de su tremendo culo y mostrándole un atisbo de sus gruesos labios vaginales antes de volver a erguirse y privarlo de tan maravillosa visión... aunque no por mucho tiempo, pues enseguida sonó el timbre de la puerta en la película y ella, como no podía ser de otra manera, acudió a abrir dando ligeros saltitos que producían el meneo de sus grandes y jugosas tetas. Era el fontanero, e iba a realizar un servicio por el que luego pensaba cobrar. En carne; mucha y turgente carne.

Y en ese momento, él, el rey de la selva y señor de la casa vacía, separó las piernas y se llevó la mano al paquete; al pene duro y listo para la acción que se había erguido impaciente al intuir que iba a tener sesión de cine del bueno, del que ponía cachondo y cardíaco, con tetas de verdad, maleables y bamboleantes; culos de los buenos, generosos y respingones, y pubis con su mata de pelo recortada pero aún visible en vez de depilados ciento por ciento como estaba de moda en la actualidad.

¡Oh, sí! Iba a ver una película porno de las de antes, de las que valían la pena, de las que había visto mil veces y había guardado como tesoros, de las guarras, de esas en las que los protas follaban de verdad y con ganas.

Empuñó su polla con la mano derecha y cogió la cerveza con la izquierda. Dio un

trago que le supo a gloria mientras comenzaba a masturbarse... despacito, sin prisa.

Nadie iba a interrumpirlo. Nadie iba a saltar sobre la cama para meterse entre su esposa y él. Nadie iba a tener una pesadilla infantil cuando él estuviera a punto de correrse, ni iba a llamar por teléfono porque había perdido el último autobús y necesitaba que su papi hiciera de taxista. En definitiva, nadie iba a interrumpir su polvo autogestionado, porque... tacháannn, ¡no había nadie en casa!

Dejó la cerveza sobre el puf marroquí en el que su esposa descansaba cada noche los pies y usó la mano que acababa de quedar libre para frotarse a conciencia las pelotas; eso sí, sin dejar de menear la otra sobre su tremenda —es un decir— erección. En el televisor, Silvia Saint le hacía una felación al fontanero al más puro estilo garganta profunda.

Se lamió los labios al verla.

—Oh, sí. Vamos, muñeca, métetela hasta el fondo —le suplicó a la pantalla mientras la enorme verga del fontanero desaparecía entre los labios rojos de la actriz.

Se escupió en la palma de la mano y, acto seguido, frotó con esta la cabeza del glande, imaginando que era la garganta de Silvia lo que tocaba.

Sintió el primer espasmo de placer, avisándolo de que estaba entrando en el punto orgásmico de no retorno.

Su respiración se aceleró agitada a la vez que incrementaba la fuerza con la que se la meneaba.

Separó más las piernas.

Elevó el trasero.

Gimió entre dientes intentando contener la inminente eyaculación, tal y como hacía el semental de la película...

Y en ese instante algún inoportuno malnacido tocó al timbre.

Optó por ignorarlo. No iba a abrir. No iba a levantarse del sillón. Y, sobre todo, por nada del mundo iba a dejar de masturbarse.

Estaba tan cerca... tan a punto...

Y el jodido timbre volvió a sonar.

—Cariño, ¿estás visible? Voy a entrar.

El rey de la jungla y señor de la casa vacía abrió los ojos como platos mientras una mueca de absoluto terror se dibujó en su cara.

—¡Mamá! ¡No entres! ¡No estoy visible! —Saltó del sillón con la mala suerte de que tropezó con el puf, volcando la lata de cerveza—. Espera sólo un segundo. Yo te abro, no entres —gritó a la vez que apagaba la tele y buscaba, histérico, el pantalón que había mandado como un imbécil al otro extremo del salón—. Ya casi estoy... ¡Ay, Dios! —gritó aterrado al ponerse los vaqueros, subir la cremallera y casi pillarse con ella el rígido pene que clamaba por la merecida liberación—. Mamá... te he pedido que esperaras a que fuera a abrirte —jadeó avergonzado al ver a su madre entrar en la sala seguida muy de cerca por su padre.

—¿Y hacerte levantar del sillón cuando no es necesario y estás tan cansando? —

replicó ella enseñándole las llaves que jamás debería haberle dado—. ¿Has tirado una cerveza en el puf favorito de tu esposa? —inquirió arrugando con desagrado la nariz.

—Eh... sí, pero no te preocupes, luego lo limpio. —Le dio una patada para enviarlo al otro extremo del salón; luego, ante la mirada curiosa de su madre, subió las persianas y abrió las ventanas—. Estaba... echándome la siesta —musitó a modo de explicación, mientras apagaba el aire acondicionado, pues su madre había comenzado a frotarse los brazos y eso era señal de que tenía frío. Mal asunto, muy mal asunto—. Y, dime, ¿cómo es que habéis venido... hoy? —preguntó con voz estrangulada, sentándose para disimular su tremenda y dolorosa erección.

Cruzó las piernas para, de inmediato, descruzarlas; tenía las pelotas tan hinchadas y tensas que le dolían con cada respiración, imposible presionarlas más.

—Porque conozco a la mujer con la que te has casado —explicó despectiva la anciana— y estoy segura de que no te ha dejado nada de comida hecha. Y mi chiquirritín tiene que alimentarse bien —afirmó poniendo morritos a la vez que le tiraba de los mofletes, igual que hacía cuando era pequeño—. Ernesto, deja los tápers en la cocina —le ordenó a su marido mientras se acomodaba en el sillón.

—No tenías que haberte molestado, mamá; pensaba almorzar fuera mañana y...

—¿De verdad crees que te voy a dejar comer comida basura estando yo sin hacer nada todo el día? Quitá, quitá, no soy tan perezosa como tu esposa. Ernesto, trae el táper con la tapa roja —pidió al anciano cuando este regresó. El hombre suspiró y dio media vuelta antes de llegar a sentarse—. Tu padre y yo vamos a quedarnos a cenar esta noche —anunció en un tono de voz que al hijo le sonó a sentencia de muerte—, así estarás acompañado. Y estamos pensando en cancelar la excursión de este fin de semana con los jubilados. No nos gusta dejarte solo —comentó antes de ordenar a su marido que trajera cubiertos, servilletas y vasos.

El exrey de la selva y señor de la casa antaño vacía se estremeció al escuchar la condena, y, como no podía ser de otra manera, dedicó el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche a convencer a sus sacrificados progenitores de que no renunciaran a la salida que tenían organizada. Cuando consiguió su palabra de honor de que sí irían y logró echarlos de la casa, era más de medianoche, estaba muerto de sueño, frustrado, le dolían los huevos y aún le quedaba recoger los platos de la cena, meterlos en el lavavajillas y limpiar el desastre de la cerveza que se había derramado en el puf. Cuando acabó, se hizo una paja rápida en la ducha para intentar quitarse el dolor de pelotas y se metió en la cama.

Mañana sería otro día, se dijo. Y, si no pasaba nada extraño, él, sus manos, su pene y Silvia Saint tendrían una jugosa sesión de sexo salvaje y sin cortapisas.

Sábado

Ya no se acordaba de lo horroroso que era viajar en transporte público, ¡y lo lento!

Iba a tardar más de una hora y cuarto en hacer el trayecto que hacía cada día en el coche en menos de treinta minutos, pensó enfadado al salir del vagón de metro. Esquivó a los cientos de jóvenes alborotados que había en la estación y se dirigió presuroso al enlace con la RENFE, donde, como no podía ser de otro modo, se encontró con una multitud que se interponía entre él y el tren que debía tomar para llegar a casa. Y no era cuestión de perderlo, pues en fin de semana pasaba cada veinte minutos. Abrazó la bolsa del supermercado en la que llevaba lo que había comprado esa misma mañana de camino al trabajo y, una vez estuvo seguro de que su tesoro estaba protegido y no se rompería, echó a correr. No se le escapó el tren de puro milagro y, por supuesto, no encontró sitio para sentarse.

Cuando llegó a casa, estaba tan agotado que decidió posponer su cita con Silvia Saint y echarse la siesta. Al fin y al cabo, no había prisa y él llevaba todo el día trabajando; urgía un merecido descanso. Eso sí, antes metió el tesoro en la nevera.

Se despertó un par de horas más tarde, rejuvenecido y más que preparado para el segundo asalto, pero esta vez sería más listo y lo haría mejor.

Se desnudó y a punto estuvo de desmayarse por culpa del olor a macho cabrío que emanó de sus axilas al subir los brazos para quitarse la camiseta; por tanto, se duchó, pues no era cuestión de oler a puerco ante la imagen panorámica de cuarenta pulgadas de Silvia Saint. Entró en el salón vestido con el albornoz y, tras bajar las persianas, cerrar las ventanas y poner el aire acondicionado —había que crear ambiente—, se lo quitó y lo dejó doblado sobre el reposabrazos del sillón, al alcance de su mano. Estaba seguro de que nadie iba a interrumpir su tarde de películas porno y sexo desenfundado; al fin y al cabo, sus padres estaban de excursión, pero... aun así... mejor prevenir que curar.

Una vez en porretas, se dirigió animado a la cocina, llenó un cubo con hielo y metió dentro las cervezas alemanas de importación que había comprado esa mañana. Le habían costado un ojo de la cara, pero valían la pena. Seis botellas que pensaba tomarse a la salud de su polla. Una exquisitez para una tarde que iba a ser memorable.

Dejó el cubo sobre la mesa, cambió la película por otra —la del día anterior le había traído mala suerte y no quería tentar a la fortuna— y se sentó en el sillón con una cerveza en una mano y el mando de la tele en la otra. Pulsó el botón que daría comienzo a su tarde de sexo salvaje.

Silvia Saint apareció en la pantalla semivestida con una ajustada minifalda vaquera que dejaba entrever el culo y el pubis y un chaleco militar sin abrochar, del que sobresalían sus estupendas tetas. Sujetaba, amenazante, un rifle cuyo pulido cañón frotaba arriba y abajo con pecaminosa lujuria. Frente a ella, un soldado se reía desdeñoso, llevándose las manos al paquete.

«¿Quieres guerra, nena?», preguntó en ese momento el militar, acariciándose lascivo.

—Oh, sí, claro que queremos guerra —contestó él llevándose la mano a la polla

para empezar la tarea.

Dio un trago a la cerveza y comenzó a frotarse despacito, con perezosa lujuria. No había prisa. Tenía todo el tiempo del mundo. Se masturbó a conciencia y, cuando Silvia se abrió de piernas y los retó —al soldado y a él en su imaginación— para que la tomaran salvajemente, se envolvió el miembro con una mano y se acunó con la otra los huevos. Los acarició con mimo, aumentando la fricción sobre su pene mientras observaba extasiado al soldado embestir como un miura desatado.

Ah, joder, así se follaba. ¡Sí, señor! Lo que daría él por hacerle el amor a su mujer así, sin miedo de despertar a nadie, con las pelotas chocando contra el trasero femenino a cada acometida y ella gritando como una loca «más, más».

Apretó el culo al sentir el primer espasmo de placer, claro indicador de que estaba a punto de correrse. Se mordió los labios, decidido a aguantar tanto como el soldado, y siguió meneando las manos sobre su polla. Era un insaciable dios del sexo e iba a aguantar otros tres minutos más sin eyacular.

Y en ese momento, algún capullo tocó al timbre.

¡No! ¡Otra vez no!

Fijó la vista en la pantalla del televisor e ignoró el irritante sonido del timbre, que, por cierto, no paraba de sonar.

—¡*Cuñao!* Ábreme, sé que estás dentro. He visto el resplandor de la tele entre las rendijas de la persiana —oyó la voz del hermano de su mujer—. Oye, tío, ¿no será que le estás poniendo los cuernos a mi hermana y por eso no me quieres abrir, no?

El exdios del sexo estuvo a punto de echarse a llorar, pero no lo hizo. En lugar de eso, apagó el reproductor y la tele, se puso el albornoz que había tenido la precaución de dejar a mano y se dirigió a la puerta.

—Joder, *cuñao*, sí que has tardado en abrir —gruñó el inesperado visitante, mirándolo con el ceño fruncido a la vez que entraba en la casa sin pedir permiso—. Un poco más y nos perdemos el comienzo del partido...

—Estaba echando la siesta —se excusó—. ¿Qué partido?

—El amistoso Italia-España; lo dan en el Plus, pero mi mujer está liada con las series y no me deja verlo, así que he pensado que me venía contigo, que para eso somos hombres y nos entendemos —añadió dándole una fuerte palmada en la espalda—. ¡Hostia, tú! ¿Eso que veo es cerveza alemana? Ya sabía yo que hacía bien en venir a hacerte compañía —afirmó sentándose en el sillón. Puso los pies sobre la mesa y cogió sin pudor una de las carísimas cervezas.

El dueño de la casa suspiró. Adiós Silvia Saint, adiós sexo salvaje, adiós intimidad y adiós cervezas de importación.

Domingo

Estaba llegando a casa tras la dura mañana de trabajo cuando vio un monovolumen

gris que se parecía mucho, muchísimo, al suyo, pero no podía ser el suyo. Aún faltaban por lo menos cuatro horas para que llegara su familia, ¿verdad?

El coche aparcó frente a la puerta del chalet y de él se bajaron una mujer asombrosamente parecida a la suya, una adolescente clavadita a su hija y un crío que era una réplica perfecta de su hijo.

—¡Hola, papá! —gritó el pequeño tirándose a sus brazos.

Ah, vaya, iba a resultar que era su familia. Sí. En serio. De verdad de la buena.

Habían adelantado el regreso, privándolo de su tarde de soledad. Aunque lo cierto era que tampoco le importaba mucho. Tal y como se habían desarrollado las dos últimas tardes, casi prefería no probar suerte con una tercera, ciertamente. De hecho, pasada la sorpresa inicial, se sintió encantado de volver a tener en casa a su familia. Era más seguro.

Abrazó gozoso a sus hijos y besó con ganas a su mujer, y luego se enteró de por qué habían vuelto tan pronto. Su hijo se encargó de ponerlo en antecedentes sobre las discusiones acaecidas en el pueblo... Por lo visto, el tío Pablo y la tía Josefa se habían peleado... a tortas. Habría ganado la tía Josefa si no se le hubiera ocurrido agarrar por las pelotas al tío Pablo, haciendo que la tía Inés, que aún disfrutaba ocasionalmente de ellas, se metiera en la pelea. Y, claro, si la tía Inés entraba en el ajo, el tío Fermín no iba a ser menos. Resultado final: un kilo de filetes repartido entre distintos ojos de los miembros del clan.

Tras el relato, le tocó el turno a su hija. Estaba entusiasmada, maravillada, alucinada y obnubilada. Había conocido a un chico de su edad en el pueblo, guapísimo, altísimo, fortísimo, cariñosísimo y todos los «ísimos» imaginables. Por lo visto el chaval la había salvado de morir de aburrimiento y ella estaba total e irremediabilmente enamorada.

¡Ay, Dios!

Aguantó como un jabato los monólogos interminables de sus vástagos y, cuando estos por fin cayeron derrotados en sus camas a una hora nada prudencial (casi las doce de la noche), hizo lo propio y, tras ponerse el pijama, se metió en la cama a esperar a su mujer, que seguro que también tendría mil chismes que contarle. Bostezó, estaba muerto de sueño. Con todo el trajín que había tenido ese fin de semana entre sus padres y su cuñado, no había descansado apenas. Ojalá la parienta se metiera pronto entre las sábanas para darle las buenas noches y poder dormir sin remordimientos.

Estaba medio adormilado cuando vio a su mujer entrar en el dormitorio, cerrar la puerta y echar el cerrojo. ¿Cerrar la puerta? ¿Echar el cerrojo? ¡Un momento! ¿Qué estaba pasando allí?

—Ha sido horrible —musitó su esposa—. Espeluznante. Todos discutiendo sin parar durante todo el tiempo. No te imaginas la tensión que tengo acumulada —jadeó arrancándole la sábana con la que él se había tapado—. Tengo que darle salida a toda esta ansiedad; lo entiendes, ¿verdad? —Él asintió atónito y, por qué no decirlo,

bastante excitado por la fiereza que mostraba su normalmente tranquila mujer—. Necesito liberarme tensión...

Sin pararse en delicadezas, se quitó el camisón de un solo tirón y acto seguido le aferró con manos temblorosas el pantalón del pijama y tiró de él con fuerza, bajádoselo para dejar a la vista la más que rígida erección de su marido.

—Vaya, vaya... veo que estás preparado —susurró ella lamiéndose los labios golosa, a la vez que se sentaba a horcajadas sobre él, clavándose la polla hasta la empuñadura.

El hombre jadeó excitado y acompañó la galopada de su esposa meciendo las caderas a un ritmo tan frenético que ni el soldado de la peli porno podría emular. No había nada más excitante que tener a su mujer sobre él, haciéndole el amor salvajemente.

Ni Silvia Saint ni narices, su churri era lo más erótico del mundo mundial. (Sobre todo cuando regresaba del pueblo... Tendrían que visitarlo más a menudo.)

CON LA SUERTE EN LOS TALONES

Primera regla para cambiar tu suerte: aprovecha todas las oportunidades que se pongan a tu alcance.

María leyó por enésima vez la primera de las cuatro reglas que había escrito tras ver el documental sobre la buena suerte. No era necesario que las repasara, pues se las sabía de memoria, pero leerlas la hacía sentirse más segura. Tenía que aprovechar todas las oportunidades, y eso iba a hacer. Ahora que tras el divorcio había regresado a su barrio de toda la vida, la fiesta de antiguos alumnos del colegio era una ocasión única para retomar viejas amistades.

Guardó el papel en el diminuto bolso que llevaba, intentó mover los dedos de los pies en el interior de la afilada puntera de los zapatos de tacón de aguja —que por cierto no se parecían en absoluto a las planas y cómodas manolequinas que tenía por costumbre usar—, se estiró la ajustada blusa que le había prestado su hija, empeñadísima en que se la pusiera —y que cada vez le recordaba más un corsé, porque le imposibilitaba la respiración— y sin darle más vueltas al asunto entró en el restaurante en el que se reunían los alumnos de la promoción del 72.

Atravesó el elegante vestíbulo en pos del refinado *maître* que la atendió mientras pensaba, asustada, en dónde se había metido. Tanto lujo de rancio abolengo no era para ella.

Desentonaba demasiado.

Irguió la espalda para no parecer una jorobada en comparación con el estirado jefe de comedor que la precedía —con bastante rapidez, hay que destacar, y sin ninguna consideración hacia ella y sus torturadores tacones—, pero, al darse cuenta de que con la espalda tan recta sus pechos sobresalían aún más, volvió a encorvarse. No era cuestión de que sus tetas, cual mascarón de proa de un barco, saludaran antes que ella.

El atildado *maître* le indicó la puerta del salón en el que se encontraban sus compañeros y ella le dio las gracias por prepararla tan amablemente para correr los cincuenta metros lisos en las próximas Olimpíadas. Por lo visto el hombre carecía de sentido del humor, pues, en lugar de reírse con la gracia, gruñó; sí, como los perros... más exactamente como un chihuahua con exceso de dientes.

María lo ignoró con su mejor cara de niña buena y entró en el salón. Una vez alejada de la mirada recriminatoria del repelente hombrecillo, estuvo tentada de quitarse los martirizadores zapatos y dar un gran respiro a sus pies, pero se contuvo al recordar con quién iba a cenar. Nunca había que dar argumentos al enemigo... y la mitad de las personas que allí estaban eran el enemigo; además, uno acérrimo. Como el café y la sal, Aragorn y el jabón o Nicole Kidman y las arrugas.

Inspiró despacio —no se atrevía a hacerlo fuerte, no fueran a estallar los ojales de

la blusa— y se encaminó hacia los que ocupaban la distinguida sala. Estaban todos allí. Al principio de la mesa, como no podía ser de otra manera, los alumnos modelo: Carlos, Raúl, Emilio y Marcos, con sus Levi's 501, sus polos Lacoste —¿en serio vestían igual de pijos que hacía treinta años?— y sus sonrisas condescendientes. A su vera, Ana, Elena, Raquel, Lena y Pilar, todas con sus melenas libres de canas y sin un solo pelo rebelde, además de vestidos de ultimísima moda en los que a ella no le cabría ni media teta, bolsos Tous, zapatos Gucci y maquillaje perfecto.

¡Santo Dios, el grupo de las pijas había descubierto el secreto de la clonación!, pensó con cierta ironía al percatarse de que tan iguales iban que era difícil diferenciar a una de otra. Se habían mimetizado entre ellas, como los camaleones.

Al fondo de la mesa estaba la pandilla basurilla: Vitín, quien seguía sin alcanzar el metro sesenta de altura; los trillizos pelirrojos Fernando, Francisco y Federico, con sus tripas marca Obélix, y Laura, Maite, Isabel y Clara, con sus gafas, sus centímetros de más y unos modelitos que se notaba a la legua que habían improvisado con ropa de amigas, tal y como ella misma había hecho con la ajustadísima blusa de su hija.

Saludó a los viejos compañeros, tanto eternos aliados como indestructibles adversarios, y se sentó en una de las dos sillas que quedaban libres.

—¿Quién falta? —le susurró a Clara, su más antigua amiga y quien la había convencido de ir a la fiesta.

—Manolo.

—¿Manolo? —murmuró entrecerrando los ojos, incapaz de recordar de quién se trataba. Que ella supiera, no había ningún Manolo en la clase.

Aprovechó la clandestinidad que le daba el largo mantel que cubría la mesa para quitarse los agobiantes zapatos.

—Masita —musitó Clara guiñándole un ojo.

Dio un respingo por la sorpresa. Era imposible que Masita hubiera aceptado ir a esa estúpida cena promovida por los estúpidos alumnos ejemplares que tanto lo habían torturado durante la EGB. Aunque, claro, lo mismo se podía decir de ella y la pandilla basurilla. Miró la puerta con cierta nostalgia; sería maravilloso que su antiguo colega y compinche de travesuras acudiera al evento. Había echado mucho de menos su agudo ingenio y su amistad sincera. Era un niño encantador, y esperaba que se hubiera convertido en un adulto extraordinario... aunque seguramente sería incapaz de reconocerlo. Treinta años eran muchos años. Demasiados. Se encogió de hombros —con mucho cuidado, eso sí; la blusa estaba encogiéndose por momentos— y se unió a la conversación de sus antiguas amigas.

Tardó menos de un segundo en volver a formar parte del grupo; había cosas que, por mucho tiempo que pasara, nunca cambiaban, y la pandilla basurilla era una de esas cosas. Los pijos insoportables, la otra, pensó al oír las primeras risas y sentir las primeras miradas sobre su persona. Resopló; tal vez no había sido buena idea seguir la regla de la buena suerte y aprovechar esa oportunidad. No le apetecía nada volver a sentirse fea, torpe y gorda. Aunque, en honor a la verdad, jamás había dejado de

sentirse así en mayor o menor grado.

El sonido de la puerta del salón al abrirse detuvo los murmullos e hizo que los allí presentes se volvieran en el asiento para ver al último comensal.

Todos, sin excepción, se quedaron sin palabras.

Ella la primera.

Ese no podía ser Masita. Era imposible. No lo llamaban así porque sí, sino porque se parecía a La Masa, el primer Hulk, interpretado por Lou Ferrigno, que llegó a la televisión cuando sólo había dos canales. De niño había sido, más que bajito, cuadrado; medía lo mismo de alto que de ancho. Había tenido el pelo negro, cortado en un horrible estilo paje, y tan tieso y encrespado que parecía que cada mañana metía los dedos en un enchufe antes de ir al colegio. Y, por si eso no fuera ya suficiente para convertirlo en el blanco de todas las burlas, era un niño tímido de cejas enormes que se elevaban hasta formar un paraguas sobre sus pequeños ojos.

Pero ya no era así. Ahora era... alto, por lo menos metro noventa, y también tenía músculos, muchos. Seguro que hasta podría cogerla en brazos durante unos segundos sin acabar aplastado contra el suelo. Lo que no tenía era pelo. Nada. Cero patatero. Estaba calvo. Y eso lo hacía todavía más atractivo. Era un cruce entre Jason Statham y Dwayne Johnson. Y María, y sin duda también las demás mujeres sentadas a la mesa, estaban mojando las bragas sólo con verlo...

—Pijos, pijas... basurillas —saludó burlón con un gesto de cabeza.

María abrió los ojos como platos. ¡Nadie que no perteneciera a la pandilla se atrevía a llamarlos basurillas a la cara y vivía para contarlos!

Hizo ademán de levantarse, pero en ese instante recordó que se había descalzado, así que, con el culo separado del asiento sus buenos treinta centímetros, comenzó a bailar una extraña samba provocada por sus pies, que se movían intentando enfundarse unos zapatos de tacón de lo más rebeldes e inestables. Dicho movimiento produjo una reacción en cadena que se trasladó de sus pies a sus piernas y, de estas, a su trasero, el cual, como no podía ser de otra manera, se meció con torpe sensualidad enfundado en la estrecha y corta falda, también de su hija, que intentaba cubrirlo sin conseguirlo.

—Pensaba que venía a una cena, no a una exhibición de... baile —murmuró Manolo, mordaz.

Fijó la mirada en el duro trasero con forma de corazón. De corazón bien grande, se sobrentiende. Y también muy apetitoso y provocador. Se lamió los labios, de repente hambriento, y no exactamente de comida.

¿Quién de todas sus antiguas compañeras sería esa fémina de formas rotundas y prietas?

María consiguió por fin ponerse los zapatos —más o menos, pues tenía medio talón fuera— y, sin pensarlo un instante, se irguió cual baja era para enfrentarse al enorme —y guapo— hombre en que se había convertido Masita y cantarle las cuarenta.

Tomó aire con fuerza, llenándose los pulmones, y los cinco primeros botones de la blusa de su hija volaron por los aires cual proyectiles en busca de algún pijo al que atacar. No fue lo único que salió volando por los aires. Sus pechos, hasta entonces contenidos por la prenda, se expandieron hasta abandonar la prisión de la tela y sobresalir amenazantes más allá del escote cual dirigibles aerostáticos.

—Ah... ya sé quién eres, María Patito —murmuró Manolo con voz ronca, guardando las manos en los bolsillos para no aferrarse cual hombre desesperado a esas enormes y tentadoras tetas—. Sigues igual de patito que siempre, aunque con mucho más relleno.

—Le dijo la sartén al cazo. Yo tendré más relleno, pero tú tienes mucho menos pelo —replicó ella cerrándose, avergonzada, la blusa con las manos.

Él frunció el ceño, disgustado al verse privado de la erótica visión.

María arqueó una ceja, sorprendida por el suspiro lastimoso del hombre y, sin pararse a pensarlo, decidió seguir la segunda de las directrices que había escrito en el papel que llevaba en el bolso:

Segunda regla para cambiar tu suerte: transforma lo negativo en positivo.

Apartó las manos de la blusa sin desviar la mirada del apuesto hombre y, en vista de que no le quedaban botones que abrochar, decidió imitar a Madonna en sus años mozos y se ató la blusa por encima del ombligo, dejando que se viera el sujetador de encaje blanco que llevaba, que al fin y al cabo era el más bonito y caro de sus sostenes.

Manolo esbozó una ufana sonrisa y se quitó la chaqueta, quedándose en mangas de camisa. Una camisa blanca que se pegaba a su cuerpo perfecto como una segunda piel, mostrando cada músculo e incluso las hinchadas venas que recorrían sus poderosos brazos. Asió el respaldo de la silla que la voluptuosa mujer había ocupado y esperó cual caballero a que volviera a sentarse para acercarla a la mesa. Luego ocupó la que quedaba libre y se quedó callado, devorando con la mirada a su excompañera de clase y travesuras.

María, liberada de la presión de la blusa-corsé, inspiró con fuerza para tranquilizarse.

Manolo dio un respingo y se removió sobre su asiento, repentinamente incómodo.

María le regaló una engreída sonrisa. Por lo visto aún era capaz de endurecer a un hombre.

—Y, dime, Patito, ¿cómo es que has regresado al barrio? ¿Piensas quedarte? —inquirió él, calculador, interesado en saber con cuánto tiempo contaba para conquistarla.

—Si me miras a los ojos, te lo explico —replicó ella sacando pecho. Más aún.

—Prometo intentarlo —Manolo elevó la vista, no sin cierta dificultad, y la centró en los gruesos labios de su interlocutora—, aunque no lo aseguro. Es difícil apartar la

mirada del paraíso...

María estalló en una alegre carcajada que dio inicio a un batiburrillo de saludos, palmaditas de bienvenida y manchas de carmín con forma de labios fruncidos en las mejillas del recién llegado.

El mundo retrocedió treinta años. Los hombres y mujeres fueron de nuevo niños traviesos en el último día de clase de octavo de EGB, asustados por lo que les esperaba en el instituto y entusiasmados por los incipientes romances que se vislumbraban con el comienzo del verano. Y esos niños se contaron unos a otros cómo se convirtieron en adolescentes y estos a su vez en adultos con hijos y sin ellos, con trabajo y sin trabajo, casados, divorciados, solteros y emparejados. Treinta años fueron resumidos en una docena de conversaciones, mientras el tiempo corría raudo a través del menú degustación y las copas de vino para que el pasado se reencontrase de nuevo con el presente. Y eso ocurrió exactamente cuando la cuenta llegó a la mesa sobre una elegante y exquisita bandejita de plata.

—Madre mía —susurró María, haciéndose eco del resto de la pandilla basurilla, al dividir el importe entre los allí presentes y comprobar a cuánto ascendía el monto por persona.

—Y lo peor es que me he quedado con hambre —dijo Clara arrugando la nariz—. Mucha decoración, muchas nuevas propuestas, mucha investigación y mucha modernidad, pero muy poca comida en los platos —refunfuñó frotándose el estómago.

—Piensa en el lado positivo del asunto: mañana no tendremos que hacer dieta por culpa de habernos pasado en la cena —afirmó María recordando las reglas de la buena suerte.

—Estoy muerto de hambre —masculló Manolo—. Conozco un sitio donde nos podremos resarcir de esta precaria cena, ¿os animáis? —preguntó en plural, pero su mirada cayó sólo en María—. Sería una buena manera de continuar la noche... y convertirla en satisfactoria... en altamente satisfactoria —redundó, tendiéndole la mano a ella.

María lo miró indecisa mientras sacaba el monedero del bolsito. La noche había sido perfecta... ¿para qué darle la posibilidad de estropearse? Sus dedos tocaron el papelito que ella misma había escrito, y recordó la tercera regla para cambiar la suerte:

Autoconvéncete de que todo va a salir bien, y saldrá bien.

* * *

—¡No puedo más! —gritó María entre risas.

Estaba abrazada al fuerte cuello de Manolo mientras este bailaba alocado a lo

largo de la pista de la discoteca. Eran los dos únicos miembros de la autodenominada pandilla de los exbasurillas que aún seguían en pie tras la larga noche.

Que fueran las cinco de la madrugada tal vez tenía algo que ver con ese hecho.

—Para, por favor, pero no me sueltes; estoy tan agotada que me derrumbaré si lo haces —le dijo María al oído cuando él se alejó lo suficiente de los altavoces como para poder hablar como personas normales—. Ya no estoy acostumbrada a tanto trajín —comentó divertida.

—Yo tampoco —señaló él sentándose en las escaleras de salida con ella en su regazo.

—Pues nadie lo diría —replicó, intentando ponerse de nuevo los martirizantes zapatos—. No hay modo —masculló dándose por vencida. Se puso en pie con los zapatos en las manos—. Será mejor que busque un taxi para ir a casa —comentó, enfilando hacia la salida.

—Yo te llevo, tengo el coche aparcado a un par de calles.

—No vivo cerca de aquí... —lo informó ella.

—Yo tampoco. Lo que es una lástima, no puedo esperar a tenerte —murmuró acariciándole los pómulos con sus enormes dedos.

Lo observó embelesada mientras se acercaba despacio, como en cámara lenta, hasta sus labios. Sintió el sabor a ron, piña y hombre cuando abrió la boca para recibirlo. Su lengua, pura virilidad, le acarició el paladar, los dientes y la parte interna de las mejillas antes de enzarzarse con la de ella en una suave pugna por obtener el poder.

Cuando se separaron, ambos respiraban agitadamente.

—Acompáñame, buscaremos un hotel —la instó mordisqueándola en el cuello.

—Yo no hago esas cosas —jadeó María—. No he estado con nadie que no fuera mi marido... y con él tardé más de un año en acostarme.

—Ya no somos niños... No podemos perder tanto tiempo —gruñó él agarrando por fin los enormes y magníficos pechos que llevaban toda la noche tentándolo.

María cerró los ojos, ahíta de placer ante el nada sutil contacto. Su intuición le decía que, si pasaba esa noche con ese hombre, todo su mundo cambiaría. ¿Para bien o para mal?

Dio varios pasos atrás, apartándose de él. Manolo se quedó quieto, mirándola pero sin intentar acercarse, dándole el espacio que ella parecía pedirle.

—¿Sabes cuál es la cuarta regla para cambiar la suerte? —le preguntó muy seria. Él negó con la cabeza.

—Arriésgate a hacer caso a tu intuición —recitó de memoria.

—¿Y qué te dice la tuya? —susurró acercándose a ella con semblante depredador.

—Que pase el resto de la noche follando contigo.

* * *

—¿Sabes cuál es la quinta regla para cambiar la suerte? —le planteó María mientras se pintaba los ojos.

Esa noche se celebraba la sexta reunión trimestral de la pandilla exbasurilla y apenas cabía en sí de las ganas que tenía de ver otra vez a sus antiguos amigos. Pensaba proponerles hacer las reuniones mensuales, tres meses eran demasiados para estar separados.

—¿Tener un hombre maravilloso a tu lado? —respondió Manolo a su pregunta.

—No seas tonto.

—No lo soy, soy maravilloso... Tú misma lo dijiste ayer, varias veces, mientras tenía mi cara entre tus piernas —murmuró levantándose de la cama, desde donde había observado a su preciosa mujer mientras se vestía.

Se colocó tras ella y coló las manos bajo el escote palabra de honor del vestido para acariciar, lascivo, los hermosos pechos con los que tanto disfrutaba.

—Llegaremos tarde —lo avisó ella echando la cabeza hacia atrás para mostrarle su cuello vulnerable.

—Están acostumbrados —masculló él mordiéndoselo.

* * *

—Por cierto, al final no me has dicho cuál es la quinta regla para cambiar tu suerte —susurró Manolo abriendo la puerta del restaurante donde los esperaban el resto de la pandilla.

Como siempre, llegaban un pelín tarde... y bastante sonrojados... y algo desaliñados... Era uno de los principios fundamentales del sexo esporádico: nada de acabar tan bien vestido como antes de echar el polvo.

—Tu suerte cambiará si tú te esfuerzas en cambiarla —recitó María dándole un apretón en el culo sin pudor alguno.

UNA NOCHE MÁS

No soy alta, tampoco baja. Mi pelo no es rubio ni negro, ni mucho menos pelirrojo, sino de un vulgar castaño. Mis ojos no son azules ni negros ni verdes ni grises, son simplemente marrones. Gasto una 95B de sujetador, lo que quiere decir que no las tengo grandes ni pequeñas, sino estándar, como todo lo que se refiere a mi persona. Con respecto a mi temperamento, no soy aburrida, pero tampoco chispeante. No me envuelve ningún halo de misterio, ni soy abrumadoramente sensual. Con todo esto quiero decir que se me puede definir como una mujer normal, quizá excesivamente normal. De hecho, si fuera una superheroína de la factoría Marvel, sin duda sería Mujer Invisible, porque, para qué negarlo, nadie me ve. Tanto es así que mis amigas idearon un sistema para que no me quedara sola cuando salíamos de fiesta: el superguá.

Te estarás preguntando qué es eso del superguá... Fácil, es un plan antisoledad discotequera. Cuando salíamos por la noche, obviamente surgían *planes* (de esos que incluyen chicos, besos y tocamientos varios). Cosa lógica y normal, ya que éramos jóvenes, solteras y teníamos ganas de divertirnos; pues bien, la regla del superguá era que, si en un momento dado de la velada sólo quedábamos dos chicas del grupo de amigas (normalmente yo era una de ellas), ninguna de las dos podía enrollarse con un chico y dejar sola a la otra... con una excepción: el superguapo. ¿Y cómo elegíamos al susodicho?, pues por votación popular. Nada más entrar en la discoteca de turno observábamos el panorama masculino con ojos sabios y, entre todas, seleccionábamos al más guapo del lugar, ese que normalmente resultaba inalcanzable y que estaba rodeado por una cuadrilla de chicas que lo vigilaban ojo avizor para evitar que hembras ajenas pudieran acercarse a él.

Sí, mirándolo en retrospectiva, nuestro plan era una completa estupidez, pero, a los diecisiete años, a nosotras nos parecía cojonudo y lo seguíamos a pies juntillas.

Y así fue como, en una de esas locas salidas nocturnas, en una discoteca que ya no existe, sucedió lo que sucedía a menudo, que nos quedamos solas Eva y yo. Las demás habían conseguido su presa para pasar la noche y nosotras bailábamos en la pista. Si os soy sincera, ni ella ni yo prestábamos atención alguna al superguá, ¿para qué? No era la primera vez que íbamos a ese local: Eva ya había intentado ligar con él anteriormente sin lograrlo y yo, para qué engañarnos, ni me molestaba en pretenderlo.

La Mujer Invisible es exactamente eso: invisible.

Yo estaba totalmente concentrada en el baile, que no es que fuera muy complicado; al fin y al cabo, por aquella época era heavy, y los heavys, en vez de bailar, hacíamos como que tocábamos la guitarra; eléctrica, por supuesto. Y, oye, eso de tocar una guitarra imaginaria tiene su intrínquis. Hay que saber colocar los dedos

en el aire, mover la cabeza arriba y abajo al ritmo de la música sin marearse y, sobre todo, dar algunos pasitos adelante y atrás para que todo quede más verosímil.

Así que ahí estaba yo, tocando el solo de *Masters of puppets*, cuando, de repente, ¡zas!, el superguá, con su increíble melena rubia hasta mitad de la espalda, su físico de impresión, su metro ochenta de estatura y sus ojos azules de infarto, se colocó frente a mí y me señaló con un dedo. Uf, os juro que miré a los lados a ver si estaba llamando a otra. Y no, la pista estaba medio vacía, era tarde y todas las chicas ya habían pillado cacho, excepto Eva y yo, *of course*. Por tanto, me llamaba a mí. Ups.

«Y ahora, ¿qué hago?», me pregunté alucinando en tecnicolor.

Miré a Eva, esta me miró a mí, sonrió, sonreí, e hice lo único que podía hacer: seguí bailando.

No sé si he comentado que, además de invisible, también soy tímida... ¿No? Pues lo soy. O lo era en aquella época, con mis tiernos diecisiete añitos.

La verdad es que no tengo ni idea de por qué ese tremendo y maravilloso espécimen de *Homo sapiens* se fijó en mí. O, bueno, tal vez sí. Imagino que estaba un poco borracho e hizo una apuesta con sus amigos para ver si se podía ligar a la más borde de la disco.

Humm... Creo que tampoco te he comentado eso. Mi timidez recalcitrante, en vez de hacerme ser apocada, me hacía ser pelín arisca (cambia «pelín» por «muy», y tendréis mi grado de intratabilidad).

Y, quizá debido a mi obstinada actitud de no mirarlo ni darle ningún protagonismo (y anda que no me costaba, porque estaba más bueno que un queso), él hizo lo impensable.

Se acercó a mí.

Por poco me muero del pasmo. Literalmente.

Él caminaba seductor, pavoneándose. Era el más guapo del local y lo sabía. Y yo era la Mujer Invisible, y eso también lo sabía. Me iba a hacer un favor y yo iba a caer rendida a sus pies, a derretirme con tan sólo oír su voz, a mojar las bragas al sentirlo tan cerca...

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas? —me gritó al oído para hacerse oír por encima de la canción de Metallica.

Y yo, ni corta ni perezosa, contesté lo primero que me vino a la cabeza (por si te lo preguntas, sí, había estado leyendo a Homero esa semana):

—Nadie.

Abrió los ojos como platos y, al instante siguiente, sonrió. «Esta pobre, además de invisible, está sorda como una tapia», debió de pensar.

—No me has entendido. ¿Cómo te llamas? ¿Te apetece tomar algo? Yo invito —preguntó con seguridad, a la vez que me enseñaba sus blanquísimos dientes en una sonrisa Profident que le tenía que haber costado a sus padres una pasta en dentistas.

—Ya te lo he dicho: Nadie, y lo único que me apetece es que te tomes una copa de arsénico a mi salud —repliqué.

Luego seguí bailando.

Él se quedó petrificado.

Yo, para dar más énfasis a mis palabras, le di la espalda.

Él volvió a insistir.

Y yo volví a ser borde.

Y mientras le soltaba una burrada tras otra, sólo quería que la tierra me tragara. ¿Por qué no podía dejar de lado mis resquemores y actuar como una chica normal? Joder, era la primera, y posiblemente única, vez en mi vida que un superguá se me iba a poner a tiro, pero me daba tanta vergüenza mantener una conversación con él (estaba segura de que comenzaría a tartamudear) que de mi boca sólo salían comentarios cortantes.

Se puede decir que se quedó tan alucinado que se lo tomó como un reto.

¿Una chica tan normalucha como yo dándole calabazas? ¡Ni hablar! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Así que puso todo su empeño en llevarme al huerto.

Y yo puse todo el mío en que no me llevara.

Y así pasamos esa noche... y la siguiente, y la que siguió a la siguiente.

Muchas noches más tarde, fui yo quien lo llevé al huerto. Vestido de traje, con camisa blanca y corbata gris. Y, por supuesto, con un anillo en el dedo que yo misma me encargué de ponerle cuando el concejal del ayuntamiento dijo aquello de «podéis ponerlos los anillos».

Ahora mi superguá está casi calvo, tiene barriga cervecera y babea con su nieta cada vez que nuestra hija nos la deja. Yo, por mi parte, ya no soy la Mujer Invisible. Soy demasiado *grande* para eso. De hecho, ocupo dos veces lo que ocupaba de joven. Y sí, para mí, él sigue siendo el superguapo número uno y, para él, yo sigo siendo la borde que lo llevó por la calle de la amargura hasta que lo enamoró.

SEXO DE ALTURA

Siempre he oído decir que el sexo en las alturas es cojonudo. De hecho, tanto es así que ha sido subirme al avión y ponerme cachondo. No he podido evitarlo. ¿Quién no ha leído un libro erótico en el que los protagonistas se lo montan a miles de kilómetros de altura? ¿A quién no le ha contado su amigo de toda la vida lo maravilloso que es hacer el amor con la novia durante un vuelo? Y claro, yo, humano como soy, disfruto de una poderosa imaginación que no se priva de nada... lo que significa que, desde que he embarcado en el Airbus que me llevará a Tenerife, no he hecho más que pensar en una cosa: sexo.

Y, joder, tras media hora en el aire, estoy tan excitado que el dolor de huevos ya es casi insoportable. Por lo tanto, he decidido probar si es cierto lo que se dice del sexo en las alturas. El único problema es que viajo solo. Y en clase turista. ¡Pero nunca me he rendido al desaliento y no pienso hacerlo hoy! No me hace falta una chica, tengo mis manos. Y tampoco necesito una aeronave privada, me basta con los aseos.

Me levanto con dignidad y camino con la espalda muy erguida hasta los servicios; no quiero que nadie sospeche qué tengo en mente. Nada más entrar en el pequeño cubículo, me doy cuenta de que, a veces, la imaginación es mucho más creativa de lo que debiera.

El aseo de los aviones es minúsculo, está todo amontonado, el ruido es atronador y no huele muy bien que digamos. Pero soy un hombre de palabra y, si he dicho que me hago una paja en pleno vuelo, ¡me la hago! ¡Y no hay más que hablar! Además, siempre me han gustado las aventuras.

Me siento sobre la tapa del inodoro (si es que a ese agujero se le puede llamar así), me bajo los pantalones y los bóxers y le digo hola al capitán calvo y sus secuaces.

Hay que joderse, con lo poco que ocupan las bolas, lo mucho que molestan las cabronas, más aún estando tan caliente como yo lo estoy. La verga ya es otra historia; no es por tirarme el rollo, pero tengo una polla impresionante. Ha sido toquetearla un poco y se ha empinado al instante, dispuesta a todo.

Y aquí estoy, con el pene en la mano, apuntando al infinito y masajeándolo con mimo. Al principio todo ha ido muy bien, pero luego me he dejado llevar y he abierto un poco más las piernas, por lo que he acabado chocando contra el sucedáneo de lavamanos que tiene el aseo. Me he hecho polvo la rodilla derecha, pero, ya puestos en faena, no es cuestión de dejar las cosas a medias.

Respiro profundamente para olvidarme del dolor y me aferro con fuerza la polla para volver a entrar en acción.

La envuelvo en mi puño y deslizo los dedos arriba y abajo. Presiono un poco más

y aceleró el ritmo. Me cojo las pelotas con la mano libre y las manoseo. A través de mis ojos entornados por el placer, veo las primeras gotas de semen salir por la uretra. Esas gotas anuncian la inminencia del orgasmo.

Paso el pulgar sobre el glande una vez.

Ahh...

Estoy a punto.

Lo vuelvo a pasar. ¡Oh, Dios!

Otra vez más y me estremezco.

Oh, sí, ya llega. Levanto un poco el culo y le doy más fuerte al manubrio.

Ya está aquí.

Arqueo la espalda a la vez que me follo con la mano con más fuerza, más rápido.

Me voy a correr...

Veo las estrellas. Todas y cada una de las putas estrellas del jodido universo están dando vueltas alrededor de mi rodilla, esa con la que golpeé el lavamanos hace un minuto. La misma con la que he vuelto a chocar cuando estaba a punto de eyacular.

¡A tomar por culo éxtasis, orgasmo y dolor de huevos!

Recompongo mi ropa, salgo del servicio y recorro cojeando el pasillo hasta llegar a mi asiento. Me encajo en la estrecha butaca. El tipo de al lado aprovecha la coyuntura y, fingiéndose dormido, usa mi hombro como almohada, y yo... yo no sólo tengo dolor de huevos, sino que también me he destrozado la rodilla.

No cabe duda de que el sexo de altura está sobrevalorado.

Voy a intentar dormir... será lo más seguro.

UN, DOS, TRES... SEXO EXPRÉS

—Por supuesto, señor Martínez. No tengo ningún inconveniente en quedarme un poco más —murmuró Elisa saliendo de espaldas en dirección a la puerta con un enorme montón de folios en las manos—. Para cualquier cosa que necesite, estaré en mi despacho. —Esbozó lo que esperaba fuera su sonrisa más sumisa y se giró, cerrando la puerta tras ella—. Jodido cabrón desagradecido —masculló entre dientes caminando con rapidez por el pasillo.

Era viernes. Más aún, era viernes por la tarde... muy por la tarde. Se suponía que los viernes por la tarde, casi rozando la noche, las chicas listas y guapas como ella estaban en sus casas dándose los últimos toques de maquillaje para salir de fiesta.

Pues no; ella no.

Ella estaba en la planta dieciséis de un estúpido edificio de oficinas, metida en el cuchitril sin ventanas que era su despacho y con la mesa a rebosar de trabajo pendiente de terminar. ¡Maravilloso! Le tocaba, por enésimo viernes consecutivo, salir tres horas más tarde de lo que estipulaba su jornada laboral. Y, encima, las hacía por la patilla, gratis, sin cobrar, porque era así de maja y siempre estaba disponible para lo que el jefe ordenara.

—Idiota. Imbécil —se insultó a sí misma.

Inició el programa para pasar los tres o cuatro capítulos redactados con letra ilegible que el incompetente de su jefe había escrito a mano en lugar de en el ordenador como haría cualquier persona con dos dedos de frente, pero... ¡ah, no, su jefe, no! A este no le gustaba escribir con un teclado, no le llegaba la inspiración.

—¡Puñeteros escritores! Todos son unos jodidos maniáticos. Ingratos. ¿Por qué demonios se me ocurriría trabajar para un maldito autor? —siseó entre dientes comenzando a pasar los capítulos a Word.

Le llevó casi tres horas acabar el trabajo, pero no porque fuera lenta escribiendo, que no lo era, sino porque su jefe escribía peor que un médico y era complicado adivinar qué carajo ponía. Y durante ese tiempo que pasó interpretando y traduciendo esa letra ininteligible, su cabreo había ido aumentando exponencialmente.

A esas horas, sus amigas ya habrían cenado en El Templo del Placer, el restaurante erótico más chulo, divertido y sexy de Madrid, y seguramente estarían montadas en el Partybus, de fiesta en fiesta. Eso, las que no hubieran ligado, porque seguro que Marisa, Alba y Elena ya estarían echando el polvo del viernes con algún semental, no como ella, que allí seguía, pasando a limpio una estúpida novela de asesinatos...

Con ganas le machacaría el cráneo a su jefe por tenerla allí hasta las tantas.

Hizo una copia de su trabajo en el disco duro externo, guardó otra copia en el servidor privado del escritor y, una vez comprobado que estaba todo apagado y

cerrado, abandonó la estancia.

—Con su permiso, señor Martínez. —Entró en el despacho del hombre tras llamar con los nudillos a la puerta—. Ya he acabado. Si no tiene nada más pendiente...

—Puede retirarse, señorita García. Pase un buen fin de semana.

—Eso intentaré, gracias —aceptó ella con una enorme y falsa sonrisa en los labios.

Salió de allí y enfiló el pasillo a toda prisa en dirección al ascensor. Todavía no eran las doce; tal vez con un poco de suerte podría arreglar la noche del viernes. Y para eso lo más importante y necesario era... Entornó los ojos, pensativa, mientras esperaba el ascensor.

No era imprescindible una buena cena, y además, para cuando quisiera arreglarse y salir, todos los restaurantes estarían echando el cierre.

Tampoco era indispensable salir con sus amigas, no esa noche, pues estaba tan frustrada y malhumorada que no sería una buena compañía.

Y si no le apetecía salir de cena ni de fiesta con amigas... ¿qué le quedaba?

Echar un buen polvo.

Sí. Eso sí le apetecía... y mucho, además. Un polvo rápido y excitante en el que derrochar toda la energía que en esos momentos recorría su cuerpo convertida en rabia.

Entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Se miró al espejo; tenía los ojos brillantes y los labios húmedos de habérselos chupado. Si ya estaba excitada sólo con pensarlo, cuánto más placentero podría ser.

Un aquí te pillo, aquí te mato... en algún lugar público. ¡Con un desconocido!

Oh, sí. Eso era lo que quería. Y sabía cómo conseguirlo.

Apretó los muslos, agitada, a la vez que buscaba en el móvil la aplicación que se había descargado de coña con sus amigas hacía menos de una semana.

Mira por dónde, le iba a sacar provecho a la broma que le habían gastado a Marisa.

Esperó impaciente a que el ascensor se detuviera y, cuando lo hizo, se dirigió casi a la carrera a los baños situados en el vestíbulo del edificio. Entró en el de las chicas, obviamente; se encerró en uno de los cubículos, se sentó en el inodoro y abrió la aplicación. Si no recordaba mal, era bastante fácil encontrar ligue a través de ella. Sólo había que seguir tres sencillos pasos.

Uno: contactar.

Dos: acudir.

Tres: follar.

Eso estaba chupado.

Se dio de alta usando un perfil falso que se había creado en Facebook y... ya estaba dentro. Tamborileó nerviosa sobre su rodilla desnuda. La primera pregunta era sobre el radio de acción. ¿Qué distancia estaba dispuesta a recorrer para encontrarse

con su desconocido? Se mordió los labios. Esa era una pregunta importante. Estaba sobrecargada de energía y necesitaba soltarla ya. No era plan de tirarse una hora en metro para acudir a la cita, así que puso un radio de cinco kilómetros, que era más o menos lo que podía pagarse en taxi. Las siguientes preguntas estaban relacionadas con su pretendiente. ¿Hombre o mujer? No se lo pensó un segundo, ¡hombre, por supuesto!, y con un buen rabo, a poder ser. ¿Edad? Vaya, esa era más peliaguda; no quería que fuera muy joven, pero tampoco mayor. Entre veinticinco y cuarenta años estaba bien. ¿Preferencias de físico, color de pelo, ojos o raza?

Elisa miró la pantalla del móvil con los ojos entrecerrados. ¿Tenía alguna preferencia? No. Quería ser sorprendida. La aplicación le pidió en ese instante una foto suya para poder mostrarla a los posibles pretendientes y ella atravesó un momento de pánico... ¡No tenía ninguna foto decente en el teléfono, y desde luego no pensaba sacarse una en el servicio del trabajo! Buscó desesperada alguna en la que estuviera pasable y acabó decidiéndose por una que se había hecho durante los carnavales, en la que aparecía con un antifaz de lo más erótico tapándole la cara mientras le hacía una felación a un enorme plátano. Con esa seguro que triunfaba.

Contestó preguntas aleatorias sobre sus preferencias en música, cine y libros sin prestar mucha atención y, una vez terminado el interrogatorio, por fin aparecieron en pantalla las fotos de los hombres que estaban en su radio de acción. Los estudió con atención, consciente de que probablemente ellos también estarían observando su foto... y se estarían poniendo a mil.

Se subió la elegante falda hasta que sintió el frescor de la tapa del inodoro contra su trasero. Separó las piernas y deslizó una mano por su pubis mientras elegía al azar una de las fotos y le daba un corazón. Un segundo después, el hombre le pidió abrir un chat. Ella aceptó, pero no tardó en cerrarlo. Era un soso que no le despertaba ningunas ganas de seguir bajando la mano.

Le dio un corazón a otro candidato... que resultó ser igual de insípido que el anterior. Se mordió los labios. Tenía que dejarse de tonterías y elegir mejor. Se fijó en una foto medio oculta en una esquina de la pantalla. Pinchó en ella. Era un hombre alto y, por su apariencia, con posibles. Vestía una camisa negra que resaltaba sus anchos hombros; su estrecha cintura llevaba con innata distinción unos pantalones de marcada raya; lucía zapatos brillantes y, como complemento perfecto, un sombrero Panamá, que, al tener la cabeza inclinada, le ocultaba el rostro, dotándolo de un halo de misterio. Y fue justo ese aire enigmático lo que consiguió que Elisa deslizara por fin los dedos sobre su clítoris.

Perfecto. Ese era el tipo al que quería follarse. Comprobó el radio de acción y sonrió entusiasmada; según el mapa, estaba a menos de quinientos metros de donde se hallaba ella. Eso sí que era un golpe de suerte.

Le regaló un corazón y comenzó a masturbarse mientras esperaba a que abriera el chat como habían hecho todos.

Él no lo hizo.

Elisa entrecerró los ojos, pensativa. ¿Tal vez no estaba disponible? Consultó las bases de la aplicación y, según estas, si la foto aparecía en pantalla era porque sí estaba disponible.

Qué extraño...

Frunció el ceño y decidió ser ella misma quien abriera el chat.

—Hola, ¿estás ahí? —escribió esperanzada.

—Quítate las bragas —fue la sucinta respuesta de él.

Elisa parpadeó sorprendida y, por qué no decirlo, muy excitada. Ese tío iba al grano. Nada de ser como los demás y usar las manidas preguntas: «¿Te apetece tomar algo?», «¿Dónde quieres hacerlo?» o «¿En tu casa o en la mía?».

—Ya me las he quitado —respondió esbozando una traviesa sonrisa. Él no podía saber si había obedecido o no.

—En cinco minutos estarás en la entrada sur del parque, con los pantalones bajados o la falda levantada. Tendrás la cara apoyada contra un árbol y las piernas separadas. No hablarás.

Elisa parpadeó ante las cortantes órdenes que, en lugar de cabrearla, la habían puesto todavía más cachonda. Estuvo tentada de seguir toqueteándose hasta llegar al orgasmo antes de ir a la cita, pero, si lo hacía, llegaría tarde, y dudaba mucho de que ese misterioso hombre se molestara en esperarla siquiera diez segundos. Por tanto, salió del aseo, se echó un vistazo en el espejo para comprobar que no parecía un horrible espantapájaros con el rímel corrido y se fue corriendo.

Atravesó las calzadas que separaban el edificio del viejo parque comunitario y, nada más llegar a la entrada indicada, se apresuró a deshacerse del tanga y la falda, abrazarse a un árbol, apoyar la cara contra él y, tras poner el culo en pompa, separar mucho las piernas.

Permaneció inmóvil, con la respiración agitada, los pezones ardiéndole por el contacto con el sujetador y el sexo palpitando por el simple roce de la brisa nocturna mientras prestaba atención a los sonidos que la rodeaban.

Oyó los crujidos de las hojas secas del suelo provocados por los pasos de... alguien. Y, un instante después, ese mismo alguien la aferró del pelo con fuerza, sujetándole la cabeza, a la vez que le tapaba la boca con una mano enguantada.

La penetró con fuerza con su largo y grueso pene. Se hundió hasta el fondo con rápida brusquedad, haciéndola chocar contra el tronco por la fuerza de su embestida antes de separarse de ella y volver a penetrarla con similar violencia mientras ella temblaba al borde del orgasmo.

El hombre, tal vez al ver que no hacía el menor amago de ponerse a gritar, muy al contrario, pues estaba tan falta de aire que sólo podía jadear, apartó la mano de su boca y se dedicó a pellizcar con insolente rudeza los endurecidos pezones.

Elisa se agarró con fuerza al árbol cuando el tormento en sus pezones subió de intensidad al mismo ritmo que los empellones de la inmensa polla que parecía estar atravesándola cual hierro al rojo vivo. Se puso de puntillas para intentar apartarse un

poco del monstruoso pene que la invadía, pero el enigmático hombre tiró con fuerza de su pelo a modo de respuesta, obligándola a plantar los pies en el suelo y albergarlo por completo.

Y en ese momento, excitada por tanta brusquedad, y jadeante por la mezcla de dolor y gozo que la atormentaba, sintió el primer estremecimiento. Se arqueó derrotada por el éxtasis mientras los dedos y la verga de ese extraño continuaban martirizándola y dándole placer hasta que acabó derrumbada contra el tronco.

—Ah, joder... qué maravilla —gimió contra la áspera corteza.

Y, como si su voz hubiera roto el hechizo que los envolvía, las embestidas del desconocido se pararon de súbito. Más aún, lo sintió apartarse de ella.

—¿Señorita García?

Elisa abrió los ojos como platos y se giró sobresaltada al reconocer la voz.

—¿Señor Martínez? Pero... ¿qué hace usted aquí? —jadeó tapándose el pubis con ambas manos.

—Le podría preguntar lo mismo —replicó su jefe retirándose el sombrero del rostro para que le viera la cara.

—Ah, bueno. Creo que los dos estamos buscando lo mismo: un polvo rápido y sin compromisos —apuntó ella sintiéndose de repente poderosa.

Había descubierto una faceta de su jefe que seguramente la prensa amarilla pagaría mucho por saber. Al fin y al cabo, era un escritor reconocido en el que todo el mundo estaba interesado.

—Lo dudo, señorita García —rebatía él, estirando algo entre sus manos enguantadas—. Yo estoy buscando inspiración, a la vez que me documento para mi nueva novela. —Se acercó otra vez a ella y le envolvió el cuello con el fino y resistente sedal que tenía entre las manos—. Es una pena que sea usted quien se convierta en mi tan necesaria musa; era una buena secretaria —susurró tirando de los extremos del hilo.

LA NOCHE DE LOS TRATOS

Las doce en punto, hora de despertar y dar un paseo.

Me desperezo con insigne pereza y abro los ojos.

Un momento.

¿De verdad he abierto los ojos?

Pruebo a parpadear con fuerza para comprobar si mi percepción es correcta. Siento el rápido movimiento de los párpados y el sutil aleteo de mis pestañas, lo que significa que sí, he abierto los ojos. Y eso sólo puede ser debido a una cosa: es día 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos y único día del año en el que se nos permite a los muertos levantarnos de nuestras tumbas y tomar nuestra antigua forma. Traducido al cristiano: lo que viene a ser dar una vuelta convertidos en fantasmas, pero sin cadenas ni sábanas blancas, que eso ya está en desuso, al menos en mi cementerio.

Me desperezo estirando el ectoplasma y, aprovechando que por primera vez en trescientos sesenta y cuatro días estoy en estado sólido, y por ende tengo brazos, piernas y demás partes del cuerpo, me sacudo de encima los zarcillos de niebla que se me han quedado adheridos durante el último año. Es lo malo de los inviernos en el camposanto, que la humedad me llena la tumba de niebla y, claro, parezco más fantasma de lo que soy. Pero tampoco me quejo, no me malinterpretéis; de hecho, estoy superfeliz de vivir aquí, porque la otra opción sería mudarme a una mansión encantada o un lugar similar y, siendo sinceros, ¿quién querría vivir en un sitio así? Están llenos de espíritus enfadados y perdidos que se pasan el día recorriendo la casa y gimiendo como almas en pena (que más o menos es lo que son). Y eso si tienes suerte; si no es así y te toca en gracia una mansión con *poltergeist*, entonces, ¡apaga y vámonos! ¡Eso sí que es un horror! No he visto entes sobrenaturales más pesados y molestos que ellos. No paran quietos ni un momento, siempre están cambiando las cosas de sitio y dando alaridos para asustar a los humanos y, claro, con tanto arrastrar de muebles es imposible echarse una siestecita tranquila. Quita, quita, me quedo con mi cementerio, que, además de cómodo y acogedor, es de lo más resultón.

¿Y esas miradas escépticas? ¿Acaso no me creéis?

Ah, que no os he dicho dónde vivo. Es la edad, tantos años en este mundo hacen que me acabe fallando la memoria y se me olviden las buenas maneras y la más elemental educación.

Mi nombre es Leocracia, aunque me podéis llamar Leo, y vivo en el camposanto de La Almudena, el más bonito de todo Madrid y me atrevería a decir del mundo entero. Soy una de sus ocupantes más antiguas, de 1884, pues fallecí pocos días antes de cumplir los treinta durante la epidemia de cólera que asoló Madrid ese año y el siguiente. Mi tumba está situada en el antiguo cementerio, al este de la necrópolis,

muy cerquita de la de Dolores Ibárruri, La Pasionaria. Gran mujer, por cierto; fiel a sus principios y firme en sus lealtades. He tenido la oportunidad de conversar con ella (no con voz, sino ectoplasmáticamente hablando, por supuesto) en varias ocasiones durante estos últimos veintinueve años, y gracias a esas charlas silentes a la luz de la luna he conseguido entender lo que para mí siempre ha sido el gran misterio de la política. Pero no perdamos el tiempo con eso, sólo puedo disfrutar de mi forma humana durante veinticuatro horas al año y no pienso desaprovecharlas.

Salgo de la tumba y observo apesadumbrada que mi preciosa lápida está bastante sucia. No hay flores recién cortadas sobre mi nombre grabado, ni velas encendidas alumbrando la fecha de mi óbito. Las malas hierbas escalan sin pudor el granito gris que conforma la puerta a mi morada eterna. Mucho me temo que se han olvidado de mí. Y no es que me moleste, entiendo que han pasado ciento treinta y cuatro años desde que abandoné el mundo terrenal para abrazar el espiritual, y ninguno de mis hijos y nietos vive, sólo algunos tataranietos y bisnietos que lo más probable es que ni siquiera sepan quién soy.

No me quejo, pero sí me entristezco. Menos mal que tengo este día para reparar un poco los estragos del tiempo.

Adecento la tumba como buenamente puedo, arranco presurosa las malas hierbas y luego me acerco a un panteón cercano, con cuyos dueños, de alta alcurnia y rancio abolengo, suelo departir las noches de luna llena. Se han arreglado y sacudido la niebla para asistir a la fiesta que cada año da el marqués de San Simón para los nobles afincados en el camposanto. Me invitan, pero declino ir; no tengo ni paciencia ni ectoplasma suficiente como para crear un vestido de gala; además, como he dicho antes, sólo cuento con mi cuerpo tangible y todos mis sentidos vigentes —tacto, vista, olfato, gusto y oído— veinticuatro horas al año, y no pienso desaprovechar un segundo en festejos nobiliarios con la de cosas maravillosas, placenteras y excitantes que puedo hacer con mi cuerpo, manos, labios y lengua en estado sólido. No obstante, aprovechando la amistad que nos une, les pido un par de ramos de crisantemos de los muchos que engalanan su panteón y ellos me lo ceden de buen grado.

Espazo las hermosas flores sobre mi tumba y asiento complacida. Mañana, cuando el cementerio se llene de visitantes y los sepulcros de ramos, el mío estará tan bonito y cuidado como los demás, aunque nadie lo visite desde hace años.

Un suspiro escapa de mi boca antes de que consiga ahogarlo; no, si al final voy a acabar pareciéndome a uno de esos espectros que rondan por la necrópolis aullando por un poco de atención y que lo único que consiguen es acojonar a los pobres humanos...

Me sacudo la melancolía con un bufido airado y abandono mi residencia habitual para dirigirme a la entrada principal del recinto, a los muros de columbarios que hay cerca del pórtico. Hace unos meses, durante uno de mis paseos, me topé con un hombre o, mejor dicho, con un fantasma masculino, y desde entonces nos hemos

hecho buenos amigos. Se llama Ramón y es un fantasma divertido y lleno de vida, aunque esa dicotomía pueda parecer extraña en un muerto. Tiene algunas ideas un tanto extravagantes sobre nosotros, los espíritus incorpóreos, pero imagino que es lo normal siendo un hombre del siglo xx como es. Porque, no os lo toméis a mal, pero la televisión ha hecho mucho, pero que mucho daño a nuestra causa. La de los aparecidos, me refiero.

¡Eh!, no me miréis así. Puede que haya fallecido hace más de un siglo, pero cada 1 de noviembre me doy una vueltecita fuera de las paredes del camposanto y tomo buena nota de cada novedad... y la televisión es una de las mejores fuentes para estar al corriente de todo. En cada bar, cafetería y restaurante hay un aparatejo de esos; imposible no prestarle atención aunque estés muerta, como yo. Y, claro, como es el día de Todos los Santos, la programación se divide entre las homilías televisadas y las películas de muertos vivientes... y los comercios suelen elegir estas últimas. Así que, sí, estoy muy enterada de lo que Hollywood (y, por tanto, toda la humanidad) supone que hacemos los fantasmas en nuestros ratos libres.

Asustar; perseguir a los vivos; llevarlos a nuestro mundo a la fuerza (aún no sé cuál se supone que es ese mundo o cómo narices los llevamos... ¿en tren, metro, autobús?); colarnos en sus mentes y volverlos locos (como si fuera culpa nuestra que los vivos estén como cabras), etc.

¡Ay, Señor, Señor, dame paciencia!

Atravieso las mesetas disfrutando del frescor de la noche, dejo atrás la reunión de políticos donde debaten apasionados Niceto Alcalá-Zamora, Pablo Iglesias, Nicolás Salmerón y Pi i Margall; cerca de ellos, Tierno Galván y Alberto Aguilera comentan asombrados los cambios que se han producido en Madrid de un tiempo a esta parte. Los saludo con un gesto de cabeza y continúo mi camino hasta que el sonido de guitarras me hace desviarme para acercarme a la cruz central. Una sonrisa se dibuja en mi cara al ver el sarao que hay montado en pleno centro del cementerio. Lola Flores y Estrellita Castro se están marcando un baile de impresión; Antonio toca la guitarra, mientras Cecilia, Olga Ramos y Enrique Urquijo lo acompañan con sus preciosas voces. Rodeándolos, la variada y espectacular farándula de La Almudena. José Sazatornil me tiende la mano, pidiéndome un baile. Dudo un instante, tengo tantas ganas de ver a Ramón que estoy a punto de rechazar la invitación, pero luego lo pienso mejor y acepto. Al fin y al cabo, vamos a pasar toda la eternidad en el mismo cementerio. No nos van a faltar ocasiones de vernos (y tocarnos, y saborearnos, y... más cosas).

Bailo con Saza y luego es Ramón y Cajal quien me atrapa entre sus brazos. ¿Quién ha dicho que los premiados con un Nobel son sosos? Porque desde luego que Santiago no lo es, tampoco Aleixandre. Pero es con Di Stefano con quien mi cuerpo ectoplasmático está a punto de derretirse. El antiguo jugador de fútbol se ha materializado a imagen de su juventud y, por ende, se muestra en todo su esplendor, con un cuerpo atlético que es pura delicia abrazar. Me recreo en sus músculos durante

un par de canciones y luego retomo mi camino, cada vez más impaciente por llegar al columbario de Ramón.

El ambiente en el camposanto es tan... vivo, tan real, tan animado, que yo misma me siento a cada segundo que pasa más viva, más animada, más eufórica. Tengo ganas de saltar, de cantar, de reír, de gritar de pura felicidad.

Lo hago.

Grito, rio y salto a la vez que mi ectoplasma gira vertiginoso, la niebla adherida a él formando un remolino gris que destella fantasmal bajo la luz de la luna.

Se me escapa una carcajada al pensar en los pobres mortales que estén cerca del muro de la necrópolis y hayan oído mis eufóricos alaridos. Quién sabe, tal vez mi momento de estruendosa felicidad se convierta en un relato tenebroso en «Cuarto Milenio»..., algo así como «la mujer loca del cementerio de La Almudena, un fantasma aterrador que recorre el camposanto exhalando terroríficos gritos...». Seguro que a Ramón le encantaría si así fuera, en vida era fan acérrimo de Iker Jiménez.

—Eh, Leo... —oigo su voz llamándome y se me derriten de placer los huesos, única parte de mi antigua humanidad que aún resiste al paso del tiempo.

Me giro hacia el muro de columbarios, y allí está, asomado al suyo en forma de niebla fantasmal.

—Oye... eres de carne, piel y hueso —me dice asombrado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Tú también puedes —contesto conspiradora, para luego explicarle por qué y cómo hacerlo.

Espero que sea un poco listo y aproveche nuestra inusual y temporal condición corpórea para dar un paso más en nuestra relación (que hasta ahora ha sido de lo más sosa y pudorosa, debido a la intangibilidad que domina nuestras vidas... o, mejor dicho, muertes).

La silueta neblinosa y sin forma de Ramón comienza a solidificarse y ante mí aparece un hombre joven, de veintipocos años, de piel morena y pelo negro largo hasta los hombros. Es alto, mucho, y también fornido. Ojos marrones, labios gruesos y nariz poderosa. Vamos, que está como un queso. ¡Y yo tengo hambre atrasada desde hace un siglo! Me lamo los labios, la noche promete...

Él, ajeno a los pensamientos tan indecentes como impuros que gobiernan mi mente, levanta los brazos hasta colocarlos rectos frente a él, tipo Michael Jackson en *Thriller*, y exclama:

—¡Soy un zombi!

Mi gozo en un pozo. No pienso tener relaciones carnales con un zombi, ¡son repulsivos!

—¡Claro que no! —replico enfadada, ¡sólo faltaba eso!—. Este es un cementerio respetable —protesto muy seria antes de que averigüe cómo hacer para que su carne se descomponga al más puro estilo «Walking Dead»—. ¡Aquí no tenemos zombis!

—Por supuesto que sí. Soy un muerto vivo y eso es ser un zombi... ¿Sabes cómo hacer para que se me caiga la piel como si se me estuviera derritiendo? —me hace la tan temida pregunta a la vez que comienza a desgarrarse el ectoplasma que forma su ropa—. Es mucho más impactante parecer putrefacto, así estamos demasiado... pulcros.

—¡Ramón, deja de decir tonterías y habla en serio! —Desde luego que no le voy a explicar cómo descomponerse. ¡Qué asco, por Dios!

—Hablo en serio. Vamos, Leo, dime que no te gustaría darles un susto a los okupas... —me susurra conspirador.

Y yo noto que una sonrisa traviesa comienza a dibujarse en mi cara. Tal vez pueda dedicar parte del día a otros menesteres que no tengan que ver con pasarlo bien carnalmente.

—¿Qué se te ha ocurrido? —murmuro acercándome a él entre intrigada y pesarosa. ¡Con lo guapo que es el condenado, es una pena que quiera tener la piel derretida!

—Sígueme...

Y lo sigo. ¡Qué le voy a hacer! Soy débil...

Lo acompaño hasta el pórtico y allí, en la mismísima entrada de uno de los camposantos más grandes de Europa, está La Dragona, el edificio okupado del cementerio de La Almudena. Para que luego digan que los madrileños no somos originales.

Me coloco junto a Ramón y observo a través de las ventanas a la multitud de personas, okupas, que hay dentro. Están celebrando una fiesta de Halloween, como todos los años.

—Vamos a divertirnos —propone Ramón antes de colarse dentro.

Lo sigo y, al ver que ha tomado su apariencia real, es decir, un montón de huesos blancos sin piel ni carne que los recubra, lo imito.

Comienza a bailar dando alaridos en mitad de uno de los salones.

Y yo lo vuelvo a imitar, haciendo una travesura por primera vez en mi vida.

¡Tendríais que haber visto cómo huyen! Parece que los acosen fantasmas aterradores... Ups, eso es justo lo que Ramón y yo somos.

Nos divertimos persiguiéndolos por la avenida Daroca mientras ellos corren como almas perseguidas por el diablo, es decir, por Ramón y por mí, y acabamos de nuevo junto a su columbario, muertos de risa —nunca mejor dicho— y resollando como si estuviéramos vivos.

—Estás muy guapa esta noche —me suelta de repente—. No me había imaginado que fueras... así.

—¿Así?, ¿cómo? —Me miro con atención: cintura de avispa, caderas y pechos importantes, pelo negro cortado a ras de barbilla y piernas jamonas.

—Tan moderna —susurra observando con mirada depredadora el vestidito ajustado que marca mis sinuosas curvas.

—Que haya nacido en el siglo XIX no significa que tenga que vestir como entonces —replico altanera, la longitud de mi vestido acortándose como por arte de magia hasta medio muslo.

—¿Te apetece... mover el esqueleto?

—¿Mover el esqueleto? —Lo miro intrigada y, aunque tengo una ligera sospecha de sus intenciones, decido hacerme la ingenua, no vaya a ser que eso de mover el esqueleto sea otra de esas modernidades que significan asustar a los vivos. Mejor tener la confirmación de que se está refiriendo a tener relaciones—. No sé qué quieres decir con...

—Déjame que te lo explique. —Me rodea la cintura, acercándose a él para darme un beso de tornillo.

¡Qué bien besa el condenado!

Así que yo, como de tonta no tengo un pelo, respondo al beso animándolo a continuar. Al fin y al cabo, he pasado todo el año esperando a que llegue este día por un solo motivo: mover el esqueleto.

NO SOY UNA PRINCESA

No soy una princesa.

No tengo una larga melena que deba peinar cada noche, ni vivo en un palacio de paredes doradas y torres encantadas. En lugar de eso, luzco una suave cabeza lampiña que al principio odiaba y que ahora me acaricio sin darme cuenta cuando estoy pensativa. También me falta el pecho derecho; lo sacrifiqué en mi lucha, igual que el pelo, las cejas y las pestañas. Además, vivo en un mundo de paredes de ladrillos y muros de hormigón, y visito a menudo un sitio mágico en el que cada día realizan milagros y devuelven sonrisas a costa de mucha lucha y no poco sufrimiento.

No soy una princesa, ni tampoco una guerrera, aunque a veces lo parezca.

Soy una corredora de maratones, aunque nunca he participado en ninguno. He soñado mil veces con hacerlo, pero jamás he encontrado el momento oportuno. Siempre lo he dejado para más tarde... para cuando mis hijos sean más mayores, para cuando mi trabajo resulte menos absorbente, para cuando tenga menos cosas en la cabeza y más tiempo libre.

Durante años he anhelado ponerme a prueba a mí misma y correr largas distancias, pero sólo he dedicado a mi sueño un ratito cada día, haciendo un recorrido mayor los fines de semana, más corto entre semana, dejando el maratón para más tarde, sin ser consciente de que *más tarde* casi siempre significa *nunca*.

Siempre me ha gustado correr: enfrentarme al tiempo y al espacio en soledad, paso a paso, jadeo a jadeo... con el viento acariciándome la cara y el latido de mi corazón sonando en mis oídos mientras todo se desdibuja a mi alrededor. Es entonces cuando mi mente vuela lejos, atravesando mundos de fantasía que invento mientras avanzo.

Soy una bruja que vuela en su escoba.

Soy un dragón que escupe fuego.

Soy un águila que busca su presa.

Soy una mujer invencible a la que nada puede atacar.

Pero hace dos años la escoba se rompió, el fuego se extinguió, la presa se escapó y la enfermedad me atacó.

Y, paradójicamente, *más tarde* se convirtió en *ahora*.

Ahora o nunca.

Luché para conseguir transformar *nunca* en *siempre*.

Me ayudaron en mi lucha hadas cariñosas vestidas con batas blancas, verdes, rosas y amarillas; faunos forzudos que no me dejaron caer; guerreras incombustibles; príncipes imbatibles, y brujas y hechiceros que con sus afiladas varitas extirparon mis demonios.

Y ahora estoy aquí, frente a la línea de salida de la XII Marcha contra el cáncer,

dispuesta a participar en la primera carrera de muchas.

Sacudo los pies, roto los hombros, agito los brazos y estiro el cuello, con la mirada fija en los corredores, algunos buenos amigos, la mayoría de ellos desconocidos, que me acompañan.

El juez levanta el banderín, advirtiéndonos de que el comienzo está próximo.

Me coloco en posición. Mi gesto resuelto y fiero es el reflejo de mi alma.

No estoy nerviosa ni asustada, sino decidida.

Tampoco pretendo ganar la carrera.

No me hace falta. Yo ya he ganado.

Gané cuando di el primer paso para hacer realidad mi sueño.

Y ahora estoy aquí.

Cierro los ojos y respiro despacio. De repente oigo el disparo que nos da la salida.

Corro.

Soy la diosa del viento, elevándome sobre la tierra.

Soy la reina del tiempo, dueña del presente y del futuro.

Soy un cometa que surca el espacio, iluminando el firmamento.

Soy un sueño que se ha convertido en realidad.

Soy esperanza, constancia, fuerza y decisión.

Soy yo y nadie más que yo. Y corro porque he ganado.

¿QUÉ ME PASA, DOCTOR?

Me gusta ir al ginecólogo.

Pensaréis que estoy loca, y no os quito la razón, pero a mí me pone a mil.

Y hoy toca revisión.

Me he preparado para la visita: un baño perfumado, cremita de la buena ungida por todo mi cuerpo y perfume sensual en las muñecas, el pecho y el pubis. Me gusta oler bien para mi médico preferido.

Espero impaciente en la sala hasta que llega mi vez; soy la última de la tarde porque así lo he pedido, es la única manera de que me dedique el tiempo que necesito.

Su ayudante pronuncia mi nombre y me estremezco de pies a cabeza. Por fin ha llegado mi hora.

Entro en la consulta y me dirijo a la sala contigua. Dejo la puerta entreabierta y empiezo a desnudarme; mis temblorosas rodillas amenazan con ceder cuando me deshago lentamente de la falda y las ligas. Paso los dedos por la tira del tanga y, antes de quitármelo, tiro de él, hundiendo la tela en mi sexo mientras me contoneo con disimulo. Un pequeño alivio para resistir la agitación que me consume.

Mi ginecólogo carraspea; me temo que mi numerito no le ha pasado desapercibido. Engancho los pulgares en la prenda íntima, que ya está impregnada con mi deseo, y la hago bajar despacio por mis piernas hasta que cae al suelo. Luego, con una perezosa sonrisa, me pongo la bata y me acerco a la camilla.

Me excito al sentarme. Estoy desnuda, con las piernas en alto y abiertas, las rodillas dobladas y los pies apoyados en los estribos mientras noto en el trasero la fría rugosidad del papel que cubre la camilla. Me imagino que estoy atada y no puedo evitar que un gemido placentero escape de mis labios.

Aguardo expectante mientras el doctor me mira de reojo a la vez que se pone los guantes.

Me muero de impaciencia por sentir sus manos envueltas en látex sobre mis tobillos, mis pantorrillas y mis muslos. ¡Oh, sí! Imagino sus largos dedos recorriéndome, penetrándome, abriéndome...

La necesidad me corroe.

El deseo me turba.

La lujuria me ahoga.

Y él sigue ahí, tan tranquilo, ignorando el lúbrico néctar que brota de mi sexo y humedece mi piel.

Suplico silente que se dé prisa y él parece escucharme, pues un brillo lascivo ilumina sus ojos.

Se sienta frente a mí, entre mis piernas separadas.

Su rostro, a un suspiro de mi sexo expuesto.

Su aliento refresca mi humedad mientras desliza el pulgar por mis labios vaginales. Presiona, separándolos y abriéndome a él... a sus dedos, a su mirada, a su fuerza. Lo siento entrar con dos dedos en mi interior mientras me presiona el pubis con la palma de la otra mano. Finge que me explora, pero en realidad está torturándome. Frota ese punto que me hace jadear. Mi sexo arde bajo sus caricias, palpita y se humedece pidiendo más. Y él me lo da. Entierra un tercer dedo, los mete y los saca con determinación, follándome.

Siento mi sexo tenso e hinchado, caliente. Estoy a punto de correrme.

Y entonces se para y da un paso atrás, con la mirada fija en mí. Sonríe mientras se quita de un tirón los guantes de látex. Se desabrocha la bata y se lleva la mano a la gruesa erección que le abulta los pantalones.

—Tumbese en la camilla —me ordena mientras se la masajea libidinoso.

Lo obedezco. Me lamo los labios, inmensamente hambrienta, cuando se acerca de nuevo. Está a un suspiro de mi boca, de mi lengua impaciente. Se la saca y me la frota contra las mejillas antes de metérmela en la boca, y yo la devoro con ganas. Me manosea los pechos mientras mece las caderas, acercándose y alejándose de mi cara, llenándome el paladar con su sabor en cada embestida.

Separo más las piernas a la vez que alzo las caderas. Lo necesito dentro. Y él lo capta, porque desliza la mano por mi vientre hasta llegar a mi vulva. Extiende los dedos sobre ella y presiona, abriéndose camino hasta hundirlos en mi vagina.

Penetra mi boca con dureza, adentrándose en mi garganta hasta impedirme respirar. Mi coño se cierra sobre sus dedos y me estremezco, al borde del orgasmo. Me excita sentirme sin aliento, sin aire. Y él lo sabe. Me frota el clítoris con fuerza y, en respuesta, cubro mis dientes con los labios, apretándole la polla.

Me corro entre espasmos al sentir el tacto y el sabor de su semen en mi paladar.

—Límpiamela —me exige, restregándomela contra los labios.

Saco la lengua y se la pulo, ávida de más. Todavía está dura, aunque no por mucho tiempo.

Se aparta de mí para abrocharse de nuevo los pantalones. No puedo evitar el gruñido que escapa de mis labios al verla desaparecer.

—¿Qué has hecho con esos monstruitos que tienes por hijos? ¿A qué ingenua has convencido para que te los cuide? —me pregunta mientras me ayuda a incorporarme.

—A su abuela —contesto con una sonrisa perversa.

Me mira sobresaltado.

—A su abuela... ¿paterna?

—Sí. —Mi sonrisa se amplía aún más mientras él cierra los ojos un instante.

—Estupendo. Y, ¿qué le has prometido a cambio? —inquire resignado.

—Que llevaría a mi marido a comer al pueblo el domingo.

—¿Y dónde está la trampa?

—Tienes que ayudarla a lavar los perros.

Él lo piensa un instante y luego sonrío. Una sonrisa lasciva y carnal que me excita muchísimo.

—Mi madre tiene tres perros, lavarlos va a suponer mucho más trabajo que una simple mamada —dice con voz severa, acercándose de nuevo a mí—. Ve a la mesa e inclínate sobre ella, abre las piernas y sepárate las nalgas con las manos.

Siento que me mojo sin remedio. Va a follarme el culo. Y yo lo voy a disfrutar como una loca.

EL CLUB DE LOS DOMINGOS

Acababan de dar las doce del mediodía cuando Rigel las oyó entrar.

Alzó la vista esperanzado, tenían que ser ellas.

En su mente las llamaba «el club de los domingos», un grupo de amigas que acudían al VIPS precisamente ese día, el último de la semana, aunque no siempre; eran mujeres de entre treinta y cincuenta años, con una sonrisa perenne en la boca y muchas cosas que contarse.

Observó cómo se reían por quién sabe qué, y sintió envidia de su sencilla felicidad basada en pequeñas cosas: la alegría de verse, hablar y pasar un rato juntas.

Las féminas caminaron por la sección de libros, comentándose unas a otras las portadas y los títulos que descubrían a su paso, así como ojeando algún que otro ejemplar. De repente una de ellas se puso de puntillas para llegar al estante más alto y sacó un libro enorme con una portada bastante escandalosa: las partes pudendas de un hombre apenas tapadas por un calzoncillo blanco que cubría, pero no ocultaba, un voluminoso pene erecto.

—¡Ostras! ¡Mirad esto! ¡Ay, que me da un pumba! —gritó una al abrirlo por una página al azar y encontrarse con un desmesurado falo de veintinueve centímetros de longitud.

—*The Big Penis Book* —leyó Noemí el título—. El gran libro de los penes o algo por el estilo —tradujo.

—¡Ahí va! ¿Eso es real? —preguntó Lai, una joven asiática de hermosa melena negra.

—No es para tanto, mi caballo la tiene más grande —replicó risueña Gema, separando mucho las manos, indicando a sus compañeras de qué hablaba.

—¡Eso es un... un... pene! —exclamó la más joven de todas, una rubia de pelo largo y ojos, en ese instante, alucinados.

—A ver, reina mora, no sé de qué te extrañas, no es nada que no hayamos visto antes —comentó Mari, la más castiza de las siete.

—De eso no cabe duda, pero lo cierto es que el tamaño no es el habitual —sentenció Helena, alta y delgada, con gafas y cara seria.

—No está nada mal —afirmó Alicia, la decana del grupo.

Oculto entre las estanterías, Rigel sonrió al ver a Noemí abrir las páginas del escandaloso libro mientras las demás se agrupaban en torno a ella. Comentaron los tamaños y señalaron las fotos más impactantes mientras hacían bromas sobre las ventajas y desventajas que podrían tener esos hombres con atributos sexuales descomunales. La más joven de todas, aquella tan dulce y tímida, parecía anonadada ante el repertorio de enormes penes y las descabelladas suposiciones que apuntaban el resto de sus amigas.

Hacía más de medio año que Rigel las espiaba entre las sombras. La primera vez que las vio, fue allí mismo, el primer domingo de marzo.

Entraron en la tienda riendo y alborotando, hablando unas con otras, como si estar juntas fuera el regalo más preciado. Caminaron hasta la cafetería cargadas con pesadas mochilas que no tardaron en abrir para, a continuación, depositar sobre la mesa su valioso contenido: libros y más libros. Ejemplares nuevos, usados, grandes y pequeños pasaron de mano en mano, hasta que por fin los colocaron en varios montones y cada una tomó uno. Permanecieron allí, charlando y bebiendo café hasta más allá de las dos de la tarde.

Rigel no pudo evitar estar pendiente de ellas durante todo ese tiempo. Parecían tan felices, sin rencillas ni envidias... Sólo un grupo de amigas contentas de encontrarse de nuevo.

Tras ese domingo, Rigel acudió allí a diario, arriesgándose al castigo por incumplir las estrictas normas de su padre. Anhelaba volver a verlas y compartir, aunque fuera desde la distancia, esa amistad auténtica tan alejada del universo solitario en que él sufría la eternidad.

Pero pasaron los días y las semanas, y ellas no regresaban.

El primer domingo de abril aceptó, desanimado, que no las volvería a ver.

Se equivocó.

Ese día aparecieron de nuevo. La rubia de la melena hasta las caderas, la de sonrisa dulce y ojos tímidos, estaba allí.

Rigel las observó y las escuchó con disimulo, y llegó a una conclusión: únicamente iban allí algunos domingos. Desde ese mismo momento, y aún a riesgo de que su padre lo descubriera, se presentó en el VIPS todos los domingos, esperando coincidir con ellas, sentirlas. Gracias a ello, pudo comprobar que las visitas se producían una vez al mes, y que, por suerte, su ángel rubio no faltaba a ninguna.

Rigel sacudió la cabeza, regresando al presente. Su ángel estaba allí en ese instante, a sólo dos pasos de él, sonriendo por alguna broma de sus amigas. La miró fascinado. Y tomó una decisión.

Una decisión prohibida y arriesgada.

Ese mismo día se presentaría ante ella.

Las amigas charlaban y reían como de costumbre, sin percatarse para nada de que estaban siendo contempladas y, cuando llegó la hora de marcharse, se despidieron y cada una cogió su camino.

Cristina acababa de doblar la esquina cuando la brisa llevó hasta ella unas palabras que eran apenas un susurro.

—Hola, soy Rigel.

Se giró sobresaltada y descubrió, sorprendida, al hombre que estaba a su lado; era... luminoso, no había otra palabra mejor para describirlo. Alto y muy delgado, de

piel blanca, casi transparente, con cabellos de un rubio tan claro que, cuando el sol se posaba sobre ellos, lanzaban destellos, y sus ojos eran tan cristalinos que, más que grises, parecían blancos.

«Debe de ser albino», pensó.

—Hola, Rigel —lo saludó confusa—. Perdona, ¿te conozco de algo?

—Os observo cada domingo que vais al VIPS, me gusta veros reír —explicó él nervioso, la timidez a punto de perder la batalla contra el valor.

—¿Nos espías? —Miró nerviosa a su alrededor; la calle estaba casi desierta, apenas había gente. Dio un paso atrás, temerosa.

—Espera, no te vayas —suplicó él con voz suave—. Lo he hecho fatal, ¿verdad? No estoy acostumbrado a relacionarme con la gente. No pretendía asustarte.

Cris detuvo su huida.

¿No estaba acostumbrado a relacionarse? ¿Por qué? ¿Quizá porque era albino? ¿Por qué era diferente?

Lo estudió atentamente; era guapo, tal vez algo pálido y delgado, pero guapo al fin y al cabo. Claro que Cris casi nunca coincidía en gustos con el resto del mundo; de hecho, ella casi nunca gustaba al resto del mundo.

Quizá él estaba tan apartado de todos como ella misma.

En ese momento Cris tomó la decisión más importante de su vida, una decisión que, aunque no lo sabría hasta mucho más tarde, cambió su vida.

—No deberías espiar a la gente. No está bien —lo regañó.

—No lo puedo evitar, vuestras risas me hacen sentir vivo. ¿No te he asustado, verdad? —preguntó anhelante y arrepentido.

—Humm... —Cris se mordió el labio inferior, pensativa—. No —mintió.

—Menos mal. Llevó mucho tiempo deseando hablar contigo, pero no sabía cómo hacerlo, temía que pudieras huir de mí. A veces soy muy torpe.

—Torpe... apenas. —Cris sonrió divertida; más que torpe era demasiado sincero.

—He oído que te gustaría pasear por El Retiro; si quieres podemos acercarnos ahora —sugirió, cambiando de tema.

—¿Has oído? ¿A quién?

—A vosotras, lo habéis comentado alguna vez —afirmó encantado de demostrarle que había prestado atención a sus conversaciones.

—Lo comenté hace...

—Dos meses, el segundo domingo de julio —finalizó él la frase.

—¿Desde cuándo nos espías? —inquirió Cris un poco inquieta.

—Desde el primer domingo de abril. —Rigel sonrió satisfecho, hasta que la miró a los ojos y vio recelo en ellos—. He vuelto a meter la pata; pensarás que soy un acosador —murmuró entristecido.

—No... ¡Qué va! —ironizó, aunque pronto se dio cuenta de que él no captaba la indirecta y decidió enfocar el asunto desde otra perspectiva—. Es extraño saber que nos observas desde hace tanto tiempo.

—Lo siento; sé que no está bien, pero me gusta veros juntas... Sois tan buenas amigas, estáis tan unidas... sois como un soplo de aire fresco —confesó avergonzado mirando al suelo.

—¿No tienes amigos?

—No. Donde vivo no hay nada alrededor; por eso, a veces, bajo aquí y os miro.

—¿Y dónde es eso? —preguntó Cris, intrigada.

—Muy lejos —esquivó la pregunta—. ¿Vamos a El Retiro? —insistió con una sonrisa tan feliz que Cris no pudo negarse.

Fueron paseando y, aunque se trataba de un trayecto largo, a ellos se les hizo extremadamente corto. Caminaron uno al lado del otro, sin dejar de hablar de cualquier cosa. Rigel se mostraba interesado por todo lo que rodeaba a la muchacha y preguntaba sin pausa, saltando de un tema a otro, provocando que ella riera confiada.

«¿Por qué os veis sólo los domingos? ¿Por qué la gente tiene prisa? ¿Por qué siempre lleváis libros? ¿Por qué...?, ¿por qué...?, ¿por qué...?»

Era como si todo le resultara nuevo y extraño. Disfrutaba de la experiencia como lo haría un niño pequeño en su primera visita a la capital. No se cansaba de indagar y Cris descubrió que le encantaba su curiosidad insaciable. En cada respuesta que le daba, él se mantenía callado, escuchando con suma atención, como si lo que ella dijera fuera lo más importante del mundo.

Y para Rigel así era. Escuchar su voz, sentir su calidez y su dulzura, ver asomar su sonrisa... Llevaba meses soñando con eso.

No podía concebir que una persona tan especial como ella estuviera triste... pero así era. Un domingo, meses atrás, había reunido el valor suficiente para seguirla tras la reunión del club. Esta había sido más corta de lo normal, y Rigel no podía soportar pensar que pasarían muchos días antes de volver a verla, así que esperó escondido mientras se despedía de sus amigas a la salida del VIPS y luego fue tras ella aunque a una prudencial distancia.

La acompañó hasta su portal oculto entre las sombras. La vio entrar en su casa y acomodarse en el sofá con un libro. Estuvo allí sentada leyendo durante horas, inmóvil, hasta que, bien entrada la noche, cenó un sencillo sándwich y se fue a la cama. Y Rigel la contempló hechizado mientras dormía.

Desde ese día, cada vez que su padre desviaba la atención de él, escapaba para observarla. Averiguó que iba de su casa al trabajo y, de allí, otra vez a su casa; que no salía con más amigas aparte de sus chicas del club de los domingos; que estaba siempre sola. La contemplaba cada noche que ella olvidaba bajar las persianas de su habitación. Dormía tumbada de lado, con las piernas encogidas y las manos bajo la almohada. Le resultaba tan dulce y apacible que no podía apartar los ojos de ella.

—¿Por qué siempre estás sola? —inquirió de repente, intrigado por su tal vez autoimpuesta soledad.

—¿Por qué piensas que lo estoy? —replicó ella.

—Nunca te he visto acompañada, excepto de tus amigas del VIPS.

—Pensaba que sólo nos espiabas allí —respondió enfadada. ¿La había seguido en más ocasiones?

—Y así es —se apresuró a mentir Rigel—, siempre te vas sola del local.

—Todas vamos en direcciones distintas —aseveró ella.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Por qué?

—Imagino que porque soy muy tímida —contestó sonrojada. No tenía pareja porque era un bicho raro, porque su aspecto repelía a la gente.

—Me alegro de que seas tímida.

—¿Por qué?

—Porque por eso no tienes novio —contestó él con una sonrisa—. ¿Por qué tu piel es distinta a la del resto de las personas? —demandó curioso; jamás había visto a nadie con una piel como la de ella.

—Tengo una dermatitis atópica muy agresiva. —«Allá vamos», pensó Cris. A favor de Rigel debía reconocer que había tardado más de lo normal en preguntarle por su horrible cutis—. Se me manifiesta sobre todo en la cara. —Lo miró compungida—. Es asqueroso.

—A mí no me lo parece —contestó Rigel con absoluta sinceridad.

Le daba lo mismo la piel de Cris o cualquier otro signo externo de ella. Estaba totalmente prendado de su interior, de su forma de sonreír y de hablar, de su voz clara y serena.

—Pues debes de ser la única persona en el planeta a la que no se lo parece —afirmó Cris con un triste suspiro.

Desde siempre había tenido la piel de la cara enrojecida y muy seca. Era casi como si tuviera escamas... unas escamas blancuzcas y desagradables que a veces supuraban, y que en ocasiones le picaban tanto que quemaba. Los niños del colegio se reían de ella, sus compañeros del instituto la miraban raro, y esto, unido a su timidez, había hecho que poco a poco se aislara de las personas. No era divertido ser siempre el bicho raro y repulsivo. En su trabajo había trabado relación con sus compañeros, pero *esta* no iba más allá del ámbito profesional. Era incapaz de salir con ellos y soportar que su rostro fuera el centro de atención. Y así continuó hasta que empezó a visitar los foros de novela romántica y las redes sociales, donde nadie podía verle la cara. Fue abriéndose lentamente, posteando en las webs y escribiendo en Facebook, y así fue como conoció a seis mujeres con las que intercambiaba opiniones y recomendaciones de libros románticos y a las que acabó llamando «amigas».

Las primeras que tenía de verdad.

Un día se armó de valor y quedó con ellas, cara a cara, en el Rastro. Desde entonces se reunían un domingo al mes. Eran todas de distintas edades y personalidades, pero las unían dos cosas: su amor por la literatura romántica y su

indiferencia hacia el aspecto externo de los demás.

Esos domingos se convirtieron en su válvula de escape.

Quizá por eso comprendía al hombre que estaba junto a ella; él también parecía encontrarse tremendamente solo.

Sonrió animada y se dirigió hacia uno de sus lugares favoritos de El Retiro, el palacio de Cristal. Pasearon, compraron unos bocadillos y se sentaron en el césped a comerlos y, sobre todo, conversaron. Y rieron.

Ese domingo fue tal vez el más feliz de todos los que habían vivido hasta la fecha. Un día de conocerse, de hablar sin tapujos, de sonreírse con las miradas. Un momento de descubrimiento, de encontrar ambos su alma gemela en la figura del otro.

Las horas terminaron demasiado pronto.

Comenzaba a caer la tarde cuando Rigel miró al cielo y su cara mostró tristeza.

—Debo irme, no puedo permanecer más tiempo aquí —explicó sin apartar la vista del ocaso, como si el sol le ordenase que se marchara—. ¿Puedo volver a verte?

—Me encantaría... ¿mañana? —propuso ruborizada.

—No lo sé —contestó él, la mirada fija en el firmamento—, quizá tarde un poco en regresar. Espérame, volveré. —Bajó la cabeza y depositó un suave beso en los labios de la muchacha—. Nadie podrá impedírmelo, lo prometo.

Cris quiso preguntarle por sus crípticas palabras, pero no pudo, pues en ese instante el último rayo de luz iluminó la tierra y Rigel echó a correr tan rápido que, cuando intentó seguirlo, no supo siquiera qué camino había tomado.

Pasaron varias semanas, tantas que pensó que su paseo no había sido más que un sueño.

Llegó la Navidad, el frío, la lluvia.

Acababa de amanecer cuando sintió la brisa entrar en su cuarto. Abrió los ojos extrañada, ¿no había cerrado las ventanas? Se incorporó en la cama y lo vio. Estaba de pie al otro lado de la mesilla de noche; la miraba sonriente, feliz.

—Estás muy hermosa cuando duermes.

—¿Rigel? ¡¿Qué haces aquí?! —increpó aturullada. Lo había echado mucho de menos, pero no esperaba que apareciera en su cuarto, o al menos no de esa manera, sin avisar, sin llamar siquiera a la puerta—. ¿Por dónde has entrado?

—Por la ventana. ¿Estás enfadada? Me ha sido imposible venir antes; la última vez me quedé demasiado tiempo y luego tuve ciertas complicaciones —indicó sin pararse a respirar—, pero te he observado todas las noches. ¿Por qué llorabas? Me entristece verte llorar, no quiero que vuelvas a hacerlo —susurró sentándose junto a ella—. Te he extrañado tanto que casi me ha sido imposible brillar. Cuéntame qué has hecho durante estos días, ¿has sido feliz? —finalizó con la pregunta más importante para él.

Cris contestó a todas sus cuestiones, olvidando que el hombre que estaba a su lado había entrado de una forma poco habitual, que ella sólo llevaba puesto un camisón, que su pelo estaba recogido en una coleta y no le tapaba la cara, que había

pasado los meses más tristes de su vida pensando que no lo volvería a ver y que casi había perecido por la tristeza de imaginar que él había sido sólo un sueño.

Charlaron durante mucho rato, rieron, lloraron y compartieron los pensamientos de todos esos días que no habían estado juntos, hasta que, antes de lo que ambos deseaban, comenzó a caer la tarde y, con ella, el ocaso, y Rigel se vio obligado a marcharse.

Las últimas palabras que susurró fueron una promesa: «Volveré.»

Y lo cumplió. Ese invierno la visitó todas las mañanas y, cuando llegó la primavera y los días se hicieron más largos, acudió también por las tardes, antes de que el sol se ocultara.

Cris fue conociéndolo y, a través de sus palabras, también pudo alcanzar a vislumbrar a su extraña familia: a su padre, de voluntad férrea y carácter autoritario, obsesionado con las responsabilidades y el lugar que ocupaba cada cual en el universo; a su madre, dulce y cariñosa, enamorada del amor, su conspiradora ayudante, la que ocultaba sus fugas cuando se escabullía para verla; a sus hermanas y hermanos, seres fríos e inaccesibles.

Fue el mejor verano en la vida de ambos, pero lo bueno nunca dura, y en esta ocasión fue demasiado breve.

Una tarde de comienzos de otoño, cuando los días eran más cortos y las noches más largas, Rigel apareció ante ella triste y desesperanzado... apagado.

Su padre había descubierto el engaño. No podría volver a escaparse. Esa sería su última visita.

Cris no podía creer lo que estaba oyendo. Rigel era un hombre adulto, nadie debería tener el poder de gobernar su vida excepto él mismo.

—Mi padre tiene razón al prohibirme bajar a la tierra —explicó cariacontecido—. Tengo que ocupar el lugar que me corresponde. No puedo abandonar mi sitio. La gente me busca y no me encuentra. No puedo aparecer y desaparecer como por arte de magia, y eso es precisamente lo que estoy haciendo...

—No te entiendo —replicó Cris desesperada; no comprendía porque no podía estar con ella.

—Cuenta una leyenda... —susurró Rigel de repente, dotando a su voz de un tono ronco y casi reverente— que el sol camina durante el día por los cielos para dar la vida a la tierra. Cuando él descansa, la luna, su esposa, alumbra las noches para que los humanos puedan ver la belleza plateada que los rodea. Y las estrellas, sus hijos e hijas, muestran desde el albor de los tiempos el camino a seguir para que ningún ser vivo se pierda en las noches en las que su madre, Luna, desaparece del cielo nocturno para gozar del amor con su marido, Sol —relató observando el firmamento—. Padre dice que, aunque los tiempos han cambiado y los navegantes ya no vigilan el cielo para guiarse, los pastores continúan mirando las estrellas, los soñadores siguen pidiendo deseos y los enamorados buscan en su brillo el amor. —Miró a Cris con semblante serio—. Padre opina que cada cual tiene su sitio en el universo, y que mis

hermanos y yo debemos permanecer inmutables en él, ya que no son nuestros deseos, sino los de los demás, los que rigen nuestra existencia.

—No te entiendo... —repitió ella, desolada.

—Madre ha hablado con padre —continuó él sin pararse a explicarle nada—; Ella piensa que, al igual que los mortales piden deseos, que si son sinceros les son concedidos, también deberíamos poder hacerlo nosotros. Padre ha aceptado y me ha permitido un deseo, pero con ciertas condiciones. No puedo revelar qué soy, no puedo influir en ti, no puedo llevarte conmigo a no ser que sea tu deseo y no puedo abandonar mi lugar en el universo.

—¿Qué intentas decirme?

Rigel miró al cielo; la noche estaba cayendo, apenas le quedaba tiempo.

—Deseo que estés siempre a mi lado —dijo un segundo antes de desaparecer.

Cris observó fascinada el lugar en el que Rigel había estado hacía sólo un segundo. Estaba vacío. Era como si se hubiera esfumado en el aire. De hecho, eso era exactamente lo que había sucedido... ante sus propios ojos... sólo que no podía ser posible, esas cosas no pasaban. Oh, bueno, en realidad sí pasaban, pero sólo en los cuentos de fantasía y en los sueños. Y ella no estaba ni en uno ni en otro.

Permaneció inmóvil durante largo rato, centrada en una única cosa: dilucidar qué había ocurrido. Los rayos del sol se ocultaron y se hizo de noche; la luna apareció en el firmamento acompañada de las estrellas y ella siguió de pie, mirando, sin ver, el cielo... hasta que las piernas comenzaron a temblarle y tuvo miedo de caer al suelo y no volver a levantarse jamás, tan afligida y sola se sentía.

Regresó a su casa confundida, pensando que había perdido la razón, y, durante días que se convirtieron en semanas, esperó anhelante que Rigel regresara, pero este no lo hizo.

Buscó en Internet leyendas sobre las estrellas, pero ninguna coincidía con la que él le había contado. Lo único que encontró fue su nombre: Rigel. Y, según explicaba san Google que todo lo sabe, Rigel era la estrella más brillante de la constelación de Orión.

Era de locos, su amigo no podía ser una estrella. ¡Se negaba a pensar siquiera que fuera un cuerpo celeste formado por gases!

El tiempo siguió transcurriendo y el hombre del que estaba enamorada no regresaba. Él no, pero sí sus palabras. Estas llegaban susurrantes con la brisa noche tras noche.

«No puedo llevarte conmigo, a no ser que lo desees de verdad.»

Una noche Cristina condujo hasta las montañas, dejó el coche en el lugar más cercano a la cima que halló y continuó ascendiendo a pie hasta que lo escarpado del terreno le impidió seguir avanzando. Buscó una zona libre de árboles para poder ver el cielo sin impedimentos, se tumbó de espaldas en el suelo y, con ayuda de una aplicación del móvil, buscó la constelación de Orión en el firmamento. Luego localizó la más brillante de las estrellas que había en ella; también la más hermosa.

Rigel.

—Deseo estar contigo para siempre —gritó al cielo estrellado, rezando por ser escuchada.

—Si vienes conmigo, jamás podrás regresar —murmuró la brisa a la vez que la estrella latía y brillaba con más fuerza.

—Deseo estar siempre a tu lado —repitió ella.

* * *

Nadie supo jamás qué fue de Cristina; la policía buscó durante meses su cuerpo, pero nada encontró.

Sus verdaderas amigas, aquellas que conformaban su club de los domingos, fueron las únicas que no se entristecieron, pues sabían la verdad, ella misma se la había contado antes de partir.

Y algunas noches, Alicia, Mari, Helena, Noemí, Gema y Lai miran al cielo y hablan con una estrella, y esta pulsa en respuesta.

POR PELOTAS

La primera vez que lo vi me quedé impresionada. Tanto, que la boca se me abrió de par en par y no atiné a decir palabra alguna.

No me impresionó porque fuera un hombre guapo hasta decir basta, que lo es; en ese momento, la verdad, no me fijé en eso exactamente.

Tampoco me llamó la atención porque despertara mi ternura que estuviera solo o perdido en aquel paraje de ensueño en el que nos encontrábamos los dos.

En absoluto.

Me quedé perpleja, alucinada y sumida en un torrente de histéricas carcajadas porque la primera vez que lo vi estaba doblado hacia delante por la cintura, con las piernas separadas y los pantalones bajados, mostrándome su blanquecino culo. Miraba algo a través de sus muslos entreabiertos mientras sujetaba el móvil frente a sus ojos.

Poco después me enteré de que, en realidad, estaba haciendo fotos al paisaje.

Al paisaje... y a sus pelotas.

Sí. Habéis leído bien.

A sus pelotas, testículos, huevos, joyas de la familia o como lo queráis llamar.

Resulta que el hombretón era un forofo del *nutscaping*, o lo que es lo mismo, de hacer fotografías de hermosos paisajes en las que, en la parte superior, hay unos huevos, más o menos peludos, colgando sutilmente. O eso se intenta.

De lo más sugerente y estético, oiga. Nótese la ironía, por favor.

Pero dejad que comience por el principio.

Podría contaros que estaba haciendo el recorrido de la Ruta 66, esa carretera tan famosa que sale en la mayoría de las *road movies* americanas, pero estaría mintiendo. Y si no estaba allí no era por falta de ganas, qué va; lo que me faltaba (y aún sigue siendo así) era el dinero para hacerlo. Así que, siendo sincera, diré que estaba haciendo la ruta de los pueblos negros de Guadalajara, que, además de pillarme mucho más a mano que la Ruta 66, es una auténtica maravilla, digna de ser vista, gozada y paladeada.

Era un espléndido atardecer otoñal, aderezado con una luminosidad rojiza que acentuaba todavía más las oscuras paredes de pizarra de las casas de los pueblos negros. Las hojas caídas sobre el asfalto formaban una senda ambarina que, cual alfombra roja de los Oscar, me guiaba por la carretera secundaria de pueblo en pueblo, a cuál más pintoresco, sobre todo para una urbanita como yo.

Tras disfrutar como una niña con zapatos nuevos (en mi caso, cámara de fotos recién estrenada) del singular encanto de El Espinar y Campillejo, enfilé la GU-186 de vuelta a Madrid para regresar, no sin cierta pena, a la capital. Acababa de pasar Tamajón cuando un paraje, tan hermoso que casi dolía mirarlo, me hizo parar a un

lado de la carretera.

Me bajé del coche con lentitud reverente, asombrada y a la vez amedrentada por la belleza que me rodeaba, pues tenía frente a mí lo que los lugareños daban en llamar la Ciudad Encantada de Tamajón. Ciertamente parecía un enclave hechizado.

Me alejé de la calzada con pasos tímidos, sintiendo bajo la planta de los pies la piedra caliza que da forma a las montañas que se alzaban ante mí. Las encinas y enebros, de frondosas copas y verdes hojas, me acogieron bajo sus ramas, trasladándome a un lugar mágico. Frente a mí aparecían como por ensalmo caprichosas formaciones rocosas, fantasías pétreas que parecían moldeadas por las manos de un niño gigante, enormes arcos de piedra, abruptas columnas rocosas coronadas por musgosas guirnaldas y pulidos puentes de roca caliza bajo cuya sombra dormitaban ratoncillos de campo.

Anduve errática por ese sobrenatural paraje, disparando la cámara en todo momento para captar cada oquedad, cada desafío de la roca, cada genialidad que la lluvia había creado allí, hasta que acabé perdida.

Ah, pero, no os creáis, elegí un maravilloso lugar en el que perderme... justo frente a una colina horadada por mil cuevas que la traspasaban de norte a sur.

Me interné en el laberíntico rincón, eligiendo pasadizos y rutas sin importarme hacia dónde se dirigían o hasta dónde pudieran llevarme. Me emborraché con el olor de la tierra mojada y el musgo húmedo, y mis sentidos se enaltecieron de manera exponencial en cada recodo, en cada entrada excavada en la roca, en cada elección que tomaba sin pensar en nada más que en la belleza que debía esperarme al final de cada gruta.

Y en la última de las grutas, lo que me esperaba era él.

Doblado hacia delante por la cintura y con los pantalones bajados, mientras sujetaba un móvil a la altura de sus testículos colgantes.

Un móvil cuya cámara en esos momentos me enfocaba a mí, al igual que su culo.

No pude evitarlo. Estallé en carcajadas.

Él se asustó al oírme; de hecho, dio un salto... o lo intentó, porque, la verdad, los pantalones enrollados en las rodillas no son lo que se dice apropiados para dar saltos. Aunque sí debo decir que las cabriolas que hizo mientras intentaba recuperar el equilibrio —y también la dignidad— resultaron espectaculares. Lástima que no fuera un buen acróbata.

Como podéis imaginar, acabó tirado en el suelo, con los vaqueros en los tobillos y las joyas de la familia al aire. Y, no es por nada, pero dichas joyas eran estupendas... tanto que cesé de reír y cerré la boca de golpe, no fuera a ser que se me cayera la baba, porque, sí, lo reconozco, se me hizo la boca agua al ver tremenda tranca.

—¿Qué, ya te has aburrido de reírte de mí? —exhaló malhumorado a la vez que se levantaba con cuidado de no volver a trastabillar, para luego subirse los pantalones.

—Es difícil no reírse viéndote en esa postura —atiné a replicar, deprimida como

me había quedado al ver desaparecer el imponente atributo masculino bajo los estúpidos vaqueros. ¡Mecachis! ¡Con lo que estaba disfrutando del panorama!

—Es la única postura posible para sacar la foto que quiero —masculló arisco mientras recogía su móvil del suelo.

—¿Y no sería más fácil arrodillarte para conseguir el encuadre que quieres? ¿O es que eso de bajarte los pantalones forma parte de un reto profesional que te has marcado...? —pregunté burlona, pensando que la foto tenía más que ver con la altura y la posición de la cámara que con las pelotas del fotógrafo.

—No tienes ni idea... —gruñó enfadado a la vez que observaba el horizonte con los ojos entornados—. Me quedan menos de diez minutos de luz, ¿te importaría irte por donde has venido para que pueda hacer la puñetera foto? —me pidió cruzándose de brazos, muy chulito él.

Arqué una ceja e imité su postura, teniendo, eso sí, buen cuidado de que, al cruzar los brazos, estos alzarán mis rotundos pechos.

Cómo no podía ser de otro modo, sus ojos se clavaron en mis tetas.

Ajá, eso estaba mucho mejor. No iba a ser yo la única que babeaba por los atributos del contrario.

A ver, no voy a decir que estoy cañón, porque las mentiras tienen las patitas muy cortas, y, he de reconocerlo, guapa, lo que se dice guapa, no soy... pero sí resultona, sobre todo cuando me arreglo, aunque justo esa tarde no era el caso. También tengo un buen par de peras y un culo redondo y duro, casi grande podría decir, pero que a los hombres les gusta bastante, así que, si me lo propongo, no suelo tener dificultades para ligar.

Y en ese momento estaba decidida a ligarme al tipo que había osado enseñarme su suculenta verga para luego esconderla sin pedirme permiso.

Mal, muy mal. Niño insolente y perverso... Se iba a enterar de lo que valía un peine.

Sacudí la cabeza y después la incliné a un lado, de modo que los largos mechones de mi anodina melena castaña cayeron sobre mi escote; más exactamente sobre el canalillo entre mis pechos.

Él tragó saliva.

Sonreí y, sin ningún disimulo, enredé uno de los mechones en mi dedo índice. Comencé a jugar con él, frotándolo contra mi pezón, que cada vez estaba más duro bajo la fina tela de mi blusa.

—Joder —murmuró él llevándose la mano al paquete para recolocárselo. Por cierto, lo tenía bastante abultado, dando muestras de lo que yo ya sabía: poseía un aparato de los que hacen historia—. Mira, tía, estás buenísima y te juro que en otra ocasión te tiraría los tejos sin pensármelo dos veces, pero ahora mismo no puedo... Me voy a quedar sin luz y tengo que hacer esta foto. Es total y absolutamente necesario. Hazte a un lado, por favor.

Vaya con el muchachote, me estaba dando calabazas. ¡Cómo se atrevía! Así que

hice lo único que podía hacer: lanzarle una mirada asesina y quedarme exactamente donde estaba.

Él bufó. Sí, como los gatos. Acto seguido, vino hacia mí, me agarró por la cintura y, elevándome a pulso, me colocó sobre su hombro izquierdo como si fuera un fardo.

—Perdona, bonita, pero de verdad que necesito hacer esta foto.

Yo, por supuesto, no me quedé quieta. Me removí hasta que de nuevo conseguí tener los pies firmemente posados en el suelo y luego le solté una hostia. Sí, una hostia. Con la mano bien abierta y con todas mis fuerzas. Nada de femeninos tortazos que no hacen daño.

Yo quería sangre. Su sangre.

Le enseñé los dientes en un fiero gruñido y salté sobre él. Y, como el pobre no se lo esperaba, acabó tendido de espaldas en el suelo, conmigo montada a horcajadas sobre su vientre.

Me miró, parpadeó aturdido y, sin que pudiera evitarlo, un gemido escapó de sus labios.

Entre mis piernas, su paquete creció, poniéndose duro como una piedra.

—Mierda, mierda, mierda —jadeó él, apartándome para luego levantarse—. ¡No puedo excitarme ahora! ¡Si me empalmo, la foto no saldrá bien!

—Pero ¿qué gilipollez estás diciendo? —Lo miré como si se hubiera vuelto loco—. Qué tendrán que ver las erecciones con las fotos —siseé ofuscada. ¡Ese tío estaba pirado!

—¡Mucho! ¡Necesito que aparezcan mis huevos en la imagen y, cuando estoy empalmado, se me ponen duros y suben, lo que hace más difícil hacer la puñetera foto!

Abrí los ojos de par en par antes de preguntar lo obvio.

—¿Para qué quieres que salgan tus huevos?

Y fue entonces cuando me enteré de lo que era el *nutscaoping*. También comprendí que no era nada fácil hacerlas en solitario, debido a la postura que tienen que adoptar los sufridos fotógrafos para incluir sus pelotas en la captura.

Qué queréis que os diga, me pareció tan hilarante que estallé en carcajadas.

—¿Te parece divertido?

Como era incapaz de dejar de reír, asentí con la cabeza.

—No lo es, es arte... o lo sería si fuera capaz de sacar una foto decente —gruñó hosco antes de mirarme con los ojos entornados, pensativo—. ¿Por qué no me ayudas?

Lo reconozco, se me pasó la risa de inmediato.

—¿Yo?, ¿ayudarte?, ¿cómo? —dije al más puro estilo apache de las viejas películas del Oeste.

—Hazme la foto —pidió tendiéndome su móvil.

En el momento en el que lo cogí, me dio la espalda, se bajó los pantalones hasta los tobillos y me señaló el mágico laberinto de roca caliza por el que había llegado

hasta él.

—Quiero sacar la entrada, esa en la que convergen las tres cuevas —me indicó, punteando con el dedo el lugar, con los huevos colgándole peludos entre las piernas.

Y yo, que en el fondo estoy un poco chiflada, me arrodillé tras él y saqué la foto.

Luego, por supuesto, le metí mano.

Y él me la metió a mí.

Acabamos follando salvajemente en el interior de uno de los pasadizos horadados en piedra.

De eso hace un año exacto. Trescientos sesenta y cinco días. Ni uno más ni uno menos. Hasta que llegamos al día de hoy.

Me giro despacio hasta quedar encarada al maravilloso paisaje que revela el horizonte con el sol poniéndose. Es... extraordinario, prodigioso.

Estamos en la playa de las Catedrales. Sí, en plural. Mi pareja y yo. Él recorre la playa mientras yo lo miro relajada, sentada en la arena. Está buscando la que, según dice, va a ser la foto perfecta para recordar nuestro primer aniversario.

Acaba de pararse; por lo visto ya ha encontrado el paisaje y la luz adecuados.

—Miriam, preciosa, acércate —me llama con evidente cariño—. Tienes que sacar ese arco —me indica a la vez que se despoja de los pantalones—. Intenta que mis huevos queden centrados, como si colgaran de la roca... ya sabes.

Sí, ya sé.

Me arrodillo tras él, cámara en mano, enfoco la playa, el arco y sus pelotas... y disparo.

SÍ, SE ATREVIÓ

María dejó caer al suelo la mochila con las toallas, la crema solar y el libro, y suspiró cansada a la vez que se masajeara los riñones. Había sido un largo ascenso hasta el lugar idílico que su marido había elegido. Miró a su alrededor, deslumbrada por la belleza del paraje.

Estaban en un claro, rodeados de robles y encinas, a la vera de un pequeño arroyuelo que, aquí y allá, se detenía formando charcas poco profundas de aguas cristalinas. Por encima de las copas de los árboles, podían verse las cumbres rocosas de las montañas de la Sierra de Gredos. Estiró los brazos sobre su cabeza, sonrió al hombre moreno, fuerte y guapísimo que la acompañaba y procedió a quitarse los pantalones cortos y la camiseta. Acto seguido, sacó una toalla de la mochila, la extendió sobre la arena pedregosa de la orilla del riachuelo y se tumbó bocabajo sobre ella, dejando que los rayos de sol de finales de septiembre le calentaran la espalda desnuda.

Las botas camperas de su marido ocuparon su campo de visión.

—¿No vas a echarme una mano, perezosa? —preguntó acucillándose ante ella. Sus ojos claros chispearon divertidos.

—No. —María hurgó en la mochila hasta encontrar un libro, lo abrió y centró su atención en las páginas de *Delicias y secretos en Manhattan*.

Caleb estalló en sonoras carcajadas. Su mujer se había quejado ardentemente durante cada uno de los treinta minutos que había durado la caminata hasta allí. Lo había amenazado a cada paso con dar media vuelta y volver al pueblo si tenían que ascender mucho más. Y en ese momento se tomaba la revancha tumbándose a leer.

Estaba por ver cuánto tiempo lograría ignorarlo.

Colocó la nevera portátil con los refrescos y la comida cerca del lugar que ella ocupaba, clavó como pudo la punta de la sombrilla en el duro suelo, dejó caer la bolsa de deporte que había cargado sobre su espalda y sacó de esta la manta a cuadros que les serviría de mantel. La extendió y la sujetó con una piedra en cada esquina y, a continuación, colocó sobre ella la cesta con el pan y las viandas. Cuando hubo acabado de preparar el pícnic, se descalzó y se deshizo de la camisa, quedándose vestido con unos tejanos cortos que mostraban sus musculosas piernas, demasiado sexis para la paz mental de María.

Observó a su esposa. Se había puesto un bikini rojo; la braguita se sujetaba con dos nudos, uno a cada lado, mientras que el sujetador se mantenía con un lazo en la espalda y otro en el cuello. Nada muy complicado de quitar, pensó ladino. Se sentó junto a ella y le acarició el lugar en el que la espalda pierde su nombre.

María gruñó y le dio un manotazo.

—¿Piensas pasarte todo el rato tumbada? —inquirió él.

—Sí. Es el primer día que tengo para mí desde que nació Anna. Voy a pasarlo haciendo lo que más me gusta: leer.

—¿Sólo leer?

—Sí, sólo leer —le advirtió rotunda, aferrando con más fuerza el libro.

Desde que había nacido la pequeña, hacía ya un año, no habían disfrutado de un segundo libre ninguno de los dos; atender a Anna y Andrés, mantener la casa y las huertas, el trabajo de ella en la ludoteca y el de él como alcalde les robaba cada minuto del día. Eso sin contar con los «exigentes mimos» de Caleb por la noche.

Sus jornadas pasaban tan deprisa que apenas tenía tiempo de respirar; mucho menos de leer. Y, si había algo que adoraba, eran los libros... románticos, apasionados, eróticos, intensos. Volvió a centrarse en la lectura, aunque no le duró mucho la concentración, pues se distrajo cuando oyó a su marido trajinar en la mochila de las toallas.

—¿Qué buscas?

—La crema solar. Te vas a quemar.

—No creo, no hace tanto sol.

—Aquí pega fuerte, aunque no lo notes. Estamos a bastante altitud —comentó él.

María se encogió de hombros y retomó la lectura. La novela era muy interesante. Un segundo después, percibió el sonido de un bote al abrirse y llegó hasta ella un suave aroma a chocolate; el mismo aroma que tenía el aceite que Caleb usaba para sus «juegos». Levantó la cabeza, sorprendida. Bajo el bikini, sus pezones se frunció endurecidos y su sexo comenzó a humedecerse.

—¡Eso no es crema solar! —lo increpó.

—¿No?

—¡Por supuesto que no! Es el aceite que... ¡Ya sabes lo que es!

—Sí.

—Caleb, odio que me contestes con monosílabos.

—Sigue leyendo tu libro mientras te doy la crema —la ignoró él.

—¡No puedo leer con ese olor, me desconcentra!

Él arqueó las cejas, posó una mano sobre la nuca de su mujer y la obligó a volver a centrar la vista en el ejemplar. Luego vertió un poco de aceite sobre la palma de una mano y comenzó a frotarle la espalda.

María suspiró y cerró los ojos. No creía que su marido se atreviera a nada estando en mitad del monte, un lugar en el que podía aparecer cualquier dominguero y pillarlos.

No. No se atrevería.

Sí. Sí se atrevió.

Caleb recorrió la espalda de ella con pasadas suaves y precisas. Desató las cintas que sostenían el sujetador del bikini, jugó con las yemas de sus dedos sobre cada vertebra, se desvió hasta las costillas y, una vez allí, deslizó las manos bajo el cálido cuerpo femenino y acarició con ternura los suaves pechos de su mujer. Se entretuvo

en ellos hasta que la oyó jadear excitada y, a continuación, se levantó del lugar que ocupaba sobre la toalla.

María giró la cabeza y observó cómo su marido se quitaba los pantalones, liberando su grueso e imponente pene de la prisión de tela vaquera en la que estaba confinado. Tragó saliva y apretó los muslos ante la interesante visión. Caleb sonrió satisfecho. Ella bufó y continuó intentando leer el libro.

Una carcajada presuntuosa reverberó en el claro entre montañas.

Caleb se acuclilló a horcajadas sobre los muslos de su mujer y los aprisionó entre sus rodillas, obligándola a mantenerlos cerrados. Ella hizo el amago de girarse para ponerse de espaldas sobre la toalla. Él no se lo permitió.

—Sigue leyendo —ordenó mientras presionaba sobre sus hombros, forzándola a retomar su postura inicial.

Cuando obedeció, Caleb reanudó el erótico masaje.

Impregnó de aceite la suave piel de su amada, pintó con caricias aterciopeladas el contorno de la braguita, sin adentrarse bajo la tela, jugó con las cintas que lo mantenían unido y, cuando María comenzó a removerse, desató uno de los lados.

—Caleb, puede aparecer alguien —gimió al sentir los dedos de él deslizándose por su trasero.

—Sigue leyendo —reiteró su orden a la vez que ahondaba con el índice en la grieta entre sus nalgas.

—Caleb, esto no está bien...

—Sí lo está.

El desvergonzado dedo continuó su trayecto hasta llegar al tenso anillo de músculos del ano; lo acarició y tentó, ungiéndolo con aceite, insistiendo una y otra vez sobre él, hasta dejarlo relajado y resbaladizo. Presionó contra el estrecho orificio hasta penetrarlo, primero la yema, después la primera falange. Movié el índice en círculos, hundiéndolo por completo, y luego comenzó a meterlo y sacarlo despacio. Introdujo la mano que tenía libre entre los apretados muslos femeninos hasta llegar a la entrepierna del bikini y presionó los labios vaginales.

María arqueó la espalda a la vez que su respiración se tornó agitada. Tenía la braguita empapada; su vagina se contraía vacía, necesitada de sentir sus caricias, su grosor entrando en ella. Frotó sus pezones, duros como guijarros, contra la suave tela del bikini, buscando sentir un roce que no llegaba. Se apoyó sobre los codos e intentó liberarse del peso de su marido para colocarse a cuatro patas sobre la toalla y mostrarle el camino que anhelaba que él tomase.

—¿Ya no te interesa seguir leyendo? —la provocó, impidiéndole levantarse.

Ató de nuevo el bikini y se situó sobre su mujer. Colocó un codo a cada lado de su cabeza y se sostuvo sobre ellos, a la vez que encajaba las rodillas en el suelo, a ambos lados de las caderas femeninas. Dejó que su torso y genitales tocaran la resbaladiza espalda de María.

—No... —jadeó ella al sentir la enorme erección acomodarse entre sus nalgas.

María no sabía si contestaba a su pregunta o si se negaba a adoptar esa posición en un lugar al que cualquiera tenía acceso.

Caleb cogió la novela, se la quitó de entre los laxos dedos y la dejó a un lado. Luego se meció contra ella. El baño de aceite al que la había sometido le hizo resbalar en un masaje sensual en el que su enorme polla tan pronto se alojaba sobre las nalgas como le hacía cosquillas en la espalda. Cuando oyó a su mujer gemir anhelante, paró el erótico vaivén y se incorporó.

María lo vigiló mientras este se ponía en pie. El grueso pene oscilaba irreverente sobre su pubis depilado, logrando que lo deseara todavía más. Se lamió los labios.

Caleb se arrodilló frente a ella. Le colocó una mano bajo la barbilla y la instó a alzar la cara hacia su imponente verga.

María no se lo pensó dos veces: apoyó las manos en el suelo, arqueó la espalda hasta que sus labios quedaron a la altura necesaria y lamió con prontitud la gota de denso semen que manaba de la abertura de la uretra. Percibió satisfecha el jadeo que escapó de los labios de su marido y, como premio a eso, jugueteó con sus labios sobre el glande. Cuando sintió que el miembro se engrosaba y endurecía más todavía, lo hundió en la humedad de su boca y frotó con la lengua la sensible piel del frenillo para luego succionar con fuerza.

Caleb enredó los dedos entre los cabellos de su amada, sujetándola, y comenzó a mecerse contra ella, introduciéndose hasta tocar su garganta para luego salir lentamente, sintiendo en cada centímetro de su polla la carnosa boca. Se mordió los labios cuando la agonía lo llevó cerca del punto de no retorno.

Se separó de ella.

María lo miró confusa e intentó acogerlo en su boca de nuevo, pero él no se lo permitió. Aún era pronto para terminar.

—Túmbate bocarriba y ábrete para mí. Quiero ver lo mojada que estás —exigió.

Ella obedeció.

—Eres tan hermosa... —Posó la palma de una mano sobre la lubricada vulva y presionó hasta que el rocío que la cubría quedó impregnado en sus dedos. Después se retiró, dejando a la mujer que vibraba bajo él frustrada y anhelante.

Deslizó la mirada por el sinuoso cuerpo de María. Observó satisfecho la humedad que traspasaba la tela de la braguita del bikini y los pezones que se marcaban expectantes contra los triángulos del sujetador. Pequeñas gotas de sudor se alojaban en el valle entre sus pechos.

—¿Tienes calor? —le preguntó.

María asintió con la cabeza, incapaz de hablar ante su escrutinio.

Caleb se dirigió hacia la pequeña nevera portátil y la llevó hasta donde ella lo esperaba, obediente, tumbada con las rodillas dobladas y las piernas muy abiertas.

Colocó la nevera sobre la toalla y la abrió, para después arrodillarse entre las piernas femeninas.

—Caleb, no deberíamos. Puede venir alguien... —insistió María.

Él se encogió de hombros. En ese instante le daba igual todo.

Agarró una botella, desenroscó el tapón y vertió agua casi helada sobre la boca de María. Esta tragó con avidez, pero aun así no pudo evitar que se le derramara un poco por las mejillas y la barbilla, gotas que él se afanó en beber sobre su piel. Sonrió ladino e inclinó la botella de nuevo, vertiéndola con lentitud sobre el cuerpo amado. Un fino hilo de líquido cayó sobre los pezones, el estómago, el monte de Venus, y él se apresuró a lamerlo despacio y a conciencia.

María arqueó la espalda al notar la primera caricia helada en sus pechos, jadeó asombrada cuando la lengua de su marido calentó los fríos pezones y elevó las caderas al sentir el frescor recorrer su vientre, seguido por los labios candentes de Caleb. Y se removió inquieta, y bastante frustrada, cuando él se detuvo al tocar su pubis sin rebasar el límite impuesto por el bikini.

—¿Sigues teniendo calor? —demandó él de nuevo.

Ella asintió con un gesto.

Caleb sonrió e introdujo otra vez la mano en la nevera.

María casi gritó cuando sintió un roce gélido sobre sus pechos. Alzó la cabeza y contempló al atrevido hombre que estaba junto a ella. Tenía un cubito de hielo entre los dedos y jugaba con él sobre sus pezones. Cerró las piernas con fuerza ante el ramalazo de placer que estalló en su clítoris.

Caleb soltó el hielo sobre el estómago de su mujer e introdujo veloz las manos entre sus muslos unidos, obligándola a separarlos de nuevo. Tanto que María sintió la tensión estallando en los abductores.

—Quiero verte. No vuelvas a cerrarlos —le ordenó con erótica severidad.

Acarició con sutileza los tensos músculos, calmándolos, y luego volvió a coger el hielo y continuó jugando con él sin traspasar la barrera del bikini, torturándola.

Cuando María comenzó a gemir incontrolable, cuando su vientre se tensó por las caricias y sus pechos comenzaron a subir y bajar con rapidez por culpa de la agitada respiración, él se detuvo por enésima vez.

—Tengo sed —afirmó Caleb—, pero no queda agua. ¿Crees que podrías deshacer un par de hielos y darme de beber?

María parpadeó confundida.

Caleb se rio entre dientes, luego se levantó de un salto, dio dos pasos hasta posicionarse sobre la cabeza de María y se arrodilló, dejando una rodilla a cada lado del rostro de su esposa.

María abrazó los fuertes muslos de su marido y se alzó arrebatada, ansiosa por besar la tremenda y excitante verga que se balanceaba a escasos centímetros de sus labios.

Caleb se lo impidió.

—Coloca las manos planas sobre la toalla —le mandó—. No puedes alzar la cabeza, sólo podrás comerme la polla cuando yo me acerque a ti. Nada más. ¿Lo has entendido? —María lo miró estupefacta—. ¿Lo has entendido? —reiteró con voz

ronca.

—Sí.

Caleb estiró un brazo y cogió un cubito de buen tamaño. Sin acercarse más a María, comenzó a recorrer con él su precioso cuerpo hasta deslizarlo bajo la braguita del bikini y posarlo contra el clítoris ardiente. Ella elevó las caderas, jadeando. Él se limitó a trazar con el congelado «juguete» pequeños círculos sobre el tenso botón. A continuación recorrió los húmedos pliegues de la vulva hasta ubicarlo en la entrada de la vagina. Lo introdujo en ella ejerciendo una ligera presión. Se incorporó, cogió otro hielo y repitió la operación hasta dejarlo encajado también en el interior de su mujer.

—Quiero ver chorrear tu coño —exigió un segundo antes de posar su boca sobre el pubis femenino.

María gritó cuando sintió los dientes de su esposo rozarle el clítoris por encima de la tela del bikini. Se contorsionó desesperada al percibir que introducía dos dedos dentro de ella y jugaba con los hielos que comenzaban a derretirse allí. Aferró la toalla entre sus puños y tensó el cuello para no alzar la cabeza, anhelando que él bajara la pelvis y le permitiera lamer los testículos libres de vello que colgaban sobre sus ojos, provocándola. Y cuando él por fin descendió, acercándolos a ella, esta los absorbió en su boca, apretándolos contra su paladar, para luego sacarlos y deslizar la lengua hasta la suave piel del perineo y comenzar a mordisquearlo con dulzura.

Caleb gruñó, excitado, al descubrir el juego de su esposa. María se acercaba a su ano, le lamía y succionaba los testículos, pero ignoraba su dolorida polla.

Negó con la cabeza, divertido; ella podía ser igual de mala que él... o peor.

Bajó la cabeza, mordió las cintas del bikini hasta deshacer los nudos y retiró la tela para poder observar con avidez el pubis lampiño que se revelaba ante él.

Suave, mojado, dúctil.

Lo recorrió con los labios hasta llegar al clítoris y aferró el tenso botón con cuidado entre sus dientes a la vez que le daba golpecitos con la punta de la lengua. María gritó dejando caer la cabeza, olvidándose de él.

Caleb deslizó una de sus manos hasta su miembro, se lo agarró y lo guio hasta la boca de María. Presionó hasta que le permitió entrar. Se hundió en ella y jadeó de placer cuando los afilados dientes rasparon con delicadeza la base del pene. Volvió a bajar la cabeza; un delgado hilo de agua resbalaba por los hinchados pliegues de la vulva hasta el perineo.

Sonrió, decidido a calmar su sed.

Lamió con largas pasadas cada gota del tibio líquido que salía de María. Posó los labios sobre la entrada de la vagina y libó con fruición, absorbiendo los cada vez más diminutos hielos y empujándolos con la lengua cuando tocaban su boca. Y mientras tanto, sus dedos no dejaron de jugar sobre el trasero femenino. Masajearon, juntaron y separaron las nalgas y, por último, el índice, atrevido, tentó el fruncido orificio, penetrándolo.

María negó excitada con la cabeza sin soltar la enorme polla que llenaba su boca. Alzó más el rostro, hasta albergarla por completo en su garganta, y deslizó una de sus manos por las piernas de su marido hasta acariciarle el duro trasero. Esperó unos segundos, dudando entre continuar u obedecer sus órdenes. Al final decidió ser mala.

Malísima.

Caleb notó las manos de María en su culo, las sintió acariciarlo y luego abandonarlo. Arqueó una ceja, estaba seguro de que algo tramaba. Un segundo después, percibió el tibio aceite de chocolate derramándose sobre sus nalgas y los dedos de su amada extendiéndolo, untándolo sobre su ano. Cerró los ojos y respiró profundamente, intentando relajar el anillo de músculos que se había tensado expectante. Hundió la lengua en la acogedora vagina, degustando su sabor dulce unido al frescor de los hielos a medio derretir. Jadeó cuando un dedo ahondó en su ano mientras la boca de su mujer le mamaba, golosa, la polla.

Poco después se separó de ella, incapaz de aguantar un segundo más semejante tortura.

De los labios de María escapó un quejido frustrado.

Quería más.

Caleb se giró hasta colocarse frente a ella, rostro con rostro, piel con piel. Observó fascinado aquellos labios sonrosados, los pechos perfectos, los ojos entornados por el placer y las mejillas teñidas por el rubor de la pasión. La besó. Sus labios, impregnados de la esencia femenina, delatando todo el amor que sentía por ella.

Ella respondió con idéntica adoración.

—Me gustaría tanto tener otro bebé... —susurró Caleb. María abrió los ojos de par en par—. Un niño travieso que corriera por la casa y jugase con Anna —musitó mirándola esperanzado.

Al ver que ella permanecía en silencio, estiró un brazo y buscó el pantalón.

En la cartera tenía preservativos.

La mano de su esposa se cerró sobre su muñeca. Tiró de él, obligándolo a cesar la búsqueda, para después guiar los morenos dedos hasta su boca. Una vez allí, los besó mientras le envolvía las caderas con las piernas. Ancló los talones sobre los muslos de él y lo instó a completar lo que había empezado.

Se movieron al unísono, imitando los movimientos del otro.

Saborearon embelesados la esencia de cada uno en la lengua del otro.

Disfrutaron del placer que eclosiona cuando dos almas se conocen íntima y profundamente.

Se deleitaron con el glorioso éxtasis que brota feroz cuando la confianza, el respeto y el amor conforman el cuerpo, corazón y mente de dos amantes enamorados.

Nueve meses después

Un flamante 4×4 aparcó frente al porche de una típica casa serrana en Mombeltrán.

Una niña de casi dos años se asomó por la ventana de la cocina y gritó entusiasmada mientras su hermano mayor, Andrés, señalaba ilusionado el coche. Un segundo después ambos aparecieron en la puerta de entrada, acompañados por su abuelo, Abel.

Caleb observó a su hijastro y sonrió divertido. Andrés era un adolescente, hijo del primer matrimonio de María. El joven se volvía loco por complacer a su hermana pequeña, que en ese momento estaba subida sobre sus hombros, tirándole del pelo para que se apresurara a salir a la calle y cruzara la calzada para ir con papá y mamá. Quería ver a sus nuevos hermanitos, sobre los que, por supuesto, pensaba mandar porque era mayor que ellos.

Se giró hacia su mujer; estaba sentada en el asiento trasero, entre las dos Maxi-Cosi en las que sus gemelos recién nacidos dormitaban.

Sintió el corazón a punto de estallar de felicidad.

Ahí estaba su familia, junto a él, rodeándolo.

Su traviesa princesa, sus bebés, su afable padre, su adorada esposa y el hijastro al que quería como si fuera su propio hijo.

¿Podía haber algo mejor en la vida?

UN ENCUENTRO INESPERADO

—¿No va a dar las tres vueltas, señorita?

—¿Serviría de algo? —Aurora miró con una triste sonrisa al egipcio que era su sombra desde hacía una semana—. No, Nasser, sería sólo una pérdida de tiempo.

—Pero a usted sobra tiempo, señorita —argumentó insistente—. Si da tres vueltas, dios Khepri dará suerte.

—Está bien, daré las tres vueltas —aceptó Aurora. Nasser había sido muy amable con ella durante el crucero; nada le costaba darle el capricho.

Observó por entre sus párpados entornados la escultura con forma de escarabajo pelotero que se alzaba ante ella. ¿En serio iba a dar vueltas alrededor de un insecto remueve mierda? Miró a Nasser, el guía que acompañaba al grupo. Ciertamente era que estaba pendiente de todos, pero no había duda de que con ella el trato era... especial, más cariñoso y atento. Sonrió intentando aparentar una felicidad que no sentía. Por lo visto hasta un egipcio que hablaba español a trompicones era capaz de captar la tristeza y desesperación que la acompañaban en cada momento.

Tomó aire, alzó la cabeza hacia el incandescente sol de las tres de la tarde que bañaba el templo de Karnak y, sin querer pensar mucho en lo que iba a hacer, comenzó a dar vueltas alrededor del escarabajo gigante.

—En sentido de agujas de reloj, señorita —le indicó Nasser, caminando junto a ella.

Aurora lo miró extrañada. La marea de turistas que giraba alrededor del pétreo coleóptero lo hacía en el sentido contrario...

—Hágame caso, señorita, en sentido de agujas de reloj. Yo amigo dios Khepri, él me dice dile a señorita que haga así. Y así debe hacer —volvió a insistir el guía.

Aurora se encogió de hombros y, tras esbozar una triste sonrisa, comenzó a caminar en el sentido contrario que el resto de los allí reunidos.

—Dé siete vueltas más, señorita —dijo conspirador Nasser cuando ella estaba a punto de cumplir la tercera vuelta.

Aurora se giró hacia él, sorprendida por el inesperado énfasis que había puesto en sus palabras.

—Hágalo y dios Khepri concede deseo más profundo —musitó el guía colocándose frente a ella y andando hacia atrás a la vez que la instaba a seguir avanzando alrededor del escarabajo.

—Qué sabrás tú de mis deseos —susurró ella apartándose de la estatua.

—Un niño, señorita. Dios Khepri concede. Sólo siete vueltas más...

Aurora miró atónita al hombrecillo de oscuro pelo rizado y nariz aguileña. ¿Cómo podía saber él que ese era su deseo más profundo? También el más irrealizable, el que la había llevado a gastarse todo el dinero que tenía ahorrado en realizar ese viaje,

desoyendo los consejos de su familia.

Sus hermanos la tomaron por loca cuando les contó que iba a hacer un viaje por Egipto.

«No está el mundo árabe como para que andes dando tumbos por él; te puede pasar cualquier cosa y volver a casa en una caja... ya me entiendes», le recriminó su hermano mayor, tratando de disuadirla mediante el miedo, sin saber que no podía asustarla con lo que no temía, con lo que tal vez buscaba.

«Sólo quieres llamar la atención de Luis para que vuelva contigo, pero eso no va a suceder, tres cojones le importa si te acribillan a balazos. Es un cabrón sin sentimientos. Estás mejor sin él», fueron las palabras de su hermana pequeña. Y no le faltaba razón.

Su exmarido era un malnacido que la había abandonado al descubrir que no podía tener hijos, pero no estaba realizando ese viaje por él, sino por ella. Porque, aun sin saber ni entender el motivo, necesitaba hacerlo. Necesitaba sentir las arenas milenarias bajo las plantas de sus pies y respirar el aire mágico que había inspirado a los faraones a construir sus hermosos templos y monumentos. Y, lo más importante, necesitaba encontrar algo que la hiciera seguir adelante.

—Vamos, señorita. No son tantas, sólo siete más —insistió Nasser.

—¿Te da comisión Khepri por cada imbécil a la que convences de dar tantas vueltas? —se burló Aurora volviendo al camino horadado por miles de pies para acabar de dar las diez vueltas requeridas.

—Yo busco novia para dios Khepri y dios Khepri regala a mí nuevo verano —susurró el hombrecillo mirando al cielo—, pero no fácil buscar novia. Sólo puede ser mujer de amanecer, y sólo en fiesta Opet, que es día de hoy. Uno cada treinta años para Khepri. No más.

Aurora esbozó una torcida sonrisa; así que por eso el hombrecillo era tan atento con ella. Por lo visto era uno de esos pirados que todavía creían en los dioses egipcios, y, claro, si buscaba un *amanecer* como novia del dios, ¿quién mejor que ella, que se llamaba Aurora? No obstante, era un personajillo agradable... y con mucha intuición en cuestión de deseos. O tal vez no. En ese país, la labor de la mujer era la de ser madre; por tanto, era lógico que supusiera que su deseo más profundo sería ese. No había nada mágico en que Nasser hubiera descubierto su secreto, era sólo cuestión de cultura.

Acabó de dar las diez vueltas, tres para la suerte y siete para la fertilidad, y se apartó de la hilera de gente, no fuera a ser que el guía le sugiriera dar cien vueltas más para conseguir cualquier otra quimera.

Recorrió con el grupo la avenida de las esfinges que unía el templo de Luxor con el de Karnak; se sintió muy pequeñita bajo los enormes pilonos que daban inicio al complejo religioso. Intentó, junto a otras ocho personas, darse la mano y rodear una de las columnas de la sala hipóstila y observó, asombrada, el sol deslizarse con reverente lentitud por el obelisco de la reina Hatshepsut. Con la caída de la tarde,

Nasser dirigió a sus turistas al lugar más oculto y sagrado del templo, el santuario del dios Amón-Ra, y fue en ese momento cuando ella se despistó del grupo.

No era algo que tuviera pensado, ni borracha planearía escabullirse de su guía en un país del que no conocía ni el idioma ni las costumbres, pero hacía tanto calor que se le antojó un horror abandonar el aire libre en pos de un lugar cerrado. Así que, sin pensarlo dos veces, se quedó al final de la columna que formaba el grupo y, en cuanto vio la oportunidad, escapó.

Zigzagó entre las columnas hasta salir del abarrotado templo y toparse con un antiguo muro de ladrillos de adobe. Lo siguió hasta llegar a una estrecha abertura que no dudó en atravesar. Salió a una especie de plaza rectangular en la que reposaba la enorme punta de un obelisco y, más allá de esa plaza, había... una piscina enorme.

Parpadeó incrédula. ¿Qué demonios hacía una piscina rectangular en mitad de uno de los complejos monumentales más importantes de Egipto?

Se encaminó hacia allí y, según se fue acercando, pudo comprobar que no era lo que había pensado. Los muros que contenían el agua eran tan antiguos como los que conformaban el templo, incluso las escaleras por las que se descendía al extraño lago tenían esa pátina de antigüedad que se sentía en cada rincón del recinto. Miró a su alrededor, cerciorándose de que no había nadie vigilando sus travesuras, y una juguetona sonrisa, la primera que esbozaba en mucho tiempo, se dibujó en sus labios. Se quitó las deportivas y los calcetines y, sin meditarlo un instante, descendió las milenarias escaleras para refrescarse las piernas en el lago de los antiguos dioses egipcios.

Un suspiro de placer abandonó sus labios al sentir el roce del agua sobre su piel. Era extraño que, con la temperatura tan alta que hacía allí, el lago estuviera tan deliciosamente fresco. Se sentó en el escalón que estaba a ras del agua, permitiendo que esta le acariciara las caderas, y se echó hacia atrás apoyando los codos en un peldaño superior.

Cerró los ojos, sintiéndose en paz consigo misma y con el mundo.

Y volvió a abrirlos al sentir un suave chapoteo. Buscó el origen del tintineante sonido y lo halló en el centro del lago. Una estela de ondas avanzaba hacia ella. Lo normal hubiera sido que saliera del lago ante el inesperado fenómeno que movía las aguas, pero no lo hizo. Tampoco se asustó.

—¿Veré por fin uno de los temibles cocodrilos del Nilo o sólo eres una carpa más grande de lo normal? —susurró con desidia sin dejar de mover los pies—. Debería asustarme, pero estoy tan cansada de estar triste que ya no me queda espacio para el miedo.

Se tumbó en las escaleras, la mano derecha meciéndose dentro del agua, mientras esperaba a que la carpa llegara hasta ella, pues estaba segura de que eso era lo que producía la hermosa estela.

—Oh, qué lástima, ¿te vas? —murmuró burlona cuando el movimiento cesó a pocos metros de ella—. Con la ilusión que me hacía ser devorada...

Y en ese instante, lo sintió. Una suave succión en el empeine de su pie izquierdo.

—Vaya carpa más ladina —musitó esbozando una sonrisa.

No era la primera vez que una carpa la «besaba», pero siempre que lo hacían era para quitarle el pan que sujetaba en la mano mientras llamaba a los patos que nadaban en el lago artificial cercano a su casa. Nunca antes se habían acercado a ella sin comida de por medio.

Sacudió los pies para ahuyentar al desvergonzado pez y cerró los ojos de nuevo.

Volvió a abrirlos al percibir una suave caricia sobre sus piernas... o, mejor dicho, separándole las piernas.

¡Eso no era una carpa!

Se incorporó sobre los codos sólo para jadear sorprendida al ver qué la había pescado. Un hombre de más de dos metros de altura, hombros anchos y caderas estrechas. Gozaba de los músculos propios de un atleta y ni un solo pelo le maculaba la piel aceitunada. No tenía vello en la cabeza, la cara, las piernas ni los brazos, y tampoco en el sexo. Un sexo impresionante en su grosor y longitud, y que, por cierto, estaba totalmente erecto.

—Ah, bueno, creo que yo no debería estar aquí —murmuró Aurora hipnotizada por el extraño brillo con el que los rayos del atardecer iluminaban la piel del recién llegado—. Así que... me voy. Un placer conocerte.

Sacó los pies del agua para hacer exactamente lo que había dicho, y el enorme hombre se lo impidió agarrándola por los tobillos.

—Oh... verás... he venido con un grupo de gente y, cuando vean que no estoy con ellos, vendrán a buscarme —farfulló sin hacer ningún amago de soltarse. El cálido y seguro tacto de los dedos del desconocido era tan agradable...

—Nasser te encubrirá —dijo él hablando por primera vez con una voz grave y cortante que la hizo temblar... de anticipación.

—Ah, Nasser... Sí. Claro. Lo conoces. —Lo miró con los ojos entornados—. ¿No serás el encantador y poderoso dios Khepri, verdad? —dijo burlona, sorprendiéndose a sí misma.

Era consciente de que su actitud distaba mucho de ser lógica. De hecho, en ese instante debería estar gritando, pataleando y luchando por su vida, pero ya no tenía vida por la que luchar. Y en caso de que la aburrida rutina en la que subsistía desde hacía un año se pudiera considerar vida, entonces lo que no tenía era ganas de luchar por ella.

Así que, ¡adelante!, que hiciera con ella lo que quisiera. Sería un cambio bienvenido.

El enorme hombre dorado frunció el ceño.

—Nasser me ha proporcionado una hembra muy desvergonzada...

—Lo siento, no se admiten reclamaciones —replicó Aurora sentándose de nuevo en el escalón a ras del agua.

Él sonrió de medio lado y le soltó los tobillos para deslizar las manos por las

piernas femeninas, ascendiendo hacia el lugar que parecía inflamarse y palpar ansioso por las caricias de los fuertes dedos.

Ignorando la incomodidad que suponía, Aurora se recostó en las escaleras y separó las piernas, rendida a las silentes ordenes de él. Elevó el trasero cuando tiró de los pantalones cortos y las braguitas que vestía y separó la espalda de los escalones cuando le quitó la blusa y el sujetador, dejándola tan desnuda como él estaba. Y, por qué no decirlo, tan cachonda que, o el diosecillo se daba prisa en hacer algo, o tendría que tomar cartas en el asunto.

Lo miró desafiante, arqueando una ceja.

Y él respondió con una carcajada para, acto seguido, hundir la cara entre las piernas femeninas.

—¡Oh, Dios! ¿A ti no te han dicho nunca que los preliminares hay que tomárselos con calma? —jadeó Aurora cuando él comenzó a darse un festín con su sexo.

Khepri se apartó del manjar que estaba devorando, sus labios abiertos en una sonrisa depredadora que mostraba sus blancos y afilados dientes.

—¿Te he distraído con mi estúpida charla? —masculló ella al quedarse sin el placer que le estaba proporcionando—. No me hagas ni caso; tú sigue a lo tuyo, que lo estás haciendo de maravilla... —lo instó al ver que no parecía tener intención de seguir con el asunto que tan bien dominaba—. En serio, no te cortes si ves que hablo, no lo puedo evitar. Es... ¡Ah, Dios! —gimió cuando él volvió a hundir la cabeza en el sexo femenino.

En esa ocasión ella se apresuró a cerrar las piernas contra las orejas del dios, no fuera a ser que volviera a parar si la oía hablar.

Khepri aferró las rodillas de la mujer y la obligó a separar bien los muslos. Normalmente no se molestaba en escuchar a sus concubinas, pero esa era... divertida. Un soplo de aire fresco comparado con las últimas veinte o treinta mujeres que le había encontrado Nasser.

Endureció la lengua y la penetró voraz con ella a la vez que trazaba círculos sobre el clítoris con el pulgar. Ella jadeó y llevó las manos a su cabeza, tal vez buscando pelo del que agarrarlo. Al dios le gustó el énfasis que la hembra ponía, y decidió premiarla. Apresó con cuidado entre sus afilados dientes los labios menores y los saboreó a placer, hasta que la sintió temblar bajo él, momento en el que se desplazó hasta el hinchado y terso clítoris para succionarlo.

—Oh, joder, pero tú que tienes, ¿una boca o una puñetera aspiradora? —gimió Aurora elevando las caderas para mecer el pubis contra la cara del hombre—. No se te ocurra parar... Hace tanto tiempo que no...

Khepri accedió a los deseos de la mujer, continuó chupando y lamiendo y, además, como se sentía complaciente, decidió premiar su entrega con un poco más de placer. La penetró con un dedo sin dejar de mover los labios y la lengua sobre el cada vez más ardiente sexo femenino.

Aurora abrió la boca en un mudo grito y apoyó los pies sobre los hombros de su

amante, abriéndose más para él. Su acción fue premiada con un segundo dedo que, junto con el que ya la penetraba, se curvó en su interior y frotó un punto que pronto se convirtió en el origen del placer más exquisito que jamás había sentido.

Tembló incontrolable mientras el éxtasis se extendía por todo su cuerpo, devorándole a fuego y placer las entrañas hasta que quedó tan agotada que sus ojos se cerraron.

Khepri sonrió encantado al comprobar que su nueva concubina era una mujer apasionada. La tomó en brazos, sacándola del lago sagrado, y con ella acurrucada en sus fuertes brazos atravesó la explanada del templo sin que ninguno de los mortales que allí había pudiera verlos.

Dejó atrás el séptimo pilono, rodeó el templo de su hermano Khonsu y entró en el pequeño templo de Opet, que como por arte de magia estaba completo, con sus paredes y techos, sus pinturas y grabados intactos, cuando hacía menos de tres horas eran solamente ruinas.

—¿Cómo es posible? —comentó Aurora, aún temblorosa por el placer recibido.

—No preguntes a un dios por sus misterios, mujer —la recriminó Khepri, obteniendo a cambio un bufido.

Sonrió encantado por la falta de miedo y el carácter espontáneo de ella. Le gustaba, y mucho, la hembra que le había ofrendado Nasser.

La dejó con cuidado en el altar del santuario, le separó las piernas y, colocándose entre ellas, la penetró.

Aurora sólo pudo cerrar los ojos y jadear en busca de aire ante el inesperado placer.

—Abre los ojos y recreáte en mí, mujer.

—¿Eres un poco presuntuoso o sólo me lo parece? —musitó Aurora arqueando la espalda para que pudiera penetrarla más profundo y más rápido.

—Serás mía hasta el amanecer. Y jamás habrá una despedida más dolorosa para mí que el verte partir —prometió el dios, llenándola por completo.

* * *

—Nasser, ¿eres tú? ¿Qué hago aquí? Y lo que es más importante, ¿dónde estoy? —inquirió Aurora sentándose sobre el mullido lecho en el que estaba.

—Está en mi casa, señorita —indicó el diminuto egipcio con una enorme sonrisa en los labios—. Dios Khepri muy satisfecho con usted como novia; me ha concedido treinta veranos más de vida para nuevo Opet. Y usted también tiene regalo. Deseo más profundo cumplido, pero nadie debe saber cómo o tomarán por loca —dijo llevándose un dedo a los labios para señalarle que debía guardar silencio sobre el asunto.

* * *

Aurora contempló extasiada el desierto que los rodeaba. Habían dejado atrás El Cairo e iban siguiendo el delta del Nilo en dirección a Lunu, más conocida por su nombre griego, Heliópolis.

No tardaron en llegar.

El primero en bajarse del coche fue un egipcio delgado y bajito cuyo rostro no había cambiado ni un ápice en los diez años que hacía que Aurora lo conocía.

—Gracias, Nasser —le dijo ella cuando la ayudó a bajar del todoterreno—. Kheper^[2], por favor, ten cuidado —suplicó al inquieto niño que en ese instante saltaba al suelo desde el asiento trasero.

—¿Dónde estamos, mamá? —musitó el chiquillo observando hipnotizado las antiguas ruinas que se elevaban ante él.

—En el templo del dios Khepri —lo informó Aurora tomándole de la mano.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Masters of puppets, Copyright: P© 1986 Blackened Recordings, interpretada por Metallica. (N. de la e.)

Notas

[1] Gorra típica del chulapo madrileño. <<

[2] En egipcio antiguo *kheper* es un homónimo del verbo «venir a la existencia». <<